

TESTIGO INTERIOR

Rosibel Morera

TESTIGO INTERIOR





euna

© EUNA

Editorial Universidad Nacional
Heredia, Campus Omar Dengo
Costa Rica

Teléfono: 2277-3825

Correo electrónico: euna@una.cr

Apartado postal: 86-3000 (Heredia, Costa Rica)

© Testigo Interior

Rosibel Morera

Segunda edición 2015

Producción editorial: Alexandra Meléndez C. amelende@una.cr

Diseño de portada: Jania Umaña

CR863.44

M843t

Morera Agüero, Rosibel, 1948-

Testigo interior / Rosibel Morera . --2. ed. -- Heredia,

C. R. : EUNA, 2015

162 p. ; 22 cm.

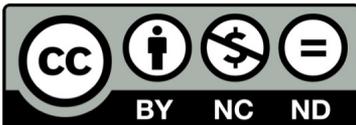
ISBN 978-9977-65-435-5

1. LITERATURA COSTARRICENSE 2. NOVELA COSTARRICENSE I. Título

Esta publicación es objeto de una
licencia Creative Commons que no
autoriza el uso comercial:

Atribución-NoComercial-NoDerivadas

CC BY-NC-ND 4.0



A mi madre, Zahyra Agüero Solé.
A mi hermana Edda.
In memoriam.

Desde este fluir, este deslizar donde el testigo interior es lo único que permanece, subo al tragaluz de la vieja memoria que registra los viajes nocturnales del alma, para estudiar las cuatro formas de ser de las cosas. Cuatro historias que proceden de esos planos errabundos en donde lo real, lo imaginario y lo soñado son uno y lo mismo.

CONTENIDO

El aguerrido fuego.....	13
La amorosa tierra.	45
El aire mensajero.....	101
Las psíquicas, reflejantes aguas.	117

Parte uno

EL AGUERRIDO FUEGO

La celda estrecha, maloliente. La ventana mínima, enrejada. El colchón viejo y manchado sobre el camastro. El lavatorio blanco costra. El jabón seco olvidado por el último que estuvo allí, abierto en grietas mugrosas. Una mesilla, un banco, un inodoro. “Acaba pronto el cuartito” -pensó Arturo Rubio Carvaca.

Acomodó la escasa ropa en las dos tablas de madera, pintadas en negro por algún optimista. El colchón huele a sudor. A sucio. A enojo. A soledad. A derrota.

Alguno de los compañeros tendrá que venir a visitarlo. Sería lo justo. Aunque decir que lo conocen les echaría encima a la policía.

Pospuso para otra ocasión arrimar la mesita y poner encima el banco para mirar por la ventana. Recordó el ingreso. Siempre hay un negro que para los pelos en prisión. Éste lo leyó con una mirada. *Ya hablaremos*, pareció decir (mirar), *en prisión lo que sobra es tiempo*. Para conocerte. Para obligarte a decir el carácter exacto de lo que hiciste. Para medir fuerzas. Si eres hombre de temer o uno de aquellos para quienes matar fue solo un accidente.

Repasó la curiosidad hostil de los guardias y la atmósfera de novedad que le rodeó por unos minutos. Al lado, fichándose con él, un reincidente intentaba con un revoleo de los ojos, el sube y baja de la voz, y cierto aletear de las manos, demostrar cuán feliz estaba de volver. Y reía a lo Mae West, mostrando su parda encía desdentada. Era *La Pele*. La primera persona que le habló en prisión. Un pobrecito como de tercera, aún dentro de aquella división de clases no por elemental menos cruel.



Por dentro eran, al menos, dos Arturo Rubio Carvaca. Uno, el racional, el minucioso, capaz de planificar al detalle las piezas de cualquier engranaje. Otro, el idealista que surgió dentro de él años atrás, luego de que la maestra lo enseñara a leer, ya grande, como de once años, en el aula única donde se daba de primero a tercero en un solo grupo. *Los libros alimentan el espíritu*, decía la señora.

Cuando iba por leña, cubierto de costras y de granos secos vueltos a secar y vueltos a rascar innumerables veces, perseguido por una nube de mosquitos jodedores detrás del agüilla sangui-nolenta de los granos, nunca faltó quien le gritara: “¡Hey, zopilotillo!”, por lo negro, y por los pelos parados de tanta mugre. También estaban los entendidos de la cantina, que se reían de sus dedos descalzos, hinchados por las niguas. *Zopilotillo El Malo*, le dijeron después que descubrieron su colección de pájaros y peces puestos a secar al sol. La empezó porque la maestra dijo que las aves y los peces eran las palabras vivas de Dios. Desde ese día los odió. Por ser ellos tan importantes y él tan poca cosa.

Un día le preguntó en media calle si sabía leer. Él se la quedó mirando, mudo. “¿No sabés, verdá?” Y él callado. “Vení a la escuela”, dijo. “Ya estoy grande”, contestó él. Entonces le ofreció enseñarle en su casa, hasta que perdiera la vergüenza. Le daba pan con jalea de frutas que él le llevaba, robadas en el monte.

Cuando cumplió quince, con ropa limpia, bañado y sin granos, se fue a vivir a *Los Chiles*. Allí trabajó en una de las cantinas del pueblo, en la pensión *Las Brisas*, y fue aprendiz de electricista con el nica Benjamín Alpízar.

* * * *

Afuera, en algún Norte, el río *Los Impuros* a cuya vera nació él. Profecía implícita en su nombre, el río los arroja como hierbajos anfibios, enredados y estorbosos, entre las piernas duras de frío de las lavanderas. Afuera, en alguna parte, el río lejano, la correntada resonante, los ecos de la montaña, los grandes escándalos mañaneros y nocturnos, la algarabía de congos, dantas y pájaros multicolores, donde Rubio Carvaca no fue feliz. Héroe bizarro, su crimen fue confundir su anhelo personal con el de la república, soñar que perdería el anonimato, el nonatismo innato que padece desde que fue lanzado por alguna cigüeña mestiza, hija de garza y zopilote, de buitres y de paloma, de lumpen y poesía, a la orilla de aquel río lodoso y asesino, bajo la mirada de las orquídeas en celo en aquel monte aterido de frío. Afuera, lejos, por algún Norte, la serpiente maleva del río *Los Impuros*, a cuya vera nació él.

* * * *

—Doña Juana escondía a los heridos en los cuartos de atrás de la pensión *Las Brisas*, que era de su propiedad. Yo les cambiaba las vendas, les daba de comer, le avisaba al médico. Ella recogía de todo para los guerrilleros, menos armas. Alimentos, cobijas, medicinas, botas. El maestro también. El maestro guardaba (por pocos días, eso sí) unas cajas de madera que todos sabíamos que eran armas. Con ellos y en otros lugares, la gente iba a dejar cosas para los insurgentes de Nicaragua. Dinero. Mensajes. Periódicos. Fotos. Costa Rica entera colaboraba con los revolucionarios, incluso el gobierno. Era como una obligación ayudar a los comandantes. *Los comandantes*, así les decíamos.

—Me hubiera gustado estar ahí... -dice Fajardo, preso por venta de drogas y asalto.

—Y a mí... -agrega *El Cuilo*, hombre de *La Pele*, preso por asesinar a su mujer y al amante.

—¡Qué lindo, *mae*...! -suspira *La Pele*.

...Asistir a reuniones donde te encontrabas a compañeros del colegio, del parque, de la cantina, que se fueron metiendo, que se fueron involucrando. Hacer viajes en tractor. Atravesar el suelo lleno de suamos con paquetes o cajas, hasta el río, o hasta más allá de los mojones de la frontera. Llevar y traer personas, heridos casi siempre. Dar el santo y seña a los guardias civiles, porque estaban de acuerdo. Llegar hasta los bordes de la selva que había en esa época, antes de la deforestación, donde de noche se veían incandescencias, fogonazos, bombardeos, imaginaba él. Sentir, toda la noche, todo el trayecto, aquel *crescendo* de humedad en la entropierna, como cuando de güila iba de cacería con alguno que le permitía acompañarlo, y le prestaba un rifle, y la linterna, para que se la pusiera en la frente y supiera lo que era alumbrarle los ojos a los zorros y disparar en medio, siempre en medio. Cuando se acertaba, los bombillillos rojizos se apagaban de una vez, simultáneo al disparo. Aquella emoción de la revolución nica era casi lo mismo, tal vez por el olor de las armas, por ese perfume metálico que forman el aceite y el acero cuando se juntan.

—Después me vine para San José y aquí empezó todo.

* * * *

La Pele es generoso. Una vez por semana, moviendo caderas, con la mano izquierda en alto para que no se le dañen las pulseras, hace limpieza a fondo en el dormitorio común. Excusándose por molestar, moviendo rápido la escoba, ordena los pocos trastos de cada quien cuidando de no herir susceptibilidades,

hasta acabar sobre un colchón rendido por el esfuerzo. Pocos lo permiten. La mayoría, desconfiados o alérgicos en extremo, lo lanzan de sus exiguos dominios a empujones. Siempre vuelve a intentarlo.

* * * *

Por fin llegó la aceptación de los reos. Un aceptar a medias, puesto que ni Rubio, ni Gómez, ni los demás compañeros de la Organización eran delincuentes comunes, y sus asépticos crímenes solo despertaban lejanías y sospechas. La noche que los invitaron a la primera fiesta ninguno fumó marihuana. Rubio, por educación revolucionaria, aceptó un trago de licor clandestino y agradeció en nombre de todos que se los tomara en cuenta. -Los revolucionarios no tienen vicios—explicó a los miembros de la improvisada célula-, los vicios son propios de las sociedades en decadencia y nosotros luchamos por un hombre nuevo.

La prédica no conmovió a ningún penitente. Escucharon como oír llover: justo para adormecerse.

* * * *

Se vino para San José después del triunfo de la revolución nicaragüense y de viajar a Managua para gritar vivas y muertas en las calles, impactado por la euforia de un pueblo en ese momento todo entero sandinista. Se vino para San José porque al calor de la inmensa fiesta pensó en unirse a algún grupo que quisiera hacer la revolución en Costa Rica. ¡Tanta gente decía que él y los obreros y campesinos como él eran los llamados a hacer la Historia, guiados por los teóricos del marxismo leninismo! Personas que le hablaban con tanta familiaridad, señalándole

por primera vez su importancia. “A vos te toca hacer la revolución, a vos y a los obreros como vos. A nosotros únicamente nos corresponde orientar a la clase obrera, nada más”. “En Costa Rica –le explicaron- los tiranos son distintos, andan vestidos de gobierno legítimo y democrático, pero son amigos de los ricos y de los gringos”.

Primero llamó por teléfono. Le dijeron que sí, que se viniera. Metió la ropa en un bolso, y agarró el bus. *Santa Rosa de Cutris, Terrón Colorado, Boca Arenal, Muelle, Florencia* y diez pueblos más. *Pocosol, Medioqueso, Coquillal, Cuatro Esquinas...* Todo fue quedando atrás. Las fincas de arroz, los frijolares, las aves para enjaular, la caza del caimán que los dejaba sin peces, la barra de amigos mirando las novelas en el televisor de la cantina.

Lo hospedaron en una casa del Partido donde vivía un matrimonio de compañeros. Le asignaron un cuartito atrás que tenía baño propio. En la mesa, después que lo presentaron a los compañeros (seis que también comieron allí), les dijo que venía a hacerse revolucionario.

En pocos días aprendió las reglas: obedecer sin chistar lo que se le ordenara. Como un ejército. Y ello porque el Partido se apoya en un aparato militar que, en el marco de una eventual revolución costarricense, comandaría un ejército del pueblo. Él responde que sí, que por supuesto, que a él le gustaría prepararse militarmente, que esas cosas le encantan. La parte política –le aclaran– también es importante, así que tendrá que leer varios libros para que entienda por qué se hacen las cosas. “No somos terroristas” -le espetan, con los rostros como de piedra. Él mueve la cabeza y dice que sí, que entiende.

* * * *

Lo que él quería era pelear. Ojalá mañana mismo. Practicar con un arma, ponerse un uniforme, usar botas, hacer parte del brazo militar del que le habían hablado. Por eso se esforzó como un loco. Para quedarles bien en todo lo que pidieran. Le decepcionaba tanta actividad y nunca un arma, nunca acciones reales. Pero se asimiló. Lo asimilaron. Se convirtió en uno de la clase obrera legítimo. Lo trataban con respeto, le explicaban con paciencia. Por ejemplo: que los policías eran trabajadores como él, no enemigos.

—Me pusieron un sueldo. Yo les ayudaba con la propaganda. Con todo. Siempre estaba para lo que fuera. Hasta guardaespaldas fui. ¡Pero por ningún lado aparecía el condenado brazo militar! En la noche estudiábamos. Me gustaban las historias sobre los grupos revolucionarios de América del Sur. Aunque ya casi no quedaba ninguno, ellos los recordaban siempre y los ponían de ejemplo. Me gustaba el asunto de los secuestros, y lo de los asaltos. Eran unos arrechos... Un día por fin me invitaron. La cosa iba de sábado a domingo. Nos entregaron una mochila. Adentro venía una camiseta negra, un pantalón militar, botas y un cuchillo de caza para amarrar al cinto. Se suponía que todo eso nos lo pondríamos cuando llegáramos.

De camino preguntó a dónde iban. El responsable le contestó que lo más importante para escalar dentro del Partido era cerrar la boca, que no preguntara. Creyó que se había enojado, pero ya en el autobús, cuando lo vio reírse, entendió que no. En el entrenamiento conoció a compañeros y compañeras que no había visto nunca. Dos de ellos dieron una clase sobre armas y explosivos. Se alegró de que existieran compañeros *duros*, y de que lo hubieran tomado en cuenta.

—Desde ese día traté de ser el mejor y de estudiar más.



Desde esa época Cecilia ya era casi muda. Por dentro y por fuera. Muda en la casa y en la U. Hablaba casi solo con Mario. Y en las reuniones. Allí sí se la veía motivada, hablando largo y tendido, como si diera órdenes. Ahora, presa como está y aislada, no quiere pensar en la matanza, ni en la lujuria de odio que sintió, ni en Andrés tirado en la calle, ni en nadie... ¿Cómo estarán? ¿Cómo sentirán este tiempo tan largo de la cárcel?

Imágenes que se le vienen encima cuando se pregunta cómo se atrevió a tanto. Cuando recuerda a su madre en la Comisaría, y en el salón de visitas, con su paquete de frutas enlatadas, Kótex y cigarrillos. “Que ya no fumo, mamá.” “Pero podés regalarlos y ganarte la amistad de las reas.” “Que ya no se dice reas, mamá.” Esa cara de curiosidad preocupada con que la observa. Esa cara de preguntarse cómo su hija fue capaz de semejante brutalidad y dónde radica su propia culpa, pues ya se sabe que las madres siempre tenemos la culpa. Pero su hija guarda silencio, como siempre, por fuera y por dentro.

Cecilia hace esfuerzos también, deshace nudos en el cerebro para indagar dónde empezó todo. No sabe si está asustada o si se arrepiente. Sabe que sigue metida allá, adentro, y que no piensa, que una máquina conectada con ella marcaría cero, cero, cero, cero...

De niña le hubiera gustado fundar el *Club de Los Halcones Negros*. O, al menos, ser como el *Charrito de Oro* que tenía sólo un amigo como de seis años y él como de once. O como *El Llanero Solitario* y *Toro*, uno para mandar y otro para obedecer y para salvarlo a uno. La verdad es que cualquiera de las dos opciones hubiera estado bien. Pero siguió jugando sola.

Un güila del barrio coleccionaba *comics*. Torres de papel. Revistas de *Superman* nuevas y viejísimas, de las primeras tal vez. Costaba trabajo que se las prestara. Hasta que entendió que lo que quería era besarla detrás la puerta...

Se levantó. Se pueden dar muy pocos pasos en una celda de seguridad. Esta vez es por tres días. Se lo busca mes a mes con su mal humor y sus desplantes. Mes a mes. Un ciclo que tiene medido por sus breves menstruaciones. Golpea a alguien, revienta el plato contra el piso, se niega a salir de la cama, manda a la porra a la celadora, y acaba allí, ahíta de pensamientos, hasta que todo, repasado mil veces en la memoria, se disuelve. No sabe qué busca con poner en fila india su vida. Tal vez algún orden misterioso que explique las causas remotas de *aquello* (¿por qué matar se vuelve después tan insoportable?), que señale la culpa y autorice el perdón. Quizá lo que quiere saber es si es una heroína, o una aberración de la naturaleza.

Se asomó por la rejilla. Nadie en los corredores. Escuchó el rumor de Ernestina en la celda de al lado con su rosario de *hijueputas, malnacidos, espérense a que salga, perras, perras, hijueputas, perras...* Regresó al colchón. Se tiró boca arriba. Volteó la cabeza y haló los recuerdos.

Los torpes intentos de su primer novio por tocar sus pechos casi le cuestan un dedo meñique. Lo mordió con tanta rabia en la mandíbula... hasta que sangró, hasta que traqueó el hueso y lo soltó, como si el ruido la hubiera despertado.

Por eso quiere a sus compañeros de partido. Porque no han intentado nada con ella. Sobre todo a Mario. Habla con palabras suaves, como si se las tragara de lentas. Ella lo abraza, o pone la cabeza en sus rodillas. Horas callados, arriba en el camastro, o en un parque. Para Mario, ella no tiene sexo, es únicamente inteligencia y alma.

* * * *

Mario, otro de los hombres de Rubio, suavizó con el puño los *jeans* que, hechos una bola, utiliza como almohada. ¿Qué estará haciendo Cecilia? Pensando en él, tal vez. ¿Debería sentirse

culpable por lo que ella hizo? ¿Por reclutarla el día que le preguntó si era cierto que él se había hecho comunista? Él le respondió que comunista no, que revolucionario, y le habló de la Organización. Él se ahogaba por el asma. Sentado en la parte alta del camarote, intentaba jalar aire por la ventanilla que pegaba al techo. Cecilia se apareció de pronto en el garaje con un emparedado y un café. Le acomodó la almohada, le calentó las manos con el vaso caliente y lo obligó a comerse el *sánguche*. Parecía adivinar todo, callada ante su dolor o silenciosa ante la tragedia. A él no le pasaban los bocados. Con ella ahí solo quería llorar y decirle “¡me duele tanto!” Pero ella lo obligó a comer, que era como obligarlo a seguir viviendo.

Mario acababa de perder a su madre y a su hermana al despeñarse el autobús en que viajaban. Unos tíos lo recogieron. Dos días después lo pasaron al garaje porque sus pesadillas no dejaban dormir a nadie. El muchacho decía que lo visitaban su madre y su hermana, pero que no venían con los cuerpos enteros sino con la carne hecha girones, empolvados y sucios como si acabara de ocurrir el accidente. Allí empezaban los gritos, tantos, porque tantos eran los pasajeros que habían muerto.

* * * *

Desde que Rubio asistió al primer entrenamiento, trató de ser indispensable. Barría, robaba comestibles para el grupo, cocinaba, lavaba platos, y leía hasta la madrugada. (*Así se Templó el Acero, La Madre, Diario del Ché, Dialéctica de la Naturaleza, Manual de Marxismo Leninismo, El Papel de las Masas Populares y el de la Personalidad en la Historia, Cartas Intimas de Lenin, Correspondencia de Marx y Engels, Obras Escogidas* de Mao y Lenin). Era el hombre banda. Repartía boletines en las paradas de buses de la Universidad, y en la explanada de Ciencias y Letras. Recibía cursillos de materialismo

histórico, guerra de guerrillas y guerrilla urbana. Recogía en la imprenta los volantes. Pintaba mantas para las elecciones estudiantiles o alguna marcha. Compraba pintura en aerosol para hacer pintas. Pasaba a máquina -con dos dedos- artículos para el periódico de la izquierda *sobre la descarada intromisión de los gringos en la política del país y en la revolución sandinista, que logró su giro histórico trascendental al convertirse en una revolución proletaria.*

Los sábados llegaba el premio: de madrugada, cinco o seis subían a la montaña para hacer prácticas de tiro y de sobrevivencia, dirigidos por un compañero que parecía estar bien enterado.

* * * *

Nunca fui del círculo de los de arriba. Aquí en la cárcel, y con toda sencillez, se los digo. Mis ideas sobre la necesidad de enfrentar al régimen con la subversión armada nunca fueron tomadas en cuenta, salvo por tres o cuatro del Partido. Tres o cuatro del plano intermedio, me comprenden, nunca un dirigente. Solo Andrés, pobre Andrés, que estudiaba Sociología en la U. Empecé a hablar y hablar y hablar (antes solo me callaba) para probar hasta dónde estaban dispuestos a llegar. Pero incluso los *duros* creían en la vía pacífica de las elecciones. No había que quemar etapas –me decían. En las bases sí encontré mucha inquietud, que los dirigentes llamaban inmadurez política.

* * * *

Durante su paso por el Partido, escuchó hablar de asaltos para *recuperar* dinero. Ignora si ocurrieron, pero la idea le pareció estúpida. Buscó cuanta información pudo sobre operativos

similares en América Latina y planificó mil futuribles de asaltos y secuestros.

Cuando empezaron los pleitos me di cuenta de que me trataban como al *loquito*. Se los dije y me pidieron disculpas. Dijeron que yo había quedado con fiebre de revolución desde la revolución sandinista, y que el Partido tenía la obligación de hacer una revolución pacífica y costarricense. Al poco tiempo se rompió la amistad. El día que me atreví a decir que eran una partida de flojos y que se fueran todos a la mierda, ya sabía que contaba con cuatro compañeros para formar la Organización, que teníamos casa y comida y que eso era más bien mucho para empezar.

* * * *

Ahora, en la cárcel, es más bien un predicador. Horas hablando, que para los otros reclusos es como oír llover:

El monte, la mota, la grifa, o cualquier droga, compañeros, es como la manzana que se *paseó* en Adán y Eva. *El Diablo se la ofrece a los buenos con el cuento de que se harán más buenos*. Pero ese es el timo, me comprenden. Igualito a la serpiente en el Paraíso: “cojan la manzana, cojan la manzana, pa’ que se conviertan en dioses”. Eso está pasando ahorita mismo con los *hippies*. Les ofrecen la iluminación en una pastilla (de qué putas está hablando), amor y paz, y con eso los están convenciendo. Porque el Mal nunca le habla a uno como Mal, me entienden. El Mal le habla a uno disfrazado de Bien. Así caen hasta los ángeles, enamorados de Dios como ya se sabe que son ellos...

Silencio absoluto. Ni las moscas. Lo rompí *El Cuilo*:

-¡Putá *mae*, qué chiva nota agarró!

Fajardo apoyó, y le extendió la mano:

-¡Putá, qué buen *espich!* ¡Usté es toda *mae*, usté es toda!

Por supuesto, el discurso no pasó a más. Diez minutos después lo habían olvidado. Fajardo, su primer discípulo en prisión,

intentó no fumar, y hasta vendió la *grifa* que tenía para uso personal. Fumaba solo en grupo, para no pasar por pendejo. Cuarenta y ocho horas después ya había olvidado la nota del discurso, y volvió con fruición a sus hábitos de antes.

* * * *

Al final decidimos que uno de nosotros se quedara en el Partido, disimulado, me entienden, para que nos pasara información. Los demás se fueron poco a poco, empezaron a faltar a reuniones, cosas así, pero sin decir que estaban renunciando al Partido, ni que lo hacían por mí.

—¡Qué chiva!

—¡Sí, *mae*, parece una película de *El Santo*!

—Yo hubiera querido entrar a la U y hacer la máscara de que era estudiante. ¡Uhhh, hubiera reclutado un montón de gente! Pero solo llegué a tercer año, así que no podía. Se necesita tiempo para echar a andar una organización. Jorge trabajaba, Peraza y su compañera también. Ellos me ofrecieron un cuarto si les ayudaba con el alquiler. Dije que sí. Puse un rótulo de electricista en la ventana y con eso me la jugué dos años.

—¿Y de verdad funcionó, *mae*?

—¿Vos que dirías, Gómez? ¿Nos funcionó la cosa?

—Pues, sí, compañero, no fue fácil, pero tampoco tan difícil. La gente está allí, es cosa de despertarla, nada más.

* * * *

Entonces, se filtra en su memoria la humillación a que lo sometió el Héroe, el día que lo conoció en el Café del Teatro Nacional. Ahí la mayoría eran revolucionarios de Café. El Héroe

no, por supuesto. Ni él. Porque él ESTABA PLANEANDO varios asaltos bancarios. Porque, a diferencia de esos habladores de paja, él PLANEABA crear su propio ejército y su propio arsenal, sepultándolo en talegos en cafetales cercanos. Porque, a diferencia de esos pasivos de mierda, él PENSABA poner bombas en autobuses, embajadas, edificios públicos, para aterrorizar, para advertir, para subvertir.

Giró hacia la pared buscando un mejor acomodo de los recuerdos. Pero nada cambió en el tiempo eterno de la cárcel, ni en las manchas de aquel pizarrón de desesperanzas y obscenidades. Tampoco variaron las imágenes, ni su odio contra el Héroe. Corrió al Café de los revolucionarios de Café (él, que los aborrecía) por verlo de cerca, por hablarle, por contarle sus planes y, en el fondo, ansioso por los rumores que sobre su retiro de las armas lo precedían. Imaginaba su encuentro, su mutuo reconocimiento entre iguales, y las sublimes palabras con que el Héroe le pasaba la estafeta de su misión: “Rubio, me retiro, ocupa tú mi lugar. Tú eres, tú serás, el hombre que me siga.”

Llegó temprano. Se detuvo en la puerta, dudoso entre quedarse de pie en un rincón, u ocupar una de las sillas de adelante. En los muros colgaba una exposición de Rafa Fernández. Hizo el círculo, pintura tras pintura, para tranquilizarse. Se detuvo ante una figura femenina trabajada en verdes y celestes. Cubierta con una especie de sombrero, sostenía una copa vertical en la mano. En su vientre, separados por una pared o un espejo, dos bebés, o dos ancianos, con los ojos abiertos. En el pecho, grande, una rosa casi invisible. Leyó: “Adquirido por Rosibel Morera”.

Y le abrió el saco de sus confidencias. Faltando a la más elemental normativa de la prudencia, de la discreción revolucionaria, le contó, le confesó sus proyectos, sus tácticas actuales, sus propósitos, un record aún imaginario, pero del que, desde ya, le dijo, el Héroe podía sentirse orgulloso. A cambio el Héroe lo avergonzó, lo desautorizó, lo puso en evidencia delante de Andrés, Gómez, y los demás compañeros que se colaron en la conversación. ¡Ese cobarde, ese Judas de la revolución, que solo

minutos antes había dicho a la prensa que dejaba las armas para irse a vivir con su mujer en una finca prestada!

Desde esa tarde deseó que muriera. Degollarlo mientras veía televisión. Escribir “Judas” en la pared, con sangre. Descuartizarlo. Dejar su cabeza en la puerta de la casa, los brazos y las piernas en la acera, el tronco en el sofá de la tele y su miembro en el copón del vino en una iglesia de pueblo.

* * * *

—Necesitamos saber cuánto tiempo ocupamos para robar un carro —dijo Rubio Carvaca.

Los tres conversan de pie con el mapa de la ciudad sobre la mesa.

—Y ver cómo se porta Cecilia —señaló Gómez.

—¿Siempre la vas a llevar? —Andrés miró a Rubio.

—Sí, claro.

—Deberíamos probarla primero. Es muy jovencita.

Rubio no respondió. Cecilia ya fue probada. Él mismo lo hizo. Le pidió robar en algunas tiendas, espiar a personas importantes, evadir ejercicios de seguimiento, diseñar al detalle un secuestro. Todo lo hizo bien. Además, conoce la ciudad de oreja a rabo y dispara como una experta. No necesita probarla más. Pero Andrés es un intelectual. Él piensa en las razones sencillamente humanas que podría tener Cecilia para identificarse con tres hombres hechos y derechos que no tienen nada que perder. Piensa en la soledad que aparenta (nunca tiene prisa por regresar a su casa), en su silencio crónico, en su pared emocional, casi ofensiva. Tal vez la muchacha quiere sentirse importante, y se conforma con serlo para el patético trío de tipos clandestinos que son ellos.



A los cinco años la violó el hermano mayor de la criada, en un excusado de hueco y de piso de tierra, con zumbidos de moscas verdes, enormes, rondándole la cara, y el olor a caca honda sumergida en un pozo de sonidos pastosos. La violó de pie, detrás de la puerta agujereada y sin pintar. Su memoria más antigua se remonta a ese muchacho de nombre Jesús, que le limpiaba las piernas de sangre o leche. Lo demás es silencio, vacío de la mente. Y enojo furibundo cuando la voz de su hermana mayor, ya muerta, salta desde la nuca de su lado izquierdo y la golpea con recriminaciones. Para esa voz nada está bien. Solo acribilla. Con objeciones, con críticas, con consejos. Ojos de fealdad los de su hermana muerta. Mejor muda. Mejor el silencio total en donde ni ella misma habla.

Tirada sobre el colchón apelonado de la cárcel de mujeres, Cecilia piensa en el Hombre Plástico. Sería lindo conocerlo. Aunque terminaría pidiéndole que se bajara los calzones, como todos. Entonces se acaba la ilusión y ya no piensa en Plástico, ni en Supermán, ni en la Mujer Maravilla. Da un giro en la cama. Intenta sintonizar una imagen distinta. Pero son todas memorias de lo mismo. Tal vez si imaginara el árbol de jocote, cuando puso en la última rama la bandera para que Gilda, encaramada en el árbol más alto de su propia casa, le enviara señales, pues por aquellos días casi nadie tenía teléfono... ¿Por qué lo permitió? Porque, de acusarlo, nadie le habría creído. Porque a uno le da miedo lo que es malo, y aquello era malo. Porque le hubieran dicho *cochina*. Porque por dentro uno es un ángel y a los ángeles todo les da lo mismo.

* * * *

Quitó el rótulo de “Electricista. Abierto” y salió a la calle. El aire de la noche le hizo bien. Eso de ser el jefe trae sus problemas. Hay que reclutar gente. No pueden seguir siendo cuatro gatos. Hay que mantener una infraestructura mínima, abrir células, preparar guerrilleros en forma tan estricta, como si vivieran en una dictadura militar.

Solo tienen dos armas: la *Beretta* que se trajo de Los Chiles, y la *Browning* que nunca devolvió al Partido. Necesita hablar con los compañeros para que consigan más. Al menos dos para el operativo. Si no, alguien tendrá que ir sin arma. Tal vez Andrés. Siempre habla de calmar los ánimos. Pero ya sea con cuatro armas, o con dos, mañana es el operativo. Se los dirá en el último minuto. Así evitará la pensadera, las confesiones a extraños y el miedo.

* * * *

La biblioteca de Rubio es de cuatro libros: *El Comunista*, *El Diario del Che*, *La Guerra de Guerrillas* y *Nosotros los Hombres* de Jorge Debravo.

Una tarde, Fajardo le solicitó que llevara un libro a la reunión, sin confesar que no sabía leer. Después de fumar fuerte, y de escuchar los poemas de Jorge Debravo leídos por Gómez, lo hizo repetir, y otra vez repetir, mientras intercalaba, como grafitis ahumados, sus comentarios. Que llevara siempre un libro, le dijo después a Rubio, el que fuera. No por lo que decían, pues no le interesaba aprender nada. Tampoco para que le explicara lo leído, pues él era un bruto y le cansaban las explicaciones. Era por el sonido, por las palabras, por ese llegar unas como arrastradas por las otras, justo en el momento en que se las esperaba.

Fajardo fumaba succionando largos humos. Aguzando la cara color tabaco. Se le hundían las mejillas y los ojos en el esfuerzo, como si se le fuera en ello la inteligencia de las cosas o la vida. Un día preguntó si los poetas escribían con hierba. Gómez respondió que no sabía, pero que había leído que Beethoven tuvo que purificarse como se purifica un sacerdote. Suponía que con todos los *grandes* ocurría lo mismo.

* * * *

Fue a la biblioteca de la prisión y pidió los periódicos de la semana. Noticias sobre el Héroe, masacrado y profanado, ofrecidas con todo detalle. Se estremeció. Pidió los periódicos de la semana anterior. El Héroe fue asesinado, mutilado. Dejaron su cabeza en la puerta de una iglesia. El resto del cuerpo ha ido apareciendo por partes. Al lado de cada hallazgo, alguien deja un papel que dice “TRAIDOR”.

-Ahora resulta que uno también es culpable de lo que piensa -murmuró Rubio Carvaca, sin terminar de creerlo.

* * * *

Hizo dos grupos. En uno irían él y Gustavo. En el otro Cecilia, Gómez, y Andrés dirigiendo. Señaló en el mapa los puntos donde robarían los autos. A Rubio y Gustavo no les costó gran cosa. Solo algunos perros ladraron a la distancia. Cecilia, Gómez y Andrés iban mucho más nerviosos.

Cecilia violentó la cerradura. Gómez ató los cables. Andrés se sentó al volante. Rodearon la ciudad con la radio encendida, atentos a cualquier noticia. A las once, un locutor informó que varios hombres habían desatado una balacera al Noreste de

la capital. Sirenas, autos policiales, ambulancias, luces intermitentes. La ciudad entera se volvió sospechosa. También, el automóvil estacionado a un costado del parque Morazán.

—¡Andrés, es la policía! ¡Nos vieron!

—Tranquila, no estamos haciendo nada.

—Pero los documentos...

—Shhh, yo hablo con ellos —lo dijo con calma. Gómez está agarrotado. Cecilia en alerta extrema.

La patrulla aparcó atrás. Escucharon la radio policial, y la orden dada a otra patrulla en otra parte: “No duden en disparar, esa gente está armada.”

-¡Están hablando de ellos, Andrés, estoy segura!

-Sus documentos, por favor.

-Por supuesto, oficial. ¿Pasa algo?

-...

-Digo, como se oyen tantas sirenas.

-Una balacera. Una gente en un carro.

-¿Cerca?

-Por *La California*.

-Ah... ¿Muy serio?

-Todavía no sabemos... ¿Se siente mal, señorita?

-¿Por qué? —Hosca, hostil, desagradable, agresiva.

-¿Perdón?

-Discúlpela, oficial, no se siente bien, por eso paramos aquí.

-Yo solo cumplo con mi deber, no tiene por qué enojarse.

-Por supuesto, oficial.

-¿Profesor universitario?

-¡Sí, señor! Si todo está en orden yo le agradecería que nos dejara ir. De verdad, mi amiga no se siente bien. Estábamos aquí parados para ver si se le pasaba el mareo.

-Está bien. Continúe, todo en orden.

Echó a rodar despacio. En la esquina giró a la derecha y aceleró.

-¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre hablarle así a un policía?

-¡Los de la balacera son Rubio y Gustavo! ¡Estoy segura!

¡Los van a matar! ¡Los van a matar! —replicó Cecilia, sin prestar atención al regaño.

-Tal vez no sean ellos... –intervino Gómez mirando hacia atrás por si los seguían.

-¡Claro que son! ¡En cambio nosotros parecemos *niñitos lindos* paseando en su carrito por la capital!

-Tranquilícese, compañera. Está totalmente descontrolada –dijo Gómez.

-¡No es cierto!

-Gómez tiene razón, Ceci. ¡Ni siquiera sabés en lo que andan!

-Dejá de hacerte el interesante, Andrés. No soy bruta.

-De todas maneras nos vamos. Apenas encuentre dónde, abandonamos el carro.

Una patrulla a los doscientos metros. Andrés da un giro hacia el Sur.

-Compañeros, ¿por qué no buscamos más noticias en el radio? –sugiere Gómez.

Cecilia lo hace. Sintonizan.

-...del enfrentamiento. Los asaltantes están muertos. Hay un patrullero herido.

-Los dejo en la esquina –dice Andrés.

-¡A mí no me engañás! ¡Vos sabés qué es lo que está pasando! –espeta Cecilia.

Gómez murmura:

-En serio, Andrés, con todo respeto, compañero, mejor nos dice.

-No sé nada, en serio, no sé nada.

Rubio muerto. Gustavo muerto. ¿Qué debe decirles? Cecilia y Gómez son casi niños.

La patrulla que los seguía hizo un cambio de luces y aparcó. Mientras los policías se acercan Andrés imagina a Rubio y a Gustavo, retorcidos y sangrantes en media calle. Cecilia se dice, furiosa, que sus muertes no frenarán la revolución, pues le darán la fuerza de los mártires. Gómez se lanzó boca abajo sobre el piso del automóvil.

-Póngale la firma que son de los mismos, sargento...

Cecilia montó el arma y salió del automóvil ordenando:

-¡Regresen a la patrulla! ¡Regresen!

-¡No salgás! –gritó Andrés, tratando de agarrarla.

Un sentir cobarde y pequeño burgués lo hizo salir con las manos en alto. Al menos eso fue lo que pensó cuando se escuchó pedir a voz en cuello:

-¡Por favor, no disparen! ¡Nosotros nos entregamos! ¡Por favor, no disparen!

Pero nadie escuchó. La imagen de una mujer armada, que los deja perplejos, y la de un hombre abriendo la otra puerta del auto, los hace actuar en automático. Los disparos salen a la vez.

Cecilia disparó porque necesitaba hacerlo. Andrés no disparó porque era un pacifista, y ni siquiera portaba un arma. Gómez, en el piso del automóvil, llora. Cecilia dispara hasta vaciar el magazín. A todo lo que ve. A todo cuanto se mueve. A cualquier sombra. Ignora que Andrés no está. Que los patrulleros tampoco están. Que los tres abordaron el túnel de la muerte, y la vida les pasa la factura en imágenes vertiginosas. Seis patrullas más ingresan por ambas esquinas.

* * * *

La gran mente colectiva agitó sus pensamientos la noche de la masacre. Solo Cecilia no pensó nada. Ni siquiera cuando se escondió detrás del automóvil. Cuando disparó y disparó y siguió disparando después de matar a todos. Cuando la cercaron. Cuando ya sumaban diez las patrullas. Cuando ya no había nada que hacer. A todo el que se asomó. A todo lo que cruzó la calle. A todo el que levantó la cabeza. Hasta que se acabaron las balas y los magazines de la *Beretta*. Porque estaba furiosa desde toda la vida. Porque ellos eran el enemigo y esa la guerra que andaba buscando.

El alma adolescente de Gómez salió despavorida y sobrevino el desmayo. Horas antes, cuando Rubio les entregó los revólveres, supo que él no era ese tipo de revolucionario. Y lo

dijo. *(Me parece mala nota que vayamos armados, compañero. Se suponía que sólo era un robo. Si matamos a alguien nos vamos todos a la cárcel. La revolución es otra cosa, compañero, es otra cosa).*

Pero Rubio Carvaca no aceptaba discusiones. “La base de una estructura militar es la obediencia”, decía y era cierto.

* * * *

-¡Tienen que ser ellos! –dijo Rubio, subiendo el volumen de la radio.

-Mejor abortamos la cosa, compañero. ¡Vámonos! –respondió Gustavo.

-No puedo.

-Vea que ya son dos balaceras en una misma noche... Hay que deshacerse de las armas y del carro... Después nos paran... Sería una torta, compañero, sería una torta...

-¡No puedo!

Aceleró. Llegó en diez minutos.

Aparcó a 100 metros del cordón policial. Se tiró del auto y corrió hacia el foco de luces amarillas, azules y rojas. Gustavo se deslizó en dirección contraria.

-Manténgase fuera de la cinta amarilla, por favor –pidió el policía.

Gustavo tropezó, se enderezó, siguió. Sombreado, tenso, disimulado. Corre. ¿Serán ellos? Se ahoga. ¿Por qué disparó la policía? Se detiene. Respira. ¿O ellos dispararon primero? ¡El autobús! *No, el autobús mejor no.* Se pierde. Se disimula entre las sombras. El ruido de las sirenas se apaga poco a poco.

* * * *

Pasó bajo la cinta amarilla cuando el policía se desentendió de él. Avanzó con los ojos desorbitados. Nadie lo detuvo. Vio a Cecilia y a Gómez esposados en una patrulla. Siguió hasta el cadáver de Andrés. Miró alrededor antes de arrodillarse. Dos cuerpos junto a un automóvil gris con las puertas abiertas. Dos más en la puerta de la cantina. Uno en la acera. Tres en el parque. Un oficial joven, recostado en un árbol, llora. Las luces giran silenciosas. Nadie se mueve. Hablan en voz baja. Esperan a las autoridades judiciales para recolectar indicios y levantar los cuerpos.

-¡Estaba desarmado! ¡De-sar-ma-do! –grita Arturo Rubio Carvava arrodillado sobre el charco de sangre de Andrés. Y agrega con la voz quebrada, sollozando:

-¡Yo soy el jefe, hijueputas! ¡El jefe!

-¡Cuidado! ¡Agárrenlo vivo!

-Yo soy el jefe, hipueputas... el jefe -susurra vencido, derrotado.

Lo rodearon. Levantó las manos en señal de rendición. Al levantarlas quedó al descubierto la *Beretta* que llevaba en la cintura. Se oyó el *clic* de varias armas. El sargento gritó que no dispararan. Dentro de la patrulla Cecilia y Gómez no lo pueden creer. ¡Rubio! ¡Tantos muertos y él vivo!

* * * *

Mario se despertó con miedo. Miró el reloj. Encendió la tele. El tema único de los noticieros matutinos es la masacre ocurrida la noche anterior. El país está en *shock*. La investigación está en proceso, y la noticia también. (*¿Y si le pasó algo a Cecilia? ¿Y si el asunto tiene que ver con ellos? Por asmático no lo*

llevaron al operativo, ¿no les da el cerebro para entender que debe estar angustiado? ¿Por qué ninguno lo llama?).

A las nueve, la madre de Cecilia llegó a buscarlo. Cecilia no llegó a dormir. Tiene miedo. *Por lo de la masacre, sabe. Mi hija es tan extraña...* Él responde que allí no está, que tenía que estudiar, que seguro se quedó a dormir donde alguna compañera.

Y cometió todas las imprudencias. Llamó a la Organización. Nadie respondió. La buscó en la Universidad. (*¿Viste lo de la balacera? Dicen que la peor de todos es una mujer*). Llamó de nuevo a la Organización. (“No, aquí no está. ¿Quién habla? ¿Quién habla?”. “Mario, compañero, Mario”). Decidió ir a casa de Rubio. Si Cecilia anda en algo, el jefe tiene que saberlo. Tiene que hablar seriamente con ella. Si el operativo era tan importante, ¿por qué no le dijo nada? ¿En qué podía él ser indiscreto?

Llegó a la casa de Rubio cerca de las siete. Había luz. Llamó a la puerta. -Buenas noches –saludó al compañero que no conocía.

-Buenas, ¿a quién busca?

-A Cecilia.

-Salió un momentito, pero ahorita viene.

-¡Lo sabía! Tiene a todo el mundo preocupado. Desde ayer no llega a la casa.

-Pase, pase, compañero.

Adentro le enseñan una foto.

-¿Es esta la Cecilia que busca?

-Sí. Pero, ¿qué tiene en la cara? ¿Qué le pasó?

-Queda detenido, señor. Somos de Seguridad Nacional.

Y le enseñaron la chapa reluciente.

* * * *

El sentir popular exigía aplastar aquel amago de terrorismo en Costa Rica. La policía judicial se convirtió en su brazo

ejecutor y no cedió un ápice. En un mes tomaron presos a casi veinte. Algunos permanecieron detenidos hasta después del juicio y hubo quien, encontrado luego inocente, purgó dos años y más de cárcel.

Horrorizados por la masacre, porque la cometiera una muchacha tan joven, porque fuera parte de un grupo que llamaba a la revolución armada en la pacífica y democrática Costa Rica y por las arrogantes, incendiarias, esquizoides declaraciones de Arturo Rubio Carvaca, distintos cuerpos policiales realizaron allanamientos durante un año. Pero el único hecho real era el múltiple asesinato cometido por Cecilia y cuando se convocó el juicio ya Cecilia estaba muerta. Andrés, su compañero en el auto, también. Ninguno de los acusados tenía antecedentes penales. Tampoco existía una relación efectiva con la masacre. Así que la asociación ilícita se convirtió en el cargo principal. Casi todos son absueltos. Gómez y Rubio, presentes y armados en la escena del crimen, son condenados a quince años de prisión.

* * * *

Rubio palideció. Gómez se echó a llorar. Mario, Franklin, Fajardo, Helio, *La Pele* y los demás quedaron boquiabiertos. Cecilia fue asesinada.

La culpable es una tal Ernestina, una rea enorme que dirige grupos de oración en la cárcel de mujeres, y que siempre tiene problemas porque se violenta por cualquier cosa. Desde el inicio odió a Cecilia. Por comunista, por atea, y porque la muchacha nunca le tuvo miedo ni respeto. “Lengua de víbora” –dicen que le gritó una vez-, “con una mitad alabás a Dios y con la otra envenenás a la gente”.

Según confesó ella misma, la fue a buscar al taller de costura con el cuento de que la necesitaban en la bodega, y la acompañó todo el trayecto. Apenas cruzó la puerta la agarró, le tapó la boca, la metió detrás de unos sacos de arroz y le clavó dieciséis

veces la cuchilla. Después le arrancó los pezones a mordiscos y los escupió lejos. Salió de la bodega llena de sangre. En la cocina, con la boca roja y probablemente salada, le gritó a las que estaban allí: ¡por fin maté a esa *hijueputa!*

* * * *

Las cosas se facilitaron para todos desde tu muerte, Cecilia. Hasta la prensa se sintió culpable. De odiarnos, de desearnos mal, supongo. Ahora están por conceder a los que quedamos diferentes beneficios. Al fin y al cabo lo nuestro es mínimo, asociación ilícita nada más. Helio, Franklin y yo saldremos con libertad condicional. A Rubio y a Gómez se la negaron. Dos compañeras de Heredia ya están libres.

* * * *

La alarma timbró alocada. “¡Una fuga!”, pensaron los reos y los guardas, hasta que se oyó la explosión del tanque de gas en la cocina, y un naranja reptante dibujó sombras chinescas en las paredes y en las mínimas ventanas de arriba. Empezaron los gritos. ¡Abran! ¡Abran! En los dormitorios. En las celdas de castigo. En los corredores. Entre el soplido del viento y el del fuego que corre aplastándolo todo. Algo enorme mordiendo, desgajando. Un animal gigante y sin misericordia.

-¡Viene pa acá! -gritó *El Cuilo*.

Gritar desesperados. Pegarse a las rejas desesperados. Aplastarse unos a otros desesperados. Hasta que alguien da la orden de abrir las rejas. Salir al corredor, y por allí a los baños. Por los baños a otro corredor, y a otras rejas.

-Dale campo a Mario –dice Fajardo, haciendo fila entre los últimos.

-No jodás –responde *El Cuilo*-, de por sí se desmayó. Si se muere ni se va a dar cuenta.

Fajardo lo alza. Corre con él. Mario como muerto, cerrado de bronquios por el humo, desmayado por el miedo o por los gritos que lo trasladan al horror de la infancia, en donde su madre y los muertos del autobús son los que gritan.

-Te vas a quemar, Fajardo, dejálo allí –dice Rubio.

-No te metás.

Fajardo sigue con él, no siente los vidrios, ni las llamas, ni el golpe de las cosas que caen. Afuera se revuelca para apagar el fuego que le prendió en la ropa. Mario abre los ojos. Fajardo lo mira aliviado. Las piernas le arden como una brasa.

-¡Por favor, atiendan a Fajardo -pide Gómez-, está todo quemado!

Fajardo se acuesta en el cemento. Mario se sienta a la par y le ofrece sus piernas como almohada. Gómez corre al portón. “Es en serio sargento, el hombre está mal, fue de los últimos en salir”. El sargento accede. Gómez hace señas para que lleven a Fajardo. Después aparta a Mario del portón y le dice: –“No te preocupés, ahorita se pone bien... Y vos, ¿cómo te sentís? Vení, sentate aquí”. Mario tiembla. Susurra: “Por dicha no le cogió la cara”.

* * * *

UNO

Debido al incendio muchos fueron trasladados. Rubio, Gustavo, La Pele y El Cuilo, por suerte no. La Pele perdió todo en el incendio, incluso quince mil pesos que tenía ahorrados para cuando saliera. Aunque ni a él ni a su hombre les interesa

salir. A qué. A dónde. La cárcel llega a ser para muchos la única familia, las únicas personas a quienes importan. ¿Y puede haber algo mejor que importar a alguien? Si La Pele sale, algo volverá a inventar para que la regresen.

DOS

Fajardo ya está bien. Estuvo un mes en el hospital. Por mil pesos conseguí que Culebrón cambiara de cama conmigo. En el mismo camarote me resulta más fácil cuidarlo. Lo dejé abajo y yo arriba. Nunca olvidaré lo que hizo por mí. Si no es por él me hubiera muerto por el asma y por el humo.

TRES

Tengo miedo de salir, Ceci. Afuera no será mejor que antes, será peor. A mí tampoco me espera nadie. Solo el desprecio de la gente. Antes pensaba que nos casaríamos, que nos iríamos lejos y que tal vez hasta tendríamos hijos, eso si lo hubieras querido, porque si no, sabes que no te tocaría. Pero ahora no estás, y el vacío es horrible. El país ve todo esto como un crimen político. Acusan a la Organización, no a ti. Desde el asesinato te ven como una víctima. Los documentos, las armas y los explosivos que encontraron en casa de Rubio nos mancharon a todos. El tipo era el loco, pero, aunque no nos condenaron, el odio y la desconfianza van parejos.

CUATRO

Ayer vi a dos compañeros que quedaron libres el mes pasado. Ninguno saludó, ninguno dijo: –“Hola, Mario, ¿cómo te está yendo?” Se hicieron los desentendidos. Supongo que aún sienten vergüenza. Sueñan con volver a ser apreciados. No aspiran a mucho más, estoy seguro. Sobresalir implicaría revolver la memoria de la gente. –“¿Te acordás? Fulanito fue uno de los de la Organización”. Adivino un deseo imposible: que se vuelva a

confiar en ellos. –“Ya viejos tal vez”, les dije mentalmente desde la acera. –“¿Qué piensan, qué sienten los asesinos?”, es la pregunta que nadie te hace. –“¿Cómo logras sobrevivir bajo la mala mirada de la gente?”. Yo les contesto que es el Limbo: no existes allí, por cortesía o por incomodidad todos te ignoran. Cuando alguien dice tu nombre hay desprecio y temor. Si pudieran se persignarían para alejar la peste. “¡Yeta, yeta!” Yo tampoco los saludé. Sé lo que padecen. Lo que hiciste, Cecilia, fue terrible. Arrastraremos por siempre una gran vergüenza.

CINCO

Solo condenaron a Rubio y a Gómez, pero la sensación es la misma. Algunos diarios temen que la Organización haya seguido adelante. Ignoran que nosotros fuimos los últimos revolucionarios y que Fidel pasó de moda.

SEIS

Fajardo cumplió seis meses de haber salido. Ayer vino a verme a mi casa. Nunca creí que lo hiciera, aunque lo he estado esperando. Apenas le serví el café me dijo: –“Marito, dejé el negocio de la droga, ahora trabajo en construcción”, y que se cambió de barrio pues sus amigos se burlan de que se haya hecho decente. Me hubiera gustado decirle que se viniera a vivir conmigo, pero me dijo que tiene mujer y que dejó esas cosas que solo se hacen en las cárceles. Supongo que fue una advertencia. Yo también dejé esas cosas que solo se hacen en las cárceles. Pero por él las hubiera seguido haciendo con gusto. A estas alturas, ya no me importa ser hombre ni mujer.

Parte dos

LA AMOROSA TIERRA

Veinticuatro de abril. Un aniversario más, amor, doce años contigo.

...Me vivía en quejas de amor, que no eran nuevas, sino tan viejas como aquella de que cuando llegaras a mi vida tendrías que dar explicaciones por haber tardado tanto. Aunque no tuvieras la culpa. Y entender. Los miedos a dormir sola, por ejemplo. El deseo de estar las veinticuatro horas con vos. El temor neurótico a perderte por una simple conversación callejera que sostuvieras con alguien, con cualquiera. Entender, meses después, que ya no me interesara la U. Que prefiriera pasármelas con vos. Pagada a vos. Vos papá. Vos mamá. Vos hermano y hermana. Vos todo. ¡Y encima esta consciencia horrible de que con todo ello podría cansarte!

Que te amaba, te lo dije, ahogada de vergüenza y de miedo.

Desde que te vi, Ricardo David Montalbán Angeletti mío, tuve la certeza absoluta de mi pertenencia. Pero ni siquiera me mirabas. Pasaba, con mi zapatitos de punta redonda abanicando de puntillas los corredores, deseando sí, deseando no que me miraras, y no lo hacías. Te hablaba a todas horas, en mi cabeza y en mi cuarto. Por las noches me encendía de deseo y de rubores. Siempre estuviste allí, amor, bajo las sábanas.

* * * *

La dirigencia de ARES (Acción Revolucionaria Estudiantil) convocó a asamblea universitaria general y urgente. Matilde

y Rosita, novatas de primer ingreso, escuchan asombradas los detalles. En el colegio religioso de donde proceden jamás se habló de política. Las monjas los consideraban asuntos de varones y de adultos.

En la Asamblea Legislativa se está discutiendo un posible contrato del país con la *Aluminium Company* (ALCOA) para extraer *bauxita* en San Isidro de Pérez Zeledón. La extracción implicaría un desastre ecológico: bosques y tierra fértil arrasados. La juventud universitaria está llamando la atención nacional sobre el tema. Aula por aula lo está explicando a colegiales y universitarios. Todos deben sumarse a la lucha.

“Por disposición de la Federación de Estudiantes Universitarios de Costa Rica (FEUCR) 12.000 estudiantes del Alma Máter deberán entrar en huelga a partir de las siete de la mañana de hoy por tiempo indefinido. La huelga es manifestación de la oposición que la FEUCR hace ante el país por la aprobación en primer debate de la contratación ALCOA-Gobierno de Costa Rica” (La Nación, 23 de abril 1970).

Cinco días después, megáfono en mano, Matilde y Rosita exhortan a unirse a las manifestaciones callejeras, las cuales se tornan cada vez más amplias y acaloradas. Los profesores se han sumado a la lucha. También, los estudiantes de secundaria. Un poeta gordo, fundador de un grupo de escritores noveles que ha entintado la capital con la frase “Lea Poesía”, reparte esta mañana un poema de su autoría que llama a liberar América. La gente lee emocionada su gran poema continental.

“Desde las tres de la madrugada de ayer algunos estudiantes de la Universidad de Costa Rica irrumpieron en el campus para levantar barricadas en la Facultad de Ciencias y Letras e impedir de esa forma el acceso a estudiantes y profesores. También bloquearon las vías de acceso a la Ciudad Universitaria atravesando

“automóviles y clausurando portones” (La Nación, 24 de abril de 1970).

La Universidad de Costa Rica se convirtió en el centro de actividades contra ALCOA.

“Los desfiles se desarrollaron durante todo el día, desde las primeras horas de la mañana hasta bastante entrada la noche. Por la mañana los universitarios y colegiales bajaron la avenida Fernández Güel y se concentraron en el Parque Central donde hicieron discursos. Algunos grupos quisieron impedir la circulación de vehículos pero rápidamente volvieron al orden” (Ibíd).

El veinticuatro de abril, día en que se sometería a votación el proyecto, miles de estudiantes nos reunimos frente a la Asamblea Legislativa, seguros de que los diputados no lo aprobarían. Pero lo hicieron. Con 41 votos a favor y 11 votos en contra *“en medio de una nutrida pedrea y con el salón de sesiones inundado de gases lacrimógenos”*, el contrato con ALCOA se firmó (La Nación, 25 de abril de 1970).

Desde el medio día, los altoparlantes lanzaban arengas y discursos. La Guardia Civil, multiplicada, resguardaba el edificio. Cerca de las dos, un grupo de estudiantes intentó entrar pero fueron repelidos. En respuesta, dos piedras hirieron a un cabo y a un teniente. A las tres y media dio inicio la sesión. En la calle subieron de tono los discursos, entre ellos el del vicepresidente de la FEUCR. La votación inició faltando poco para las cinco. La pedrea, cincuenta minutos después.

“La chispa que inició la violencia estalló a las 5:31 pm cuando un agitador desconectó la luz eléctrica afuera. Trató un guardia civil de reconectarla y no lo dejaron. La masa se agitaba. Los de la camioneta con parlante dieron la orden: “Vamos hacia la avenida central a desfilas”. “No, no, no, quedémonos aquí”, fue la respuesta.

No obstante los de la camioneta salieron hacia la Avenida seguidos de unos dos mil estudiantes. Todo estaba sincronizado, porque cuando ya estaban cerca de Chelles (bar), comenzó la pedrea contra la Asamblea por parte de los que habían quedado allí. Eran exactamente las 5:41 pm cuando tiraron las primeras piedras” (Ibid).

Arrecian las piedras. La Guardia Civil retrocede hasta la puerta de la Asamblea.

“Un redactor de La Nación estaba allí con la Guardia Civil. Se produjo la siguiente situación: cuando el reloj marcaba 5:52 pm (ya eran once minutos de pedrea), todos dentro de la Asamblea gritaban “gases, gases, qué esperan”. Ya estaban en la puerta de la Asamblea y la Guardia Civil apretaba adentro impidiendo la entrada. . . A las 6:01 se les lanzó la primera bomba lacrimógena... La muchedumbre fue presa del ácido. Hubo varios desmayos... Dentro de la Asamblea la Guardia Civil con máscaras protectoras sacaba del lugar a algunos manifestantes. La sesión seguía desarrollándose en ese ambiente...” (Ibid).

Algunos diputados razonan su voto. Unos sencillamente dicen sí. Otros sencillamente dicen no.

“Al empezar a hablar el diputado Villanueva Badilla suenan explosiones de bombas lacrimógenas, y los policías con cascos esquivan las piedras en las barras, algunos de cuyos vidrios se quiebran. Nuevas explosiones y los conceptos del expositor no pueden ser escuchados. Algunas piedras, después de romper cristales, no llegan al plenario gracias a los vidrios que se afirman son a prueba de balas. El directorio pide calma. Unos muchachos despavoridos se escudan tras los asientos, pero la sesión está prácticamente interrumpida. Las sillas sobre

las cabezas sirven de parapeto, y sobre el techo de la Asamblea caen docenas de piedras. La barra de prensa se llena de gases... Mientras tanto el diputado Villanueva Badilla vota "no". (Ídem).

Sigue la votación. Unos sí. Otros no. Otros sí. Otros sí.

"El directorio a través de su presidente señala: "En consecuencia se tiene por aprobado en tercer debate este proyecto. Pasa a la comisión de redacción". (Ídem).

Alguien gritó: "fue aprobado". Alguien repitió: "fue aprobado", "fue aprobado", "fue aprobado". Un grito visceral salió de todas las gargantas. La pedrea arreció. Los gases también. Asaltar la Asamblea se convirtió en la intención unánime. Romperlo todo, despedazarlo todo, los automóviles cercanos, incendiarlos, volcarlos.

Corrimos por las calles hacia el centro de la ciudad, desesperados, furiosos, insultando a la policía que batoneaba a diestra y siniestra. Fuimos a los medios (Radio Reloj, Radio Monumental, La Nación, La República), a vociferar y lanzar piedras. No quedó un vidrio entero, una vitrina. La violencia recorrió la ciudad hasta muy entrada la noche. Los comerciantes deben haber tomado ese día la decisión de poner cortinas metálicas en sus negocios.

"A las diez de la noche se informó que había unos 200 detenidos. Muchos padres de familia llegaban a los lugares de detención a interceder por sus hijos. La mayoría de los detenidos, se dijo, son agitadores, de clara filiación comunista. Algunos ya han sido detenidos en otras oportunidades por la policía." (Ídem)

En la Detención General las lágrimas corrían por el gas y por el desencanto, o por el miedo. El día anterior, algunos dirigentes habían mencionado la necesidad de llevar pañuelos y

cómo colocárselos, no recuerdo si empapados en agua o en vinagre, pero nadie creyó realmente que habría que usarlos.

Ahora en la Universidad de Costa Rica hay una plaza llamada “24 de Abril”, fecha de los sucesos de ALCOA y del día en que te encontré.

* * * *

Cuando corría calle abajo fuera de mí, frustrada, violenta, indignada, perseguida por dos policías reales o imaginarios, alguien me tomó de la mano, me ayudó a correr y, varias cuadras más adelante, me hizo entrar a un café. Eras vos. Con tu guerrera verde olivo, tus tenis blancas, tus jeans, tu pelo sobre la nuca, tu barba oscura y tus anteojos redondos y dorados a lo John Lennon. Y yo con aquella vergüenza que me hacías sentir...

—Gracias... -te dije sentada frente a vos.

—¿Cómo te sentís?—me respondiste con cara de preocupación.

—Golpeada... y furiosa.

—Y triste.

—Ajá. No sirvió de nada, eso es lo peor.

Entonces, trataste de consolarme. Estabas tan decepcionado como yo, pero trataste de consolarme:

—Yo pienso que sí sirvió. Nunca, en la historia completa de nuestro país, una protesta estudiantil duró tanto tiempo, ni tomó tanta fuerza. ¡Hasta los estudiantes de secundaria estaban allí!

—Pero perdimos la votación.

—Sí, es increíble... ¿Te golpearon?

—Aquí... y aquí.

Me tocaste. Suave y tierno, como si quisieras sanar los golpes.

—¿Te duele?

—No. Ahora no siento nada. Solo cólera y ganas de llorar.

—No sabía que las mujeres podían ser tan peligrosas...

- Las mujeres conscientes sí.
—No te enojés, era una broma.
—No estoy enojada, pero no deberías burlarte.
—No me burlo. Yo también tiré una que otra piedra... Mejor cambiemos de tema. ¿Cómo te llamas?
—Rosita. Rosita Cisneros.
—Yo soy Ricardo, Ricardo Montalbán.
—Sí, ya sé.
—¿Me conocés?
—De pasada, en la U.
—Ahh...

* * * * *

Habría querido llamarse León Felipe, Octavio Paz, Edén Pastora, en fin, tener un nombre sonoro y llamativo. Pero le dieron un nombre repetido. Se llamaba Ricardo Montalbán, como el actor de cine.

Ricardo, alias David Angeletti (ese, decía, era su nombre verdadero, o al menos el de su alma migratoria) descendió al matrimonio Montalbán en Costa Rica y en invierno. Su abuela materna, una italiana robusta de mejillas hilvanadas por pequeños hilillos púrpura, había cruzado mares desde Italia con tres hijas para buscar al marido, migrante en el país desde hacía tres años, y de quien hacía largos meses no se tenían noticias. Lo encontró atascado en las faldas de una campesina joven y de buen ver, puertas adentro de una casa de adobe, amplia y esquinera, en el poblado donde la Curia lo contrató para construir la iglesia parroquial. Conchetta se instaló en la casa con sus hijas sin dar grandes explicaciones sobre cómo hizo para llegar, atravesando mares y océanos, hasta aquellos sitios de difícil pronunciación y peor acceso, sin hablar otra cosa que italiano.

Concepción (Conchetta) y Vittorio se reunían los domingos con amigos alrededor de una botella de “Lacrima Christi”, una macarronada, una *pizza* tensada al aire entre aplausos, o una olla de “ravioli” sumergidos en abundante salsa. Después escuchaban ópera en el radio Philips de madera, o a Conchetta misma con su bella voz de tiple. Ella tenía un dejo en la voz tan cadencioso, tan genuino, que bien podía compararse con un *aria* de Puccini.

Don Vittorio, ya anciano, don Juan verde e irreprimible, entregó el alma de bruces sobre una cerca de púas, una noche de luna llena y de requiebros amorosos, lanzado encima del animal encabritado por los bramidos del viento.

Desquiciada por la escandalosa muerte de su marido, Conchetta —quien de niña había visto Roma y después morir— enmudeció para toda otra conversación que no fuera sobre su tierra natal, empeñada en fabricar a pura palabra un barco de la vida, una cadena de circunstancias que la llevaran de regreso a Italia. Al final, solo recordaba tres cosas: Vittorio, Nápoles y su fugaz paso por Roma. Murió rodeada de sus hijas mientras miraba partir un buque imaginario, boca arriba y boca abierta como una tortuga gigante reducida de tamaño de tanto pensar e imaginar.

* * * *

Ricardo salió del Teatro como a las cinco. A punto de pisar la acera tropezó con Nicanor Altamirano, de vista y de murmuraciones conocido. Le pareció que traía los ojos llorosos y excesivamente marcadas las arrugas de la frente. Lo saludó como si lo conociera. Altamirano sonrió y se le abombaron dos bolsitas bajo de los ojos. “¿Buscás a alguien?” -preguntó Ricardo, casi culpable.- “No, solo pasaba por aquí. ¿Hubo una conferencia, no?”. “Sí, una rueda de prensa. Muy importante.”

A Altamirano los locos interiores le habían dicho toda la mañana que si iba a la conferencia lo acusarían de espiar. ¿Quiénes y para quién? No lo sabía. Pero de que resultaría sospechoso que estuviera allí no tenía duda. Por eso, no asistió. Porque, ¿qué interés había mostrado él en los últimos años hacia los asuntos políticos o hacia los revolucionarios de Nicaragua? Ninguno. Al final, no se aguantó las ganas de conocer al Héroe, calló a los locos de adentro con un puro de mota, y se vino para el Teatro. En este momento, se limita a contestar la palabrería con que éste que le salió en la entrada se lo está llevando al café más cercano, pues todo parece indicar que llegó tarde.

Ricardo le dio un último empujoncito hacia la silla y preguntó:

—¿Querés café?

—Mjú —respondió Altamirano con los ojos llorosos y un gesto triste.

—Tomá, secate —le alargó una servilleta. Un hombre no puede andar por la calle derramado de lágrimas.

“Esperame un momentito”, le dijo también, y se levantó al baño. Bajándose la bragueta, repasó la información: Nicanor Altamirano, poeta de origen humilde, una cabeza brillante, ex vendedor de enciclopedias, ex estudiante universitario de literatura inglesa, frecuentador de las cantinas más pobres, perdió el interés por los estudios desde que llegaron al Alma Máter la mariguana, el LSD y los Beatles. En algún momento se lo consideró “un posible escritor de pluma culta” a quien estimaban con cierta condescendencia los catedráticos de más prestigio. Ahora nadie lo recuerda. Peor aún, nadie lo escucha.

—¿Y cómo van tus poemas, Altamirano? —Retomó la conversación tratando de ser amable.

No respondió. Olor a licor viejo. Un charquito llorado sobre la mesa.

Ahora fue Altamirano quien se levantó para ir al baño. Orinó, lloró, se apoyó en las paredes, habló con Dios desde aquel lugar maloliente pues a Dios no le importan esos detalles, y arañó la cara del mundo, tan cruel, tan cruel, tal vez porque no sabe...

—Es extraño —dijo al volver, la cara colorada, todos padecemos de una igualdad esencial, padecemos de cruz, de sufrimiento, de estar vivos y condenados a muerte, de desvarios, de ser ilusos, de destino. En eso somos iguales. Sin embargo, ninguno reconoce su vida reflejada en la de otro, el otro es siempre un extraño y lo que es peor, un rival, un enemigo potencial al que el instinto nos pide destruir.

Sorbió café, se restregó las manos como si tuviera frío, como si llevara puestos un par de guantes lullidos, una bufanda, un sombrero derruido y un abrigo roñoso. Esa fue la visión. Ricardo observó mejor: camisa color crema, sudadera café. Ni guantes, ni sombrero, ni abrigo.

—Hay un misterio extraordinario en el chivo expiatorio —siguió Altamirano— en aquel que paga por los pecados de otros. Los carga durante algún tiempo y luego es expulsado de la comunidad. El “maldito” es peligroso, no se lo nombra siguiera, se le ignora, su solo nombre contamina, trae miasmas a los éteres y a la conversación...

Nicanor Altamirano. Pocos hablaban así, con voz tan íntima de una vez. ¿Por qué se le abría tanto aquel hombre? Sus palabras tenían eco, sonaban, transitaban de la memoria que creyó soñarlo días después, a la inmediatez pegajosa de grasa de pescado y moscas del “Bar y Soda El Colibrí”.

—¿Y no hay remisión para esos que, en todo caso, no son sus pecados? ¿No hay quien lo salve? —preguntó Angeletti.

—Por supuesto —más tranquilo. Para explicarlo los poetas crearon la fábula del sapo reconvertido en príncipe por un beso de amor.

—Alguien que lo mire bien, supongo.

—Alguien que reconozca en él al príncipe y no deje de hacerlo ni un instante. Porque, ¿quién podría besarlo si viese en él sólo al sapo?

—Tenés razón...

Pidió más café. Es posible que hubiera vomitado.

—La ciudad *padece* de calles, amigo —otra vez aquella palabra. Están las calles por las que circula la mayoría, en ellas

no hay problema, son calles “democráticas”, nadie te mira demasiado, predomina un cierto ignorarse cortés. Hay otras tomadas por subgrupos, los jóvenes, por ejemplo, con sus altanerías y sus bromas. Por ellas es mejor no pasar. O bien hacerlo consciente de ser mirado, sosteniendo el pensamiento y la expresión facial para evitar un comentario de mal gusto. Porque se quiere ser mirado bonito y se teme ser mirado feo, ya se sabe. El vestido que llevés y cómo te sintás ese día es determinante, se acicala uno para pasar por ciertas calles, o no se pasa. Y, finalmente, hay otras por las que transitan aquellos que son, o se sienten, ¿no es acaso lo mismo?, apestados, inferiores, los parias para decírtelo en directo, y entre los cuales un maldito como ellos se siente menos mal porque no destaca. Es el inframundo... Sus transeúntes no llegan nunca hasta las avenidas principales, si acaso alta la noche, cuando sus pasos no arriesgan a perder el hábito de pisar basura.

Aspiró alguna mucosidad imaginaria y continuó:

—Nadie camina por lugares a los que no pertenece, ni pasea fuera de sus dominios porque le verían mal. Por el contrario, en sus propias calles hasta los “pintas” pueden darse el lujo, con suerte, de llegar a príncipes de cotarro y lucir pretenciosamente sus galas: grandes tacones, camisa de flores, chaqueta de mezclilla, crucifijos al pecho en oro o plata, gruesas pulseras de inoxidable, pantalones ajustados. Eso sí, en sus calles, mezcla de belleza arrabalera y de rostros patibularios.

Se calló. Hasta aquí Altamirano el intelectual, aprehendiéndolo todo con la pinza erecta de su cabeza. Se echó el poco pelo hacia atrás con los dedos, no demasiado grasientos. Apoyó la cara sobre los nudillos. Por fin alzó la vista, solo la vista y dijo:

—He sido un imbécil, sabés. Me suicidé socialmente y lo que es peor sin propósito, pues ni siquiera pretendía convertirme en chivo expiatorio.

Ricardo siguió callado por respeto.

—Somos muchos. Se nos puede reconocer: Casi todos oscilando entre la concha de sus cuatro paredes y sus diablos interiores, asustados, perseguidos por lo real o por lo imaginario...

quién podría distinguirlos, si la droga nos quebró hace mucho el espejo que separa lo imaginario de lo real...

Permaneció inmóvil. Él no se plantea esos asuntos, tal vez porque los ángeles, reales o imaginarios, no tienen conciencia, o porque su mente nunca quebró sus cristales.

—¿Leíste mi poemario? —preguntó Nicanor, cambiando de tema solo en apariencia.

—Sí, es excelente.

—¿Lo leíste, en serio? —Se le borraron las arrugas de la frente, se le encendieron los amarillos mínimos de la camisa.

—Me gustó mucho, sobre todo la parte de los aforismos.

—Me alegra... ¡Gracias por el café! Ya me siento mejor.

—No es nada.

—Me he sentido mal en estos días, sabés —cálido, avergonzado, humano—, mi libro salió hace seis meses y nadie se ha dignado mencionarlo.

—Tal vez porque es muy bueno.

—No, no es eso. Es ostracismo espiritual. Es poseer la peste, me entendés. ¿Leíste *El Pájaro Pintado*, de Kosinski?

—Sí, por supuesto, y también aquel otro, el del ángel que aterriza en la casa de una familia y termina dándole a cada uno lo que necesita.

—Entonces que lo que necesitaban era sexo, pues se acostó con todos los de la casa. Hasta con la vieja criada. ¡Sí, probablemente era un ángel! Altamirano se rió.

Lo ayudó a reír, exagerando la gracia del chiste, y respondió:

—Yo también soy un ángel.

Altamirano detuvo la risa un instante.

—¿En serio? —Y volvió a reír, como si formara parte del chiste.

—Lo soy, ¡en serio que lo soy! —insistió Ricardo.

—Sí, claro —no quería bajarse de la risa—, ¿y qué cosas de ángel hacés?

—Pocas, realmente. Adivinar el número de la lotería, por ejemplo.

—Entonces sos rico.

- A eso iba. No me permiten compararla.
- ¿Quiénes?
- Los de arriba.
- Ni decir el número a otro, supongo.
- Eso sí, pero solo como excepción.
- ¡Pues aquí tienes una excepción! —Se rió a carcajadas, las mejillas coloradas, los ojos llorosos.
- El chiste no daba para tanto, pero se aferraba a la risa.
- ¿Así que sos un ángel? —preguntó unos minutos después, más serio.
- Mjú.
- Jurámelo.
- Los ángeles no juran.
- Y hacés milagros pequeños, nada más —sonrió, acariciando la taza. Pues me caés bien. ¿Cómo te llamás?
- Ricardo Montalbán.
- ¿En serio? —burlón.
- En serio. Me dieron un nombre repetido.
- Y famoso.
- Para que nadie pueda confundirme con el verdadero.
- Está bien, me rindo. No más bromas, por favor... ¿Querés venir a mi casa? Está cerca. —Lo dijo con miedo, aprovechando la curva favorable del buen humor.
- Aceptó.
- ¿Conocés la leyenda de Casandra?
- La sacerdotisa de Apolo, condenada por el dios a profetizar, pero sin ser creída ni escuchada. Sí, la conozco, ¿por qué? —respondió Altamirano.
- Te está ocurriendo lo mismo.
- ¿Condenado a escribir, pero sin ser leído? Eso nos pasa a todos los escritores costarricenses, ¿no te parece?
- La vida es una sucesión de mitos. Somos siempre Ulises, tratando de regresar a casa. A veces nos enamoramos de Beatriz, como Dante. A veces nos sentimos Orestes asesinando a su madre.
- Tal vez yo debería asesinar a la mía...

Era una mala broma. Ricardo no lo disculpó.

—Ya lo hiciste, Nicanor.

Altamirano se detuvo.

—¿Cómo te atreves? Nos conocemos hace una hora y ya te crees con derecho a...?

—Soy un ángel, ¿te acordás?

—¡Andate pa' la mierda con ese cuento!

—¿Leo la mente colectiva porque soy un ángel, o soy un ángel porque leo la mente colectiva? —imitó a Hamlet. Otra vez bromeaba.

* * * *

Miró hacia abajo cuando llegó al puentecito, hacia la acequia florecida de *chinas*. Imaginó -como todos los jueves camino al edificio de Química-, que caminaba de la mano con Ricardo por aquel bosquejo de río, en busca de un rincón inexplorado por las parejas de amantes. Se dijo, como todos los días, que ella a él no le importaba, ni antes, cuando no la conocía, ni ahora que conversaron en el Café “Los Gemelos”. ¿Por qué? ¿Acaso era fea? Trató de verse en el espejo móvil de la acequia, pero solo su silueta a lo Joan Baez se perfiló indecisa entre los centelleos oscuros del agua.

—¿Idiay, dónde te metiste?

Es Matilde, su amiga. Desde ayer se le anda escapando. Necesita estar sola. Procesar lo de Ricardo. ¡Hace quince días que pasó lo del café, y es como si se lo hubiera tragado la tierra! Ya hoy no aguanta la tristeza.

—¿Díay, compa? La estuve buscando.

—Es que llegué tarde y tenía que pasar antes por la biblioteca —mintió.

—Ah... —la miró sin mucho convencimiento—, ¿mal de amor otra vez?

—No. Es que no me siento bien.

—¿Lo viste?

—¿A quién?

—A Ricardo.

—No. ¡No me ha buscado, Mati! ¡No le interesé para nada! —Se quebró.

—Tal vez no sabe dónde buscarte. ¿Le dijiste?

—Le dije lo que estudiaba.

—¿O está ocupado? Él trabaja, ¿no?

—Sí, pero tiene permiso para venir a la U.

—Bueno, entonces puede ser otra cosa, que esté enfermo, no sé...

—¡Ay, Matildita!, me voy a morir...

La empujó hacia Química. Los taconillos de las sandalias resonaron sobre la madera del puente. Rosita Cisneros es su mejor amiga. Ricardo, el barbudo, es guapo, sí, pero no para morirse de desconsuelo por él como Rosita, ni para que se haga el tan merecido. Debería decirle unas cuantas verdades, echarle en cara el amor de su amiga... Se contuvo. Rosita es altiva como una princesa. Jamás le perdonaría que la avergonzara. Mejor se apuran. Hay "quiz".

—Marcos quiere vernos —dijo Matilde.

—Hoy no puedo. Tengo que alistarle la comida a mis hermanos.

—No sé. Dijo que urgía.

—Solo que nos reuniéramos a las cuatro. Tengo libre. ¿A usted qué le toca?

—No importa, yo voy con vos. También quiere ver al *Rata*.

—¿Para qué? Es pura boca, habla, habla pero no hace nada.

—Pues eso fue lo que dijo.

—No, *Rata* no sirve... —apuró el paso.

Tras dos años de verse casi todos los días, Matilde conoce los puntos sensibles de su amiga. Mencionar a alguien poco capaz o irresponsable y hacer pender la amenaza de que se le encargará algo importante, es uno de ellos. Y, en efecto, mencionar al

Rata acababa de surtir efecto. Rosita, molesta, perdió cualquier asomo de tristeza.

* * * *

Ricardo Montalbán Caputti (o David Angeletti, su seudónimo como escritor) había nacido veintitrés años atrás. Su padre, Pedro Montalbán González, maestro de escuela, viudo sin hijos de treinta y tres años, decidió un día recorrer Costa Rica como vendedor ambulante. Mostrar a sus alumnos en un mapa la red de carreteras construidas entre los años 1920 y 1940 le dio la idea. Pidió seis meses de permiso en la escuela, compró una camioneta de tercera mano y se echó a rodar.

En la oficina municipal de un pueblito de Heredia, sentada frente a una máquina de escribir, conoció a Margarita Caputti Parma, soltera, de veintiocho años, de carácter difícil e insolente belleza. Pelo negro, ojos aceitunados, frente amplia, cejas espesas, Margarita corregía los rasgos hoscos de su madre, Conchetta Parma, y daba fogocidad al porte digno y sereno del arquitecto Vittorino Sole, su padre.

Contrajeron matrimonio discretamente después de un galanteo fugaz. Margarita dejó la municipalidad. Haciendo largos rodeos y pequeños desvíos, teniendo como eje los tramos abiertos de la carretera interamericana, parando en pueblos, caseríos y aldeas, Pedro y Margarita continuaron juntos el trabajo de vender y comprar. Los trabajadores e ingenieros de la Public Roads Administration —contaba Pedro—, encargados del diseño y construcción de la enorme vía, fueron alguna vez sus clientes, aunque quién sabe si mentía o confundía los nombres. El proyecto lo habían conducido desde 1930 Army Engineers, Public Roads Administration, Bureau of Public Road... Hasta 1959, fecha en que lo asumió el Gobierno de Costa Rica.

En 1946, Pedro, aún solo, había asistido a la apertura oficial de la carretera Cartago/Pérez Zeledón y en 1948 presenció con Margarita el inicio de los trabajos entre San Ramón y Río Abangares.

Los bordes boscosos, las minúsculas ciudades, las fincas ganaderas, los pueblecillos adormilados, los campos cuadrícula-dos por las siembras, los altos y espesos montes, los volcanes, los ríos y los cafetales, los invitaban a quedarse. Pero la comezón de viajar era mayor. Esa sensación de ser siempre bienvenidos, de ver cada año a los mismos amigos, de llevar y traer encargos de la capital. Y cuando el camino se estancaba sobre el barro, estacionarse un par de días en la casa de quien le prestó los bueyes o el *jeep* para jalar la Ford, igual que el año anterior.

* * * *

Una reja desvencijada cubriendo la puerta de color indefinible. Un corredor oscuro difusamente iluminado por la ventana mínima encima de la puerta. Al fondo, una habitación desordenada de paredes mugrosas. Huele a casa vieja, a humedad, a mariguana, a ropa usada, a humo de camión, a cerveza. El apartamento de Nicanor Altamirano, enquistado en la parte vieja de la ciudad, donde cientos de casuchillas de madera, desteñidas y endeblés, hacen fila sobre las calles estrechas.

—Pasá, estás en tu casa.

Recogió un papel tirado bajo la puerta. Un volante anunciando fiestas populares en San Rafael Arriba de Desamparados. Lo dobló y lo metió en un cuaderno.

—Papel para un poema —se excusó.

Recogió la ropa tirada sobre el sofá y el piso. Limpió la mesilla larga de la sala. Puso las botellas y los restos de comida sobre la mesa del comedor y la pila.

—Sentate. Disculpá el desorden.

—Esto te hace daño —respondió Ricardo, señalando el cenicero.

—Ya vengo, voy a dejar esto.

Se sentó en el viejo sillón color vino. A su espalda, la ventana manchada por el hollín de los autobuses. Al frente la puerta del dormitorio. A la derecha la cocina y una puerta con salida al patio.

—Ok. Ahora sí te voy a atender. ¿Querés una cerveza, un té o algo?

—No te preocupés. Ahorita me voy. Estoy cansado. Desde mediodía metido en el café del teatro...

—¿Realmente deja las armas el hombre?

—Parece que sí, esa fue la impresión.

—La noticia va caer como una bomba.

—Ya cayó. Para la izquierda no es más que es un traidor, y la derecha no le cree que se retira.

—¿Vos le creíste?

—Sí. La guerra... matar no es fácil.

—Matar por ideas... Por opiniones, en el fondo.

—Así es. Aunque cada quien jura que está ofreciendo su vida por la verdad.

—Y vos, ¿la tenés?

—¿Qué cosa?

—La verdad. ¿Sos un ángel, no? —retomaba la broma.

—Sí, soy un ángel. Y no, no la tengo. Se rieron.

—¿Sabés qué es lo peor? —preguntó, serio otra vez, Altamirano— que derramar sangre no cambia nada, pues ya en el poder la gente no es sustancialmente distinta.

—Cuidado, no creer en la revolución te dejará sin amigos.

—No tengo amigos... Pero decime, aparte de ser un ángel, ¿qué hacés? Se rió otra vez, mostrando sin pudor sus dientes mal cuidados.

—Soy periodista. También escribo. Cuento, poesía... Ahí lo tenés, mi primer libro.

—¿Algo tuyo?

—Ajá. Ese. “Lo Fugaz”, de David Angeletti.

—¿Angeletti? ¿Ese sos vos? ¡Qué nombrecito! ¿Sos italiano?

—Mi madre, no yo. Pero no es por gusto que utilizo seudónimo. No puedo firmar “Ricardo Montalbán”... así se llama un actor famoso.

—Sí, ya sé, el de la *Isla de la Fantasía*... An-ge-le-tti... De veras que te lo crees, eso de ser un ángel.

—Ajá. Pero, ¿te gustó el libro?

—¡Por supuesto, es excelente, me encantó!

Le ofreció la mano, feliz. Se rieron. Aquel era un pulso que ninguno de los pretendía ganar. Sabían, se comprometían a ello, que no serían nunca rivales ni enemigos.

—Tu libro también me gustó, Nicanor. Lástima lo de la droga, porque de algún modo todo lo que escribiste deja de ser tuyo.

—Sobre eso, por favor, no digás nada. Es asunto mío, ¿me entendés? Y todo lo que está allí también.

Señaló varios fólder en el estante de abajo. ¿Cómo se atreve este fulano, al que acaba de conocer, a opinar sobre sus asuntos? Que ambos sean escritores no los convierte automáticamente en amigos íntimos. Ya van dos veces que menciona la *mota*.

—Entonces, ¿por qué no los publicás? A ver, decime, ¿cuánto te llevó escoger los poemas que irían en tu libro?

¿Está loco este tipo? ¿De verdad se cree un ángel, o que tiene derecho de meterse donde no lo llaman? Pero mejor se aguanta. Si quiere tener un amigo mejor se aguanta.

—Dejémoslo ahí. ¿Ok? Voy a traer café.

Ingresó con dos tazas y una azucarera. Ricardo estaba escribiendo su dirección postal en una libreta de resorte. Arrancó la página, la dejó sobre la mesa, dijo “por si algún día querés enviarme algo”, y disparó de nuevo:

—¿Cuál crees que sea la misión del artista?

—Sacar todo lo que tiene por dentro. ¿Y vos? —respondió Altamirano.

—Poner en sencillo las cosas, para que todos las entendamos.

—Como los muralistas mexicanos, que pintaron en las paredes la revolución.

—Como el Arte ha hecho siempre, en realidad. ¿Quién fue el gran maestro de los griegos, quién fabricó sus héroes maravillosos (Aquiles, Héctor, Odiseo, Ifigenia, Hécuba, Helena, etc.), con los cuales hasta el mismo Alejandro confesó identificarse? ¿Quién entregó sus modelos educativos a Occidente antes que el héroe-Cristo invadiera Europa?

—Homero.

—Exacto. La pregunta que hay que hacerse, entonces, es cuáles ideas, cuáles conceptos llevaré a mis lectores, cuáles héroes les daré, qué les voy a decir, a transmitir. ¿Mi basura personal, la mierda, mucha o poca, que puedo tener en mi cabeza? Para eso mejor no escribo. Si no podemos dar a la gente grandes impulsos, grandes esperanzas, sentido del heroísmo, mejor callémonos.

Silencio. Solo las cucharillas golpeando las tazas. Suave la de Angeletti; fuerte, desconsiderada, la de Altamirano. Este la abandonó sobre la mesa, donde dibujó una gota marrón. Ricardo, a falta de otro recurso, optó por el cenicero. Agregó una frase, antes de un nuevo silencio:

—Beethoven tuvo que purificarse, como un sacerdote.

Nicarnor esperó un minuto. Luego devolvió el pase.

—Empezaste bien, Angeletti. Como casi todos nosotros. Cuidá esa pequeña fama que ya tenés. No renunciés.

—¿A qué?

—Al buen nombre. Algunos sienten vergüenza de la sobrestima que le profesan los demás cuando hacen algo valioso. Residuos de medievalismo cristiano, supongo.

—No hay que ruborizarse, entonces.

—No hay que avergonzarse de ser bueno en algo, punto.

Lo observó. En la única conversación que han sostenido, ya Ricardo determinó una obsesión. No es la soledad, es el repudio, el sentirseapestado no sabe ante quién o qué. Sintió un repentino afecto por él. Respondió en otro tono:

—¿Cuánto tiempo más vas a flagelarte, Nicanor? No hay nada que pagar, amigo mío. ¡Nada!

Esta vez sintió deseos de golpearlo. ¿Otra vez se atrevía? Pero la voz de Angeletti no lo avergüenza, no lo humilla, fija un punto solamente, un secreto escozor de la conciencia que él mismo no se atreve a ignorar. ¿Qué fue exactamente lo que dijo? ¿Qué está diciendo? Se volvió. La voz que no lo acusa sale de la boca de un animal barbado, hermoso, de cabello largo por la sombra de un jarrón que le queda atrás, de ojos claros por la penumbra, con un rostro tan profundamente conocido, consuelo de todos los consuelos, el Amigo, santo Dios, el Amigo, que le quita sin preguntar la espina, la culpa, la tortura de tantas voces interiores, de tanto pecado imaginado o real.

Dos días después (lunes por la mañana), cuando al fin se decidió a salir, Nicanor Altamirano encontró un “33” debajo de la puerta. Reconoció el papel: la libreta de apuntes de Angeletti. Sonrió, lo dobló y lo guardó en la billetera. Estaba seguro de que había salido ese número en la lotería del domingo. Compró el periódico. En efecto, allí estaba, al inicio de la lista, en un círculo negro.

* * * *

Observó su colección. Quizá es de los pocos que leen autores nacionales. “Si es nacional, es malo”, reza el complejo. “Nadie es profeta en su tierra”, refuerza, demoledora, la frase bíblica. Repasó de prisa, saltándose los nombres. Los conoce a todos: su estilo, sus obsesiones, cada ángel particular en los verdaderos creadores. También sus pecados: la envidia enquistada, la maldad anidando en la poesía. ¿Escogen realmente las musas a sus servidores? Y la sorpresa inevitable: criaturas de alma retorcida que producen sin embargo música hermosa. Encontró, por

fin, el libro de Nicanor. Leyó toda la noche. Cerca del amanecer tomó apuntes para su tesis:

“Nicanor Altamirano: Le irrita la vida, como si fuera un suplicio vivirla. La atmósfera que proyecta es densa, comparable a un páramo de árboles ominosos, piedras amenazantes y niebla. En algún sentido es un héroe venido a menos. Toda acción le está vedada, como un destierro incluso del predio al que pertenecen los de su clase. Podría jurar que es su alma la que se rebela. Como un guerrero obligado a cumplir labores caseras. Como un soldado sin guerra que pelear ni tarea viril que lo reclame, porque todos los sitios ya están ocupados”.

Nicanor Altamirano también escribió esa noche:

“¿Te sientes a gusto con tu rostro? Frente al espejo siempre sentimos extrañeza, como si el adentro no se reconociera en el afuera. Asombro, disgusto, sorpresa. Reproche multitudinario cada mañana cuando ingresas a tu cuerpo. Entrás al foso de estiércol líquido, a la mierda dormida de voces indescifrables. Cada una enjuicia tu mal, te critica, se erecta arrogante sobre tu inmundicia. Regresas al amanecer a tu cuerpo estiércol que yace dormido sobre el lecho. Alguien señala tu defecto, apunta, ¡fuego!”

Casi al despuntar el alba, Ricardo escribe, en sincronía, un poema:

“No hay *afuera*, solo *adentro*.

Deambulas, reencarnas una y otra vez durante siglos

buscando tu rostro verdadero

el de aquella luz, el de aquel observador mudo

pensamiento sin juicio

testigo interior

pura mirada.

“Paciente, lo esperas.

Ruegas porque algún día

se vuelva máscara definitiva sobre tu cara.

Entonces dejarías de no reconocerte frente al espejo”.

A esa misma hora, con la ciudad despertando, Nicanor Altamirano escribe:

“Te miran, apuntan y disparan: que demasiado gordo, que demasiado grandes los pies, o el trasero, o las ubres abundantes, que medianamente vulgar o demasiado civilizado, cursi te dicen, que muy común la ropa, demasiado chillantes los colores. Y de inmediato las preguntas que nadie se atreve a hacer pero sobre las que todos piensan, los detalles de tu vida sexual: la frecuencia de tus masturbaciones, tu cara de escurrido y añejo, en fin, el Santo Ojo Inquisidor del Maldito que todo lo mira mal.

“Aquí en casa, por el contrario, solo existe tu propia mirada. Cierta personal e íntima belleza que con el tiempo llega hasta tus bordes y aflora. En esos días de covacha tibia, de todo el día contigo mismo, presenciando tu parto de maravillas, duermes y aterrizas al amanecer con la sensación magnífica de ser cada vez más ángel. Un ángel de alas enormes y extraordinaria belleza. Dulce, inocente, ingenua belleza. Sí, David Angeletti, aplauso por vos, bien escogido el seudónimo. Cuando has estado largas horas contigo mismo, con el don único de tu hacer, hasta tu exterior cambia, te pareces más al que en verdad eres, te bronceas de luz interior y, si sales, la aprobación de los otros te sorprende y la cara en el espejo coincide con la que crees tener adentro. Entonces te paseas entre amigos, sonriendo.

“¿Me veré bien, me verán bien? ¿Me tirarán pavas las escopetas? Lucho contra los miedos que aún me acosan: el panadero, el toque equivocado en la puerta, las noches de salir obligatorio, mis alumnos, el colegio. Pero avanzo. Escarabajo al que pocos miran, asciendo despacio hacia mi esencia, ya casi fija, sin lúbricas o criminales extrañezas.”



—¡Hola!

Se volvió asustada.

—¡Hola! —insistió Ricardo- Bonita..., más que bonita: ¡hermosa!

La observó. Pelo largo, lacio, pulcro, libre. Pañuelo rojo anudado al cuello. Blusa negra de bailarina pegada al cuerpo. Pequeños mocasines de cuero natural sobresaliendo apenas del pantalón vaquero. Como si lo estuviera esperando.

—¡Hola! —respondió ruborizada pero digna.

Se le sentó a la par. Es suya, alguien dentro de él lo sabe.

—Te invito a un café.

Se montó sobre el tiempo de las princesas, ese ritmo de cosa merecida, de nunca demasiado ansiosa, aunque el amor haga siempre perder la compostura.

Le llevó los cuadernos y un álbum de esos que firman las colegialas con recaditos de buena suerte en los finales de curso. La tomó del brazo al ingresar al café. Supuso que ella tampoco había almorzado. Él mismo sirvió en una bandeja. Se excusó por cambiar un poco el pedido:

—El sándwich de queso viene sin jamón, ¿no importa? No como carne desde hace mucho, sabés, y me molesta un poco el olor a muerto sobre la mesa.

Ella aprobó con una sonrisa. Lo amaba. En la U lo buscaba por las aulas, a escondidas. Pero él de paso, siempre de paso, con amigos. Jamás una mirada para ella. Cuando apareció con aquella mujer, Beatriz, a la que presentó como su novia, se le cayeron las alas, las del alma, porque soñaba con caminar con él por las acequias llenas de *chinas*, allá, por la Facultad de Letras, y leerle sus poemas, largos, casi líquidos, cómplices desde el primer día, cuando tropezaron en un corredor y se golpeó la nariz, metálico seco, contra el botón del pecho de su guerrera. Salió corriendo. Huyó alarmada por su aroma, avergonzada, no entiende por qué, de ser virgen.

—Me encantás con tu pañuelito rojo y tu suéter negra. Parecés una francesa.

Lo miró sonrojada, los ojos alargados por espejismos flotantes, calor de las estepas, vapor como de calles asfaltadas. Él estiró la mano hacia adelante para quitarle, para empujar detrás de sus orejas un largo mechón negro. Ella no se movió. No se asustó. Deseó acurrucar la mejilla en su mano no sabe por qué dorada, resplandeciente de amarillos. “Es el amor –se dijo-, que todo lo envuelve en oros”.

-Me alegra que pasara lo de ALCOA –dijo Ricardo-, así pude conocerte.

No respondió. Qué ganas de preguntarle *por qué no me buscaste más*.

-No parecés.

-¿Qué cosa?

-Tan apasionada. Tirando piedras, hablando por altoparlante...

-¿Y vos, no tiraste piedras?

-Sí, claro, contra *La Nación* —se rieron de lo que ya conocían.

-Fue hermoso, tanta gente, los muchachitos de colegio...

-*Vos* estabas muy hermosa –subrayó el “vos”. Ese día quería hablar con ella, eso no se lo dijo, ni que la andaba siguiendo, cuidando.

Lo miró hasta lo hondo. Hasta fundirle las entrañas. Lo miró con amor, con deseo, con ganas de que se la llevara. Ricardo entendió. Ahora era él sonrojado. Tomó la carpeta y se la entregó.

-Es un cuento mío. Para que lo leás. No, no ahora, en tu casa.

Esa noche Rosita se encerró en el baño cuando todos dormían. Abrió la carpeta. Muy cuidadas las hojas. Muy pulcras. Las besó varias veces antes y después de leerlas.

* * * *

Afuera la noche iluminada, completa. Las estrellas caídas sobre la ciudad también parpadean. Los ríos luminosos de las autopistas la rodean como puentes curvos. Sobre los montes oscuros, las ventanas iluminadas de las cabañas dispersas. Siempre se descubre alguna más arriba. En la falda, como arañas doradas, las luces amarillas de los poblados vecinos. Y arriba la luna que se empuja hacia el oeste, cada vez más pálida, menos nocturna. La cabaña rezuma olor a madera y a libros.

Su primera noche de amor lo desvela. Rosita duerme. La almohada engañosa le permitió soltarse del abrazo moreno que aún en sueños lo reclama. Desde la hamaca que cuelga entre dos horcones observa la ciudad, la montaña de luces diminutas y el cielo.

Lo apresa la vigilia. La larga, intensa, hambrienta entrega, el dulce sopor de sentirse extrañamente calmo, satisfecho, desliza hacia su memoria imágenes de la infancia. Higueros de ramas mecedoras, guayabales cargados, cañas dulces tiradas sobre la ruta al ingenio para morder y chupar azúcares líquidos. Le asombra descubrir de nuevo la inocencia. De nuevo la poesía. Cuando soltó el pelo largo, lacio, negro de Rosita. Cuando besó sus pechos vírgenes, abundosos como de mujer parida. Cuando delineó la curva tersa de sus perfiles calientes. Se estremeció al recordar las únicas palabras de su silenciosa ofrenda: “Solo a vos”, le dijo, “solo a vos”.

* * * *

Tiene dos años de visitar a Nicanor Altamirano. No puede decir que haya logrado mucho con sus visitas. Tampoco sabe con exactitud qué desea lograr. Tal vez que Nicanor tenga un amigo.

O que venza su necesidad de arroparse con los humarascales de la mariguana.

Esta noche casi lo convenció de compartir su sacramental veneración por la hierba. Suerte que le agarró una mala nota y le dio por pedir perdón por esto, por aquello, por Ana y por Juana, y hasta por la impertinencia de haber nacido. No querría sentirse así, ni desear continuamente una pitada para ver si algún día la *mota* le entrega la respuesta. Los labios amoratados de Nicanor no mienten. Sus mejillas de succionador empedernido tampoco. Pero aunque succione veinte años más no resolverá el acertijo, porque *Sor María Juana* borra cada día lo que te hace pensar y te deja en blanco.

Casi caigo en la trampa, Nicanor. Así de normal se me volvió verte chupar el humo como si se te fuera en ello la vida. Casi destapo la olla de los grillos, el tábano acusador de mis malentendidos interiores, mi cueva de murciélagos, mis chupa-sangres. Pero no quiero más culpas sobre mí. Ya casi logro el silencio. Casi la quietud. El vacío. El testigo. El observador. No fumés más, Nicanor, no fumés más...

* * * *

Luna en el cenit. Al fondo la cabaña iluminada y su mujer esperando. Su esposa desde hace un año. Bajó del *jeep* para abrir el portón y, de la nada, le cayeron encima. Un batir de alas negras. Algún pajarraco agresivo y nocturno. Supo de inmediato que las alas eran negras porque las blancas no revolotean así. Se posan majestuosas, con lentitud de demasiado poder, de demasiada dignidad para apurarse, palean a media brisa, muy tenue y perceptiblemente perfumadas.

Picotazo en la nuca, duro, fuerte, para romper. Nada saltó, ni la sangre ni el hueso. Se palpó. No había líquido. Se lanzaron de nuevo sobre sus hombros. Se posaron allí, agitadas, como

dando alas a su cabeza. Mordieron la oreja derecha. No se desprendió. La izquierda. Tampoco. Tirones para romper, para desgarrar la piel blanca por la luna sin nubes sobre la montaña.

Estiró la mano, garra cuando se necesita, *no matarás*, recordó, cogió, apretó el cuello viscoso, la pluma sucia y maloliente, hasta que oyó el quebrar de cáscaras en el aire. Todavía aplastó la cabeza con la bota. Una y otra vez. Hasta ver la sangre, el petróleo lustroso sobre la hierba. Regresó al coche. Se pasó el pañuelo por la nuca. Hasta que sintió de nuevo los perfumes verdes. Rodó los cien metros que le faltaban. Se bajó, acarició los perros. Se escurrió por los adoquines. Se negó a las rosas que lo tiraban de la chaqueta. (Hoy no, les dijo, hoy no). Abrió con prisa, con temblor en el pecho, con mareo. Se quitó las botas para entrar y las dejó en el lavadero. Encendió la luz, todo en orden. Oyó a Rosita llamar desde arriba.

—¡Hola, mi amor! ¿Cómo le fue?

—Todo bien, ¿y aquí?

—También —bajando las escaleras. Vino Ramón, dejó los papeles, dijo que volvía mañana. ¿Va a comer?

Podría caerle mal, por lo del pájaro negro.

—Mejor no. No tengo hambre.

—¿Y las botas?

—Me metí en un barreal, las puse en el lavadero.

No quería tocarla. Ni subir a la segunda planta. Como si estuviera contaminado.

—Ya subo. Mejor me baño aquí abajo, estoy muy sucio.

Dejó correr el agua sobre la cabeza, la nuca, los brazos, las piernas. Abundante jabón perfumado. Se miró en el espejo. Tenía las puntas de la barba quemadas. Se vistió con el pijama que Rosita le dejó tras la puerta. Subió al dormitorio. La cubrió de palabras cariñosas y besos. Ella le frotó los cabellos con un paño seco.

—¿Qué estabas haciendo? —al ver la luz del escritorio encendida.

—El informe para el banco. Es para mañana. Todavía me faltan dos fórmulas.

—¿Te ayudo?

—No, mi amor. Acuéstese, no trae buena cara. Yo ahorita termino.

Agradeció que lo adivinara. Se lavó los dientes. Fue especialmente generoso con el enjuague bucal, como si el pájaro le hubiese traspasado su aliento de ultratumba. Cerró el botiquín. De nuevo un espejo. Sí, el bicho o lo que fuera le quemó la barba. Se metió en el guardarropa. En un rincón, envueltas en plástico, dos alas de papel fino, blanco envejecido. Las fabricó él mismo cuando tenía quince años, para un Halloween. Se quitó la camisa. Ajustó el amarre a su cintura y se miró en el espejo del ropero. Así, con las fajas de cuero cruzadas sobre el pecho y las alas largas hasta el piso, parece un héroe de caricaturas. *¡Ah, si fuera tan fácil!* —pensó, y devolvió las alas al ropero.

Bajo las cobijas, abrigado hasta el cuello, recordó su llegada a la Tierra: una Semana Santa, vestido de angelito, claro está, lo dejaron en una calle de Heredia. Media hora después, dos hombres que llevaban unas andas vacías dijeron: “¡Mirá, ahí está el angelito que faltaba!”, y lo llevaron a la procesión, cerca de El Resucitado. Se agarró fuerte y sin llorar todo el trayecto. En la iglesia llena del humo lo bajaron. Se sentó en una banca a esperar. Eso habían dicho los del cielo, esperar, es todo lo que hay que hacer.

Entonces llegó la señora de sombrero grande, collar de perlas y guantes blancos. Lo agarró de la mano y, temblando y con lágrimas, le dijo: “¡Santo Dios, Ricardito, creí que te había perdido!”. Entre regaños y besos, lo sacó de la iglesia. Fue la única vez que le habló como a un ángel. En lo demás lo trató como a un niño: que ayudarlo con las tareas de la escuela, que prepararle la merienda de pan con mantequilla, que llevarlo al peluquero, todas esas cosas. Hasta la Universidad. En marzo, apenas ingresado a Generales, dormida en la mecedora, se murió.

Las cosas con su madre siempre fueron como en misión secreta. Nunca hablaron de cómo ella lo recogió, un domingo de resurrección, recién llegado del cielo.

* * * *

Pedro Montalbán González, vendedor ambulante y padre de David Angeletti, fijó su residencia en San José porque se le cayó un diente delantero (malo para quien debe desplegar sonrisas y hablar en tono convincente) y porque un invierno descomunal lo obligó a estacionar la Ford y montar un bazar con la mercancía del viaje interrumpido. Negoció el alquiler de una vieja casona en los suburbios, con opción de venta.

Fuera de su ombligo y de unos padres desconocidos de quienes no le supieron dar razón en el orfanato, no había algo suyo sepultado en ninguna parte. Decidió enterrar el diente, pero, creyéndolo maíz, se lo tragó una de las cluecas del vecino. Se la compró pretextando una celebración cualquiera. La tomó por el cuello, retorció, tiró, crujió. No moría. Haló de nuevo, retorció, tiró, crujió. La observó patear, los ojos desorbitados de dolor y de miedo. Se dijo que el temor a la muerte era común a todas las criaturas. Acabó por cortarle la cabeza con el machete. La sangre escurrió, roja como cualquiera.

En la panza encontró el diente. Lo enterró en el solar al pie de un árbol. Ya en la mesa, su conciencia le exigió no volver a comer carne de gallina y, con el tiempo, a no comer carne de animal alguno. Pese a los reclamos de su mujer, se hizo vegetariano.

Entregaron el alma juntos no mucho después de que Ricardito ingresara a la universidad. Ramón Caputti, tío del muchacho, se ofreció a administrar el abastecedor a cambio de un salario discreto. El muchacho aceptó. Estableció un sistema de contabilidad seguro y rentó una cabaña en las zonas altas cercanas a la universidad.

* * * *

Ricardo acabó por rendirse al amor guardando solo la previsión de que no lo absorbiera todo. Apartó tiempo para la universidad, en donde ya era asistente, y para redactar su tesis de grado. Dejó en manos de Rosita los asuntos del abastecedor y la pequeña finca. Todos la obedecían sin chistar. Tal vez por sus ojos enormes y rasgados, o por la voz, que a él se le antojaba firme, severa y deliciosa.

Él le ha ido dando forma. A solo mirarla, a solo navegar entre torrentes de miel y de palabras (poemas donde ella es Norte, Vela y Musa). Ya se vislumbra en ella una mujer tremenda, una reciedumbre dulce y tierna. De noche, abrazados en la hamaca, divagan sobre venir juntos desde hace mucho tiempo. Teorías de la reencarnación que les explica mejor lo que sienten. Imaginan la vida como un viaje donde los amantes se encuentran una y otra vez en diferentes cuerpos, hasta que un giro evolutivo los hace pasar a un círculo más amplio, donde miríadas de otros enamorados circulan también amándose, amplía su memoria por la repetición de nacimientos y de muertes, más transparentes quizás, más etéreos, pero siempre uno tras la huella del otro, buscando cada vez el abrazo que recomience el nido. Una pintura de William Bouguereau (*Eros y Psique niños*) que cuelga sobre el respaldar de la cama (un angelillo con alas de palomo besa a una niña con alas de mariposa), les sugiere que los amantes se encuentran en el cielo antes de nacer, y que el de los angelillos representa su primer beso.

* * * *

En una casa modesta, de amplio patio y corredor volado, a 100 metros de una bomba de gasolina, un amanecer lluvioso

nací yo, Ricardo Montalbán, alias David Angeletti. Me persigné, taponé la nariz del alma y salté. Ya sobre los bordes del cuerpo abandoné la memoria y empecé, una vez más, el repetitivo agravio del nacimiento, el crecimiento, la vejez y la muerte. Empezar de nuevo, como si nunca se hubiera vivido. Indefensión del alma sin memoria, que recoge datos sobre lo que puede hacer y lo que no.

“La vida es un valle de lágrimas” escucha el niño decir, y a partir de esa falsedad espantosa se esfuerza en buscar las lágrimas. “Un hombre digno trabaja hasta reventar”, le insisten, y reventará, seguro que reventará cuando crezca, si alguien no desmiente aquella mentira descomunal. “Parecés una puta.” “Sos un imbécil.” “No vas a llegar a viejo.” Le enseñan, lo programan para el porvenir las múltiples voces. Otros, con más suerte, escuchan voces parentales que los invitan a ser bellos, inteligentes, buenos, felices y triunfadores.

Yo no escuché nada, dentro de mí hay un teatro vacío. Mis padres eran casi mudos, nunca logré penetrar su círculo. Ellos se pertenecían, nadie podía competir con su fascinación mutua. Muy pronto alargaron el cordón umbilical hasta donde yo quisiera: la plaza, el cafetal, la tienda.

Vine al mundo cuando aparcaron la Ford definitivamente. Sumaban cientos de viajes por carretera, algunos de caserío a caserío, otros de más amplios territorios, siempre sobre ruedas, nunca por ríos o por mar.

* * * *

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Altamirano.

—Te voy a convertir en personaje. Uno realmente desagradable.

¿Conversaron alguna vez sobre el chivo expiatorio? Un mito con el que Nicanor se identifica. En algún viaje de *monte*

se le ocurrió que sobre él pesan las culpas de la sociedad entera, y que por eso apesta. Ricardo intentará convertir esa idea en literatura. “Todo lo espurio lo representaré en vos”, le dijo, “serás mi Tersites”.

—No sé... me suena un poco *grueso*.

—¿Querés que te lea?

—Ajá.

—Corregí la escena de nuestro primer encuentro. Lo del número dibujado en la puerta, ¿te acordás?

—¿Lo cambiaste? A mí me gustaba.

—Un poquito. Conservé lo del ángel. Te leo. Abro comillas: “Se dejó invadir por la voz de aquel animal barbado, de pelo de pronto largo por la sombra de la lámpara que le quedaba atrás, de rostro tan profundamente conocido, consuelo de todos los consuelos, el Amigo, santo Dios, el Amigo, que le quitaba porque sí la espina, la tortura de las voces interiores, de tanto pecado imaginario o real.

“—¿Te gusta? —preguntó, levantando la vista.

“—Sí, por supuesto. Un poco poético para ser prosa, pero está bien, la intimidad del momento lo permite.

“Fijó la vista. Correspondían el momento y la descripción recién leída. Magia de la literatura, de la palabra que se filtra, que evoca lo que nombra al decir de Heidegger, porque lo que es, lo que se manifiesta, no es otra cosa que materia pensante, logos espermático derramado, al decir de San Juan de la Cruz. Y, en efecto, la literatura los llevaba allí, a seguir hasta donde ellos quisieran, a montarse sobre un torbellino de imágenes o a la súbita execración del punto y aparte.

“Bajó la cabeza. Recordó su fealdad mítica, como de centauro alguna vez pedagogo, formador de hombres, ahora acontecido en un cuerpo maltrecho, roca maleficiada a la vera de algún camino sólo por el placer de vivir la vida terrena. Su cuerpo: piedra a la que se pide la mínima latencia para albergar un alma.

“Recostó su cabeza en la rodilla del ángel. Largos minutos sin nadie decir más, azorados de aquella compañía un poco

más íntima. El ángel no pestañeó, como si suplicara, prédica de la respiración detenida, que no fuera a más, que no cruzara puentes que él no estaba en capacidad de levantar. No cruces, por favor, no cruces, no hace falta. Quedemos donde nada culpa, donde no hay que solicitar permisos para sentirnos bien en nuestra compañía.

“Tiempo detenido otra vez. Pensamientos que nada traen a la barca dislocada de la realidad. No se movió. No pidió más. El ángel posó la mano sobre la cabeza de su amigo y allí la dejó”.

—¿Te gusta? —preguntó Angeletti.

—Sí, por supuesto. Un poco poético para ser prosa, pero está bien, la intimidad del momento lo permite.

Fijó la vista. Correspondían el momento y la descripción recién leída. Magia de la literatura, de la palabra que se filtra, que evoca lo que nombra al decir de Heidegger, porque lo que es, lo que se manifiesta, no es otra cosa que materia pensante, logos espermático derramado, al decir de San Juan de la Cruz. Y, en efecto, la literatura los llevaba allí, a seguir hasta donde ellos quisieran, a montarse sobre un torbellino de imágenes o a la súbita execración del punto y aparte.

* * * *

Entre los recuerdos más queridos figura aquel de mi primera procesión como angelito repartidor de flores, acompañando al Crucificado.

Viernes Santo, tres de la tarde o más. Con las canastillas vacías por el luto, un angelito doliente se bambolea, amarrado y aferrado a las andas. Los cuatro hombres que lo llevan se abren paso entre el incienso y los aglomerados de un todo móvil. Las andas renquean por la pequeña estatura de mi padre, quien entona cánticos tristes, grises me parecían a mí, como de ritos que

se van perdiendo en pos de imágenes más alegres, la del Resucitado tal vez, la del Cristo Rey vestido de blanco, triunfando sobre la muerte.

Abordan la memoria los paisajes y la casa modesta, última en la sucesión de otras casas modestas, en el borde citadino de una última finca. Llegan al alma el pasto, los hirsutos rincones del liquen y la tierra llovida; las tersas curvaturas verdes y tibias: colina, monte, valle, llano; los guayabales, los troncos corajudos, las flores estrelladas, los mangos dulcísimos, los cases ácidos, pero sobre todo los huevecillos plateados de la lluvia arreciando contra los árboles.

Y, en el cabús de los recuerdos, la voz de la maestra leyendo cuentos infantiles, mínima en inflexiones teatrales, mientras las aguas, levantando sus faldas de encaje, rompían piedras de hielo en el cristal resbaloso de los corredores.

Una tarde de invierno murieron los viejos. Fueron dos también para morir, poco después de mi ingreso a la universidad. Se apagaron de pronto y a la vez, impenetrables y ajenos, delimitados por su complicidad y sus mecedoras de mimbre. Un furgón que llevaba combustible para la estación cercana perdió los frenos y se estrelló contra nuestra casa. Los viejos estaban en el corredor. El enorme aparato cayó sobre ellos. Murieron instantáneamente.

Meses después abandoné todo: la tiendita, los dos caballos, los potreros. Compré un viejo *Willys* de posguerra y emigré a la capital. Al partir, rescaté una sensación familiar: la de haber dejado una vida atrás.

* * * *

Rosita pintaba artesanías en madera, verdaderos Gaugains rústicos, primitivos, pero igualmente coloridos. Lindos los plátanos, las cajitas, las tablitas para el pan, que la gente buscaba

para lucir junto a planchas de hierro antiguas, tarros lecheros, hamacas tejidas con hilo blanco, helechos en macramés colgantes, iglesitas de barro, piedras de río, jícaras secas y gigantescas flores de papel maché.

Cuando Ricardo pidió su mano, doña Eugenia lo juzgó demasiado flaco y *hippie*. Pero, aunque no estuvo de acuerdo con la boda, asistió a la ceremonia. Fue un Woodstock en miniatura. La guitarra de Santana en tocacintas y en el atrio los camaradas del partido cantando en vivo el “El Cóndor Pasa”. Un año después, Ricardo jugaba fútbol con los hermanos de Rosita sin problema. Ambos realmente querían la revolución, así que siguieron militando en el Partido. Viajaban kilómetros para explicar a un grupo de obreros los textos de Mao, el Ché, Lenin y Marx.

La guerrilla sandinista solicitaba cada vez con más urgencia dinero, armas, medicinas, pertrechos, sugiriendo que se tomara dinero “prestado” en las sucursales bancarias. Eso los hizo plantearse la necesidad de entrenarse en Cuba. Hicieron la solicitud. Cuba aceptó a seis de los diez seudónimos presentados. Rosita y Ricardo venían en la lista. Se hicieron promesas, mitad de amor, mitad revolucionarias. Viajaron por Chile. Eran los días de Salvador Allende, primer presidente socialista de Chile por elección popular. Se quedaron dos meses allí, aprendiendo guerrilla urbana.

Los opositores de Allende no le permitirían mucho tiempo en el poder. En un supuesto suicidio no muy claro, el presidente pagaría con su vida la audacia de gobernar para el pueblo. Chile perdió de un golpe (militar) la paz, la libertad, la democracia y el socialismo. El general Augusto Pinochet gobernaría largos años utilizando el terror, las desapariciones, la cárcel por motivos ideológicos y el capitalismo férreo y extremo.

En Cuba vivieron en una casa del interior, a pocas horas de La Habana, hasta que se reunieron los seis y los trasladaron al campamento. Luego de un mes de entrenamiento, Rudy se desplomó. Lo fundió la melancolía, el recuerdo de su mujer, y el esfuerzo de estudiar, cosa que no hacía desde niño. Beto, Dulce y Fabián sí dieron la talla. Beto en explosivos. Dulce y Fabián en

guerrilla rural y armas. David (Ricardo) en inteligencia. Marta (Rosita) en guerrilla urbana. En las noches se reunían alrededor de una fogata olorosa a nostalgias inconfesadas, y cantaban, cada uno a su patria, sin decir nada más que la adivinanza natural de los acentos: los cantaditos andinos, el ardor de los caribes, el arrastrar las sílabas de algunos países centroamericanos.

Rosita y Ricardo no podían decir que eran esposos. Por allí empezaron los celos. Porque la Petiza, la Tere y la Vietnamita comentaban la galanura de su marido, sin saber que lo era, y abombaban de suspiros la sábana caliente. Él, con sus actitudes, no ayudaba gran cosa. Sintiendo la hombría con aquel uniforme verde olivo verdadero, respondía que un revolucionario de verdad no andaba por ahí enamorando compañeras.

Y es que de tanto mirar guerrilleros legítimos, él ardía en ideales y en fuego. Muchos estaban allí para recibir tratamiento médico; algunos por ser perseguidos y otros para que tuvieran un respiro. Alberto, por ejemplo, se veía realmente perdido, paseando en camiseta sus cicatrices, mostrando los verdugones del cuerpo y los del alma, y cuya melancolía parecía flotar sobre la tela gastada de su boina heroica y guerrillera. O Manuel, “El Boliviano”, como él mismo se decía, confesando sin tapujos su origen, acaso porque se sentía viejo y ya no pensaba en volver, ni en marcharse de allí. O Pedro, cuyas charlas sobre enfrentamientos armados mantenían a tope las aulas. Y Fabio, el del pie tronchado a machete y la espalda marcada por las torturas. Ricardo pensaba en todos ellos cuando hacía la guardia en el aire fresco de la madrugada.

De nada sirvió que Rosita le contestara que las revolucionarias no sienten celos, pues ella acababa de descubrir que no lo era. Lo descubrió allí, mientras se entrenaba para la revolución armada, fabricando y manipulando armas, aprendiendo a matar a mano limpia y los puntos mortales del cuerpo, estudiando cómo robar un banco, y técnicas de asalto y de sobrevivencia. Su país tampoco necesitaba que ella lo fuera. Allí las cosas se conseguían en las urnas, y las conquistas sociales no eran la excepción.

Fue la primera en abandonar la Isla. Pasó de nuevo por Chile. Se sumó a las cuadrillas de alfabetización de los mineros. Se sentía feliz. Útil. Un día la fueron a buscar de emergencia. Debía irse. Había rumores de golpe contra Allende. Tomó el avión el día anterior al Tancazo.

La muerte de Allende, el fusilamiento de Víctor Jara y de cientos más, la cárcel y las desapariciones forzadas, el éxodo de miles de chilenos, la pérdida de la revolución pacífica y democrática que aquel pueblo culto se había planteado como opción, quedó en su memoria como un enorme dolor. Ricardo y los demás regresaron por México.

Ya en Costa Rica, Rudy disimulaba mal la vergüenza de haberse fundido tan rápido. De noche, zambullido en los senos de su mujer, dejaba ir las lágrimas resguardado por aquellos dos gigantes. Se fue distanciando del Partido hasta que no volvió más.

El grupo de Cuba organizó dos asaltos bancarios exitosos y dos secuestros fallidos, cuyo fracaso se debió probablemente a que los cinco eran tan sentimentales que temían lastimar al sujeto. De los otros operativos mencionados por la prensa no sabían nada.

Conforme la insurrección en Nicaragua se hizo más intensa, la policía costarricense dejó de esforzarse en resolver los asaltos bancarios. El mismo gobierno de Costa Rica era ya un colaborador abierto en el derrocamiento del general Somoza. Cayó Somoza y todo volvió a la normalidad. Para entonces Ricardo y Rosita ya habían escogido el amor y desechado la revolución armada.

Después vino la resaca. Casi todo eran escombros. Carreteras universitarias truncadas y amores desbandados. Solo el fundador del Partido permanecía con su compañera y ellos dos, que se aferraron uno al otro para no perderse.

Hurgó en la memoria. Recordó el choque fugaz en el corredor de la universidad, cuando Ricardo la marcó con su olor a macho virgen. ¿Lo era en realidad? Se dijo que no había otro

lugar donde quisiera estar, ni tareas que quisiera cumplir que las funciones primarias de la vida: el arquetipo Madre, el arquetipo Amante, el arquetipo Compañera.

Y así fue.

* * * *

Le tocó a Ricardo leer el breve discurso de despedida. “Costa Rica no necesita una revolución armada, por eso mi esposa y yo nos estamos saliendo del Partido”. Casi al final dejó el papel a un lado e improvisó una súplica: “Por favor, que no haya resentimientos ni sospechas. Nada se sabrá por nosotros. Seguimos siendo compañeros y esperamos que la mayoría de ustedes sigan siendo nuestros amigos.”

Alguien habló después de la necesidad de liquidarlos. Pero el jefe no dejó dudas: “A los compañeros nadie los toca. Han sido honestos, antes y después fueron honestos”. Y repitió las palabras de Rosita: “Este es un país privilegiado, democrático, sin ejército. No haré nada que arriesgue esas conquistas.” Entre lágrimas y prisas por decir lo que la ahogaba, ella se despidió en el sepelio de sí misma de la revolucionaria que había sido: sentimental y emotiva más que ideóloga o política. Amaba al ser humano sin darse razones filosóficas; afirmaba pelear por pan y educación para todos los niños del mundo, y era cierto. En la casa dijo dos cosas más: “Es una bendición nacer en Costa Rica, y voy a disfrutarla. Tal vez en la próxima nos toca nacer en un país en guerra.”

Poco después, el Partido se deshizo, primero como opción armada, después como opción electoral. Varios ex miembros ingresaron al Partido Comunista; algunos dejaron la política. Otros, como Arturo Rubio Carvaca, hicieron casa aparte.

“Lo demás ha sido toparse en la calle con algún ex compañero y preguntar: “¿Te va bien?” Y él o nosotros responder:

“Sí, por supuesto.” Y jurarlo y afirmarlo con vehemencia para ser creído. Porque, la verdad sea dicha, durante muchos años nos sentimos desenraizados, con la sensación de que el destino nos había dejado atrás. Hasta que las primeras canas nos recordaron que la vida se acaba pronto, y nos obligaron a dejar el lloriqueo y a buscar raigambre.”

* * * *

Le quitó la capota al *jeep* y encendió la radio. Adivinó el placer de la subida, del cielo abierto y del aire haciendo enredos en su pelo. Simón y Garfunkel comenzaron la ceremonia. *Los Sonidos del Silencio*, anunció el *disc jockey*. “Sincronías de la mente colectiva”, se dijo. De camino iban multiplicándose los árboles, los cipreses, los pinos, los eucaliptos y los robles, esos gigantes esporádicos, ensimismados, ausentes. Abajo la ciudad, los techos herrumbrosos, los edificios blancos.

Aparcó a media cumbre. Esperó por el crepúsculo y también por la noche, para llevarse el paisaje completo. Observó. Escribió. Escuchó el *hit parade*, música gringa, mexicana, argentina y de los españoles, canciones de Janis Joplin para estridencia y desgarré de los sentidos, y canciones calmas y protestatarias de Roberto Carlos.

“¿Qué hace un intelectual como vos escuchando esa música?” –lo regaña Rosita, revolucionaria, esposa y amante. Lo pretende clásico, romántico más bien, chopiniano al menos. Y él los ama, por supuesto, a Brahms, a Rachmaninoff, quién no, pero prefiere rasgarse el alma con guitarras eléctricas, ser un *hippie*, un chancretudo, un predicador de amaneceres, un incitador del ciclo nuevo. Huérfanos del Holocausto, del Apocalipsis más extremo, de un desgarré uterino, eso son él y todos los *niños de las flores*. ¡Cómo le gusta ese mote extranjero! Pero, ¿es que hay aún algo extranjero?

No enfrenta a Rosita, para qué. A pesar de sus virtudes, en cuestión de amores la Rosa es egoísta. Lo quiere en exclusiva, impenetrable por amigos y enemigos. *Ricardo Angeletti* mío, le dice cada vez que puede. Y, en efecto, hasta las ideas le resultan sospechosas porque se lo roban. Igual la música gringa. Aprueba las baladas en español porque entiende las letras. La música gringa no, Janis desafortada menos, y el diablo de Jimi Hendrix tampoco. Lennon sí, Morrison también. Tal vez, *San Francisco*.

“Era lo mismo para la mayoría de nosotros. Pocos entendíamos las letras, si acaso los egresados de colegios bilingües. La mayoría nos sumábamos al sentimiento común por los títulos, por las portadas de los discos, y por las melodías afiebradas, por supuesto. Éramos una hermandad global. Nos sentíamos planetarios. Nuestras ideas de Amor y Paz estaban haciendo una revolución más profunda que ninguna otra en la historia.”

Se cerró la chaqueta. Aspiró el olor a noche, a hierbas. Apagó la radio para escuchar los grillos. Estuvo allí cuando exhalaron las *reinas de la noche*. Arriba y abajo luces, tierra y cielo reflejados en una imitación perfecta. Se dejó embriagar. Supuso que en esta y otras colinas había otros como él.

Aquietó el pensamiento. Testigo interior. Al fin. El observador silencioso.

* * * *

JANIS

In memoriam

Valió la pena tu vida a una sola llama
 tu voz, tu flecha desatada,
 tu lámpara en pedazos
 mezclando su lagrimeo

de vidrios en pelea
sobre los agudos del piano.

Cuando llamas: “*baby, baby...*”.
Cuando gritas: “*cry, baby, cry...*”.
Cuando desgarras: “*summer time...*”.

Sensitiva, exorbitada,
tersa en la oración de los reclamos,
bestia lúbrica en monta sobre metales
que braman su acople dialogado.

David Angeletti: *Antología imaginaria*.
Editorial Futuro, Costa Rica.

* * * *

Nuevos ardores revolucionarios ingresaron al país con los extranjeros migrantes, peregrinos a fuerza expulsados de sus países por causas perdidas o ganadas en la gran patria vecindaria. Latinoamérica hervía.

Arturo Rubio Carvaca se dijo que él no permanecería al margen de semejante explosión izquierdista, ni en una isla política que lo avergonzaba por la pasividad de sus hombres, los cuales hablaban en estilo universitario aunque no lo fueran, discutían proyectos legislativos interminablemente, sobrepoblaban las instituciones estatales como empleados públicos, y se sumergían cada cuatro años en pugnas electorales intrascendentes. El Partido Revolucionario resultó demasiado rosa para él, demasiado *light*, incapaz, a su juicio, de procurar un cambio radical y definitivo, como él lo quería. Por eso buscó la clandestinidad y creó su propio grupo de insurgentes.

Cambio de qué y para qué, le había preguntado el Héroe en el vestíbulo del Teatro Nacional. *Cambio de estructuras*, respondió él, incómodo por no encontrar una frase menos trillada. *Solo la verdad tiene fuerza*, respondió el Héroe con aires de Moisés que accediera a mostrarle las Tablas de la Ley que encontró echando tiros en la montaña. Y continuó: *La bandera que levantes debe expresar alguna verdad, solo así arrastrará la conciencia de las gentes*. Después llegaron los curiosos y ya no fue posible conversar con aquel espejo irascible que lo rechazó desde el principio. Se rascó el cuello. Una mosca voló desde su nuca a su cabeza grasienta.

Las ideas no necesitan de sangre para pesar, dijo el Héroe en la conferencia. Pero Rubio Carvaca se había hecho hombre en un poblado fronterizo que servía de bodega, fundo de retaguardia, hospital y sala de prensa a los guerrilleros sandinistas. Sus héroes y los temas adolescentes de su conversación siempre tuvieron que ver con un pueblo en armas. Por eso, la pacifista afirmación del Héroe no traspasó la puerta de sus oídos.

Cuando los sandinistas triunfaron en Nicaragua, Rubio viajó a Managua a festejar con ellos. Entre banderas rojinegras y altavoces enronquecidos que gritaban asperezas, se juró que haría la revolución en Costa Rica. No desde las montañas sino en la capital, y disfrazado de electricista, profesión tranquila y discreta que, suerte de revolucionario, conocía bien.

* * * *

“Los vegetarianos nos alimentamos de postres”, se dice Ricardo mientras prepara el desayuno. Queso de cabra, granola, pan negro, mantequilla de maní, miel de abejas, mermeladas, todo ello se dejaba en un centro de mesa giratorio junto a las oscuras salsas de soya. Rosita lo abrazó por detrás. Ricardo haló

una silla y sentó a su mujer en los regazos. Ella dormitó unos segundos en su hombro.

—¿A qué hora vuelve? —preguntó consentida.

—No sé. Permitieron a la prensa una entrevista con Rubio Carvaca. El fotógrafo de *La República* me va a pasar.

—Tenga cuidado. Lo pueden implicar a usted también.

—No creo. La cacería ya pasó. Rubio tiene que hablar, la gente está furiosa.

—¿Y si voy a San José y lo espero por ahí?

—No —la besó en los ojos—, hoy vienen a recoger las cabras y alguien tiene que atenderlos... Nada va a pasar, de veras.

Buscó algo para retenerlo, pero nada parecía tan importante como para que su marido prefiriera quedarse allí.

* * * *

Nos llevaron a una “sala de prensa” improvisada para la ocasión dentro del área de máxima seguridad. Esperamos una hora allí, aparte de la hora y media que ya habíamos esperado en el vestíbulo. Alguien dijo que las autoridades discutían aún la conveniencia o no de permitir declaraciones al grupo terrorista. “Una vergüenza nacional”, decía el enojo público. Porque no había terrorismo en Costa Rica. *No podía haberlo*. Había ladrones, estafadores, vende patrias, narcotraficantes, pedófilos, violadores, prostitución infantil y de todas las gamas. Pero terrorismo no. Menos por parte de personas que en algún momento propusieron reivindicaciones sociales para todos.

...Aparecieron por fin. Esposados, demacrados, con cara de no entender. La realidad les había volado las máscaras. Ya no había condescendencias y aplausos mutuos, ni las megalomanías irascibles en donde el derecho a matar era la soberbia suprema. Arturo Rubio Carvaca entró de último. Durante la rueda de prensa dijeron lo mínimo. Algunos intentaron disculparse. Querían

tomar por asalto un lugar en la historia, pero no así, no con aquellos pecados insólitos, como las vidas que Cecilia se permitió tomar en una lujuria de sangre injustificable.

Periodista A: ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué ordenó esas muertes?

Rubio Carvaca: Yo no las ordené. Ellos se atravesaron.

Periodista A: Eran guardias civiles. *Civiles*, ¿entiende usted lo que eso significa?

Rubio Carvaca: Lo entiendo. Pero no se comportaron civilmente, portaban armas, dispararon. Mis hombres tenían que protegerse.

Periodista B: Y ellos también, señor Carvaca.

Periodista C: ¿No le parece que utiliza lenguaje militar?

Rubio Carvaca: Somos militares. No somos delincuentes, eso es bueno que se aclare. Somos revolucionarios.

Periodista B: ¿A quién busca redimir, Rubio?

Rubio Carvaca: ¿Qué?

Periodista B: ¿A quién quiere salvar con su revolución?

Rubio Carvaca: A las clases populares, por supuesto.

Periodista A: ¿Y no eran pueblo los policías masacrados?

Rubio Carvaca: Pues sí... Pero son riesgos del trabajo.

Periodista C: ¿Entonces no le mortifica, no se arrepiente?

Rubio Carvaca: ¿Vos te arrepentís, Franklin? ¿Y vos, Gómez? Yo no me arrepiento de nada, y supongo que la compañera Cecilia tampoco se arrepintió de nada. Arrepentirse de qué. La guerra es un asunto de matar o morir, no es para otra cosa. Si a uno no le gusta, entonces que negocie. Pero nosotros no vamos a negociar, me entiende, aquí nadie se va a vender. El enemigo se elimina, no se tranza con él...

Rubio habló (Gustavo intervino dos veces, Gómez estuvo con la cabeza baja todo el tiempo, los otros no hablaron del todo) de lucha de clases y de condiciones objetivas, de compromisos adquiridos con la conciencia, de liderazgos que él decidió asumir. Ideas que empezaban a verse fuera de foco, como mal digeridas por la historia.

Entonces recordé Nicaragua. Y me dolió que hubiera perdido su oportunidad. No el pueblo, sino sus Héroes, los comandantes, sobrevivientes de grandes sacrificios. Me dolió que no hubieran inventado una revolución nueva, futurista, una síntesis novedosa, construida sobre el sentimiento común de la patria recuperada. ¡Qué hermosos fueron todos ellos cuando la lejanía de la meta aún los hacía humildes, cuando la marea del poder aún no los había alcanzado!

* * * *

Cuando Ricardo le presentó a sus amigos, Altamirano se comportó bien, aunque después de algunos encuentros confesó que prefería las reuniones de a dos. Aprovechaban mejor el tiempo -dijo-, compartían sus trabajos y hasta reían con sus chistes metafísicos. Acordaron una reunión semanal en el departamento de Altamirano. Si este había fumado, y eso era siempre, abría la puerta apurado por la necesidad de compartir el giro literario encontrado en la madrugada, después de horas de vigilia, a caza, decía él, de algún sobrante angélico.

A veces, la reunión se limitaba a calmar sus terrores pánicos, miedos totales en los que el Universo se confabulaba contra él, cobrando con leyes sádicas ineludibles alguna profanación arcaica. Su apostasía, su pecado, su desvergüenza, era haber nacido. Hijo de madre soltera, salvado del aborto por un abuelo que murió demasiado pronto, él, abejón sensitivo, feo de nacimiento, fue mal visto, mal dicho y mal criado por una doble maternidad maléfica. Sobre este tema escribió varias páginas. Veamos algunas frases suyas al respecto:

Madre, palabra doblemente envenenada.

Me decías cosas horribles porque era feo. Aunque creo que me hice feo porque me decías cosas horribles.

Hijo de mi padre, nada que valiera la pena el esfuerzo de mantenerme con vida.

Me disminuías con solo llamarme: Nicano-or, Nicano-or.

Me casé para escapar de vos, aunque dijiste que era una estupidez reproducir mostritos.

Para Marielos, hija de una putica, yo era mejor que muchos.

Ganaste, mamá. Ganaron tus mal-diceres, tus mal-dicciones. No estoy con mis hijos. No pude ser supermán ni batman.

Madre. Poner punto. Controlar el temblor que me producen sus acusaciones. Poner coma. Sus recriminaciones. Su imagen en mi memoria.

No nos engañemos. La madre puede ser una fuerza oscura que conduce a la locura y al fracaso. También la esposa. Pobres los condenados a repetir las figuras hostiles de la infancia.

* * * *

Rosita afirmaba conocer el día y la hora de cada concepción. El sexo, decía, había sido distinto. Escuchándola admirado, Ricardo intentaba descifrar el momento en que sus hijos iniciaron el infinitesimal viaje de la vida; si la cabalgata fue distinta, si tuvo un sueño significativo, algo como traerse de algún lugar alguna cosa, si sintió fragancias especiales en el cuarto. Pero nunca distinguió un encuentro sexual común del precipitarse sutil y misterioso de un hijo. Eso sí, cuando nació la niña colocó un rótulo en la sala: “En esta casa amamos y honramos a la mujer, escogida por el Altísimo para prolongar y salvaguardar la Vida”.

Rosita es el nido. Ella lo hace familia, grupo, engranaje, sistema. A su lado las cosas adquieren un sentido práctico. La verdad pequeña, para aplicarla a la verdad grande. En las noches, echando empujoncitos hacia atrás, ella se pega a su cuerpo hasta formar dos semicírculos engarzados uno en el otro. Él la abraza y se abandona sin miedo. Años atrás se sentía amenazado

por el más allá de la frontera del sueño. Ahora, se abandona lentamente a él, acunado por una especie de calorcillo sonriente.

* * * *

“No tenías que hacerlo” -dijo Ricardo-, “yo quería” -respondió Altamirano, y se le entintaron las mejillas por el sonrojo. Angeletti guardó el regalo de cumpleaños de Altamirano, le dio las gracias, y le pasó la mano sobre el hombro hasta llegar al parqueo. Hablaba de Macbeth y sus brujas oraculares, mientras Altamirano, tímido, se asombraba de la proximidad física de su amigo y de su propia audacia.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—A la cabaña. A que le pierdas el miedo a Rosita.

—¡Wao!

La carretera huele a verde, a pino, a ciprés, a zacate calingüero, a esperma vegetal, a líquenes que arrojan sus vellos púberes en un llamar esperanzado pero a ciegas. Pusieron las narices en puntillas para atrapar aquel desfile de perfumes en el aire.

Señaló los remaches metálicos sobre el portón de madera y los frutales de la entrada. Los eucaliptos y los cipreses sembrados cerca de la casa, del lado donde pega el viento. “Tienen un aroma riquísimo —dijo, tapan el viento y de paso te perfuman la casa”.

—Esos son olmos rojos, ya eran grandes cuando compré la finca. Son una belleza, ¿no crees? Es olmo americano, del norte de México, son de zona templada.

—Sí... son lindos.

—Aquel bosque lo sembré yo.

—Te gusta, ¿no? Toda esta nota de la naturaleza, del campo, de los árboles...

—Los árboles son criaturas extraordinarias. Tienen una simbiosis total con el ser humano. Ellos exhalan oxígeno, que

es nuestro alimento, y nosotros exhalamos anhídrido carbónico, que es el alimento de ellos. ¿No te parece genial? Por eso llené la finca de árboles.

—Completamente de acuerdo.

En el jardín delantero Altamirano se desembarazó de una rosa demasiado atrevida. Angeletti sonrió. A él siempre le hacía lo mismo. Lo hizo pasar. Olía a madera de pino.

—Muy bonito, Richard, muy bonito....

—Voy por Rosita, ya vengo.

Controló la súbita sensación de desamparo, de estorbar, de arrastrar un aura oscura que lo ensuciaba todo. No se atrevió a tocar. Ni a sentarse. Angeletti debería encender una vela mientras él esté allí..., quemar las larvas astrales que andan con él, la legión de pésames profundos, su aura cuarteada de hendijas por donde sólo la sombra se atreve a entrar. Oró en voz baja: “Por favor, por favor, que no se altere nada por haber venido, que no pase nada”. Y luego escuchó una voz muy parecida a la de su abuela: “Rata de alcantarilla, nada te va a quitar el olor a porqueriza y a miseria”.

—¿Qué pasó? —dijo Ricardo ingresando.

—¿Ah? ¿Qué? No, nada, nada, ¿por qué?

—Tenías una cara...

—Estaba pensando.

—¡Uf! ¡Qué pensamientos serían! ¡Casi huelen!

¡Lo sabía! No debió venir. No debe sentarse.

—Ya viene Rosita. ¿Quieres comer algo?

—¡No! Digo, no. No tengo hambre.

—Mermelada de fresas, queso de cabra, un tecito caliente.

Se nos resiente la Rosita.

—Está bien.

—¿Qué pasa? Tranquilo. Rosita es pura vida.

No verla, no mirarle la cara, o mirarla desenfocando los ojos para ver lo menos posible. Un lunar dice tanto. Un gesto. Los ojos, demasiado tirantes a veces, como si el alma empujara desde adentro. Las manos, cómo dicen las manos. Y las arrugas,

las manchitas cronológicas, recordatorio de que somos criaturas con plazo...

—¿Otra vez?

—¿Qué?

—Pensando.

—Diay, sí, qué voy a hacer. Pero tranquilo, no hay problema, ves.

—Te va a gustar.

—¿Qué?

—Rosita.

—Sí, me imagino. ¿Hace mucho te casaste?

—Once años.

—No parece.

—¿Qué?

—Que fueras casado. ¿La querés mucho?

—Hasta el cielo —se rieron. Es muy buena. Muy buena.

—*Vos* sos muy bueno. Por eso todos te quieren. Te lo ganas, te lo merecés.

Ricardo lo observó pestañear. Adivinó lo que era.

—Vos también sos muy bueno, Nikita, todos tus amigos te queremos mucho, en serio, mucho.

—Contados con una mano sobran cuatro dedos.

—No exagerés.

—Sobran cuatro —se los mostró. Ricardo le agarró la mano y lo miró de cerca.

—Un día los contarás hasta con los pies, ya verás.

Rosita le pareció dulce y buena, como embarazada de veelas interiores.

—Se está bien aquí —dijo cuando aceptó sentarse.

—Estás en tu casa —contestó ella sonriendo. Y le habló de cabras, libros y revoluciones, mitad como ritual de bienvenida, mitad para tranquilizarlo.

Nikita no pudo esquivar los niños. Perdió 10 veces contra el mayor en el Atari, y aceptó, agradecido, el libro de cuentos que le obsequió Adriancito, pintado con lápices de colores. Sintió el

perfumillo ácido de Margarita cuando, entre gestos y trotes de bebé, le pidió subir a sus regazos.

-Te voy a enseñar algo —dijo Ricardo ya sobre el crepúsculo, y lo llevó arriba. José, Adrián y Margarita se quedaron abajo con mamá, tomándose la sopa. Angeletti buscó la llavecita encima del armario y lo abrió. Los largos espejos de las puertas giraron tomando fotografías del cuarto. Nikita se estremeció, como siempre que veía un espejo. Se volvió para esquivar su imagen. Ricardo sacó algo del ropero.

Le mostró las alas color té. Altamirano se preguntó si debía comentar algo. Prefirió callar. “¡Las alas de los ángeles son de papel!”, oyó a su propia credibilidad sorprenderse. Alzó los ojos. ¿Con qué cara lo estaría viendo Ricardo?

—¿Te gustan?

—Sí, claro.

—Las podés tocar.

No pensó que ensuciaría nada y menos aún alas de papel, que también se ensucian, todo lo blanco se ensucia. Las tocó. Eran fuertes, demasiado pesadas para ser alas de un angelito en una procesión de Semana Santa. Eran alas para un hombre adulto.

—¿Quién te las hizo?

—Yo. No llevan alambres metálicos. Plástico sí, ni modo.

—Están muy lindas, en serio, muy lindas.

—¿Querés que me las ponga?

—Sí, claro.

Y se las puso. A pesar del frío y sin camisa se las puso. Y le mostró, semidesnudo de cuerpo y alma, su fantasía infantil de ser un héroe de caricatura, un ángel. Altamirano admiró las cintas de cuero -el detalle supremo- cruzadas en el pecho y rodeando con firmeza la cintura. Y cedió la tirantez. Y se permitieron la confianza cómplice de los amigos que comparten aún sus chucherías, esas cosillas intrascendentes que dan calor al alma: abejones secos, conchas de mar, balas sin disparar doradas por el *polish*, bolas de vidrio, postales de fútbol y de monstruos prehistóricos.

* * * *

—¿Aló? ¿Nikita?

—Sí. ¿Qué pasó?

—Conseguí una editorial mexicana para tu novela.

— . . .

—¿Me oíste?

—Sí.

—¿Y no decís nada?

—Sí, que Casandra venció la maldición y será de nuevo escuchada.

—¡Aleluya, hermano!

—¡Aleluya!

—Otra cosa.

—¿Qué?

—Voy a salir del país.

—¿Cuándo?

—La otra semana.

—¿Va Rosita?

—No. Te la encargo.

—¿A dónde vas?

—Al sur.

—¿Al sur a dónde?

—Al sur.

—No jodás. Portate serio. ¿A qué vas?

—A un congreso latinoamericano de prensa.

—Buena nota.

—A ver si me les das vueltitas. Llamar por teléfono, ver que no les falte nada, todo eso. Aquí queda Eulogio, de guarda, y mi suegra, pero siempre me preocupa.

—Sí, por supuesto, tranquilo. Pero, nos vemos antes, ¿no?

—Creo que sí. Yo paso por allá.

—Ok. Nos vemos. ¡Hey!

—¿Sí?

—¿Lo de la editorial es en serio?

—Como que soy un ángel.

—Gracias, mae.

—Ok.

Parte tres

EL AIRE MENSAJERO

Este no era un Héroe del fuego, del arrebato, del motín,
era más bien de señales, de hablar a la par, silla con silla,
casi hasta mezclar los alientos como almas.

David Angeletti

Treinta y seis años sin que se lo lleve la muerte. Un logro excepcional para quien se juega la vida desde hace años tratando de botar a un dictador y de ayudar a parir una revolución socialista. Habla con premura de no volverse a ver, de que se den prisa las palabras y de que se las recoja al caer de sus largos monólogos de perseguido.

— Aquí todos se creen guerrilleros... — murmuró, impertinente, una voz.

El comandante. El santo. El guerrillero. El Héroe. Les parece increíble que esté allí, en el Café del Teatro Nacional, tan cerca, tan a la mano, tan como respuesta que diera a aquel desvinciarse del alma que los agobia, a aquella noche oscura del desencanto que no acaba de clarear. Las sillas del café multiplicadas, el público apretado, nadie se atreve a cruzar la línea imaginaria que lo aísla, entre admiración y respeto. Él amarra el hilo de lo que dice con prudencia para no decir rojo a quien debe decir blanco, y viceversa.

El comandante anunció esta tarde su retiro definitivo de las armas. Grueso, encanecido en las sienas, despojado de su traje verde oliva, proclamó “el naufragio radical de su fe en las armas”.

— Decime vos: ¿cómo te imaginás ser guerrillero? — lanzó la pregunta el Héroe, descolorido por la leyenda el tapiz de su patria verdadera.

— Un ideal que te toma la vida de una vez — respondió Alfonso.

— Un juego para grandes... — se tocó la ceja el Héroe.

— ¿Qué guerra no lo es? — terció Sergio.

El Comandante expuso, con ese fuego medurado a que ya nos acostumbra, su nueva doctrina pacifista, hippiesca como mayor mérito.

—Pero arriesgar la vida por un Ideal es un juego más alto —continuó el Héroe.

—Tal vez —objetó Cerdas. Pero todo juego obliga a escoger, y el que combate por ideas no se libra de esa maldición, de tener que sentenciar quién o qué será el sobreviviente.

Era como apurarlo, como decirle cuánta urgencia había y cuán necesitados estaban de sus palabras.

—Entonces busquemos un nivel todavía más alto —los refrenó el Héroe. ¿Qué te parece convertirnos en pacifistas?

La palabra “pacifista” en boca de alguien a quien se ha ido a buscar por guerra, esparció un “qué dijo”, “qué dijo” en el ambiente.

Duele que el Comandante tire por la borda su prestigio internacional en aras de un pacifismo tardío, cuando tantos esperábamos ver bajo su liderazgo la nueva revolución latinoamericana. Aunque su retiro pasara desapercibido, y sus explicaciones fueran aceptadas por la opinión pública, su negativa a continuar la lucha sólo traerá más polarización al conflicto.

—Para construir otra vez la pirámide: unos arriba y otros abajo— apuntó alguien que sí había oído.

—Pero en la cúspide no estarían los más fuertes, sino los más sabios —aclaró, sonriendo, el Héroe.

—¿Vos sos sabio y bueno? —se atrevió Gerardo.

—Y vos también.

Miró en derredor. Rostros que no conocía. Algunos sí., porque eran rostros viejos de andar tanteando una guerrilla, una insurgencia, un congreso internacional.

A la rueda de prensa la precedió “una última conversación amistosa con la gente”, según él mismo la calificó. El público pujó por obtener respuestas, como si aquel hombre las poseyera todas. La charla nos pareció una cesión de mando donde el comandante daba las últimas instrucciones. Pero fue una tarde de duelo.

—¿Sos internacionalista? —una voz de mujer. Los que sabían más de él desaprobaron la pregunta.

—Cualquier idea que se sostenga fuertemente en uno se la pretende universalmente, al menos por algún tiempo, mientras se materializa o se descubre otra posibilidad mejor y probablemente más universal que la primera.

Miró a los otros y continuó:

—El problema no está en quererla para todos, sino en el derecho que creés tener de imponerla a otros. Si observás bien —de nuevo a la mujer— la guerra siempre fue una lucha de “verdades”. En nombre de Dios y de la Verdad se han cometido los peores crímenes. ¡Ojo con eso! —movió el índice el Héroe.

—¿Por qué te arriesgaste a venir? —otro del público.

—¿Por qué? ¿Es que alguien aquí quiere el papel de Judas? —bromeó. Las risas disiparon la pregunta.

—Pero, ¿te sentís bien con nosotros? —una voz femenina, casi infantil, admirada, sofocada.

—Sí, por supuesto —gentil, caballero.

—¡Déjenlo hablar! ¡Es que todos interrumpen! —la voz impaciente, la que mide los tiempos y sabe que los paréntesis se cierran, que las páginas destinadas a cubrir una historia se acaban.

—¡Déjenlo hablar! —insistió.

En tono grave, este niño mimado de la prensa mundial desmintió que estuviera haciendo el juego a la oposición y señaló que su Causa “se reúne con la causa de todos”. Ante la arremetida de algunos enfatizó: “Tantos años de lucha deberían ser suficientes para fundamentar la verdad que ahora estoy defendiendo. No soy un loco, ni un traidor, ni un iluso, ni un tonto”.

—¡Necesitamos armas! —gritó alguien. Aplauso leve y gritos.

Ojos que buscan la aprobación del Héroe. Él, ida y vuelta del sueño. ¿Qué dice mi yo transpolarizado, qué dice? ¡Habla, apresúrate! ¿No ves que nos llaman?

—¿Por qué? —se volvió serio, ronca la voz.

—Bueno... Es la onda, ¿no? —buscó la risa cómplice de los demás, casi pálido, casi rojo, pero nadie se movió.

—¡Las cosas piden rifle! —gritó otro entusiasta- ¡América está reventando por otras partes!

Dejó correr el murmullo, las voces. Están a punto de vuelo y él lo sabe. Abultó el ceño, la voz, el porte. Lo golpeó la luz del crepúsculo y del cielo le vino rodando la palabra.

—América *siempre* ha estado reventando por todas partes —respondió duro, seco, frío, hueco— y sin embargo la revolución americana no acaba.

El aire se detuvo, casi aprobatorio. La piedra llega a la cima e inicia su descenso.

—¿Y este país? —agregó el Héroe con la voz casi rencorosa.

—Aquí la cosa ya pasó —dijo alguien. “Ya pasó... ya pasó... ya pasó...” rebotó el eco en las paredes.

—La guerra civil de 1948 probó que la sangre no nos gusta —dijo Ricardo Montalbán, alias David Angeletti.

—¿Y entonces? —levantó las manos, como un predicador, el Héroe.

—No entiendo —susurró un muchacho.

—¿Qué revolución es esta que me están proponiendo? ¿Para qué? ¿Para quién? ¿Qué es eso tan feo que hay que tirar? ¿Qué tan malo que amerite la muerte de muchos para lograrlo?

Silencio. Se sintieron observados.

—Si me quedo mirando sobre sus cabezas, ¿qué veo? Cabelleras al viento. No hay boina o casco que las cubra. No hay banderín, ni pañuelo... Sí, queridos *ticos*, la patria en paz es como una buena mujer, ¿no es cierto?

(¿Entendí correctamente? ¿Te hiciste eco de esa prédica ya cansina sobre nuestro país y su fortuna mítica, la paz visceral nacida de la geografía misma, pues los habitantes originarios mostraban también un desenvolverse pacífico? ¿Esta tierra gentil, que ignora aunque predica su secreto, te dio a beber su agua pacifista y ya ni tu revolución la juzgas en ella necesaria?)

El aire acomodó sus esferas. La luz flotó de la ventana al espejo.

—Cuando vine al mundo me apartaron mi rifle y me lo dieron antes de los diez —se desanudó una corbata imaginaria el Héroe, en un uniforme de gala de sobreviviente. Decime vos: esa barba que llevás, ¿a qué revolución pertenece? ¿Sos un Jesús, un hippie, un beatle o un poeta?

Se rieron para sacudir la apretazón de las palabras demasiado serias. Este no era un Héroe del fuego, del arrebato, del motín, era más bien de señales, de hablar a la par, silla con silla, casi hasta mezclar los alientos como almas. No solo dijo “vayamos por aquí”, sino también “corramos el domo del cielo para que todos puedan ver la pacificación de las constelaciones”.

—En todo caso —agregó el Héroe—, quiero hacer un voto por el tiempo angélico en que estamos viviendo, en donde el Gran Ideal, el que los reúne todos, podrá al fin cumplirse.

Aplauso general y pullas. En el espejo volvió a rebotar la tarde.

—¿Han notado que siempre se habla en plural de los soldados? Se los uniforma, se los numera, se los llama por nombres colectivos y abstractos. Batallones, escuadras, comandos, la vanguardia, la trinchera, el frente. Cuando ponemos nombre a una vaca, a una cabra o a una gallina, comemos su carne con remordimiento. Así que tendríamos que bautizarlo todo, ¿no creen?

Pareció divagar, alocar, el Héroe. Quisieron golpearlo. Si una cabeza cede su lugar de cabeza, siempre habrá alguien que quiera cortarla, pisotearla, aplastarla. Levantó los ojos. Estaban encendidos. Rabioso nadie quiso matarlo, ni cortar su cabeza, ni rasgar el velo que tejía.

—En realidad, son pocos los lugares en donde una revolución sangrienta es necesaria.

Murmullos. Herejía. *El comandante despertó la indignación de todos.*

—¡Pero todavía se lucha! Dirán algunos. ¡Y con sangre!, agregarán otros. ¡Por supuesto! Pero también hay pueblos que durante siglos han hecho la guerra porque no saben hacer otra cosa, ¡y se aburren!

(El colmo. El irrespeto. La patria usurpada, los desaparecidos, la sangre de los mártires, el tirano clonado, repetido, el exilio, la humillación, las infinitas muertes, la tortura, lo imperdonable, santo Dios, ¡lo imperdonable!).

¿Pretenderá el Comandante que los pueblos acepten resignados su propia degradación o su exterminio?

Se detuvo frente a Rubio Carvaca. Metralla las palabras.

—Podrías quemarte a fuego lento, jurando que conocés perfectamente a los “aniquilables” y no te creería. Porque el problema está en vos, no en los demás. Si no fuera la revolución sería la droga, o cualquier otra cosa que te hiciera distinto y eje de conflicto. Tu revolución no me interesa, hermano, porque igual pretenderías ser un santo si no fuera un estereotipo pasado de moda.

Un moscardón voló de la nuca de Rubio a la ventana. No se movió. Se le cuajaron los ojos de lágrimas. Ira, dolor y vergüenza de ser amonestado en público, fustigado por el Héroe con aquella insolencia atrevida. Pero, ¿en qué defraudaba él a este hombre admirado de quien se imagina ser una copia fiel en proceso, y con quien inició una conversación en el vestíbulo antes de que llegaran los curiosos y la volvieran imposible? Tendrá que seguir su cacería de *tips* en otro momento, si es que llega a producirse.

—Uno no puede escudarse en la revolución, ni aferrarse a ella como si se tratara de un opio nuevo. Marx escribió para desmitificar, no para fundar el dogma histórico. A él le ofendían las verdades absolutas.

La tarde paso de rojo a lila sobre el mostrador de mármol del Teatro.

—Solo una cosa más: la justicia social ya está en la mente de todos. No hace falta instaurar con sangre una idea en la que todos piensan.

Se calló. Nada más por decir.

El Comandante no se sumará a ningún frente político. “Estoy cansado —dijo, son demasiados años de presión, de odio, de miedo”. Con una confianza que nos pareció excesiva

(al presentarse sin protección alguna, por ejemplo), explicó lo que hará a partir de esta fecha: “Viviré con mi compañera en una finquita que nos facilitó su padre, nada extraordinario, pero sí muy tranquilo. Estamos esperando un hijo”.

El Héroe posó la vista sobre Mercedes, su mujer, un espejismo grácil en la puerta. Oscuro el cabello, blanco el vestido, de colores el cintillo anudado en la garganta. Pulseras de bronce y cobre, al tobillo un cascabel apenas ruidoso. Al asomarse el Héroe le sonrió. Ella era la respetuosa, la sensual, la seductora, la vestida de igual, la fiel, la seguidora, la primera discípula, la que lo sabe todo y por eso ni apresura ni tarda, puntual como un Maestro, de puntillas, ligera.

Ante la pregunta de una colega salvadoreña sobre posibles presiones gravitando sobre su decisión, el Comandante respondió: “diez años de lucha me dan el derecho a que se crea en la sinceridad de mis razones”. “¿Pero ha habido presiones?” —insistimos. “Las de cualquier hombre a quien el trabajo que ha venido haciendo le hastía” —manifestó.

* * * *

Los ha sostenido lejos, a pura fuerza mental, a pura tensión del alma, como un círculo de protección que segrega su vigilia. Los ha estado esperando. No puede dormir. No cuando Mercedes duerme. Ella es el ojo a su espalda. Si ella vela, él a veces duerme.

Pero el círculo se achica. Se rasgó ayer el telón del aire. Se alborotó el pleito de perros a distancia, el diálogo emocional entre él y sus enemigos. Hasta ayer lograba aún suspender la sutil navaja de los pensamientos para que no cortara su poder de convencimiento. Su instinto de centinela le indicó el momento en que se rompió el cerco de ondas transeúntes. De su habitación a la hacienda, de esta al campo abierto, del campo al pueblecillo

cercano, y de allí a la capital y a las fronteras. Desde que hizo pública su renuncia a las armas su vigilia no alcanza a cubrir todos los frentes, ni los murmullos de extrema izquierda y de extrema derecha que ahora coinciden contra él, exacerbados por su incómodo exilio dentro del mismo país. La verdad es que se durmió por cansancio, por el mismo esfuerzo con que los mantiene alejados.

Calculó tres días para que llegaran por él. Podría huir, escapar entre saltos de suerte y astucia, pero prefiere quedarse, permanecer hasta el final como un hombre digno. Que lo sepan sus hombres. Que nunca fue un traidor ni un cobarde, que nunca abandonó la causa. Que la desbastó, la sublimó, la purificó, la vaporizó, libó su licor, su verdad inmensamente sabia. ¡La causa! De pronto entiende su mayúscula. *Que no sea el hombre un lobo para el hombre*. Es tan breve y tan amplia. Tan simple y tan compleja. Ahora, toda revolución que exija la muerte de una brizna de hierba le parece culpable. Ahora, prefiere morir que matar. Así están las cosas.

¿Sobrepasó los límites renunciando a las armas? Para los propios es un traidor, un pendejo. Para los enemigos su retiro solo significa un cambio de bando, acostumbrados como están a dividir el mundo en dos. Pero, él jamás se sentará en su mesa, ni permitirá que lo confundan con uno de ellos.

“Renuncié, ¡eso es todo!”, dice a Mercedes en monólogos interminables. “No quiero ser parte del emporio comercial de las armas. Renuncio al lucrativo negocio de la guerra. Una guerrita por aquí, una revolución por allá, un pleito de fronteras, un conflicto étnico inacabable. La mercadotecnia completa. Los ingenios ponen los muertos. “Siempre que un convenio de paz estuvo a punto de firmarse —dice, levantando ligeramente la cortina para no hacer sombra— alguien asesinó a un personaje notorio cuyo crimen hizo clamar venganza al más pacifista, o puso una bomba de similares efectos que alteró la susceptible desconfianza de los bandos, y la guerra sigue, justificada e interminable.

La guerra dejó de ser honesta, si es que alguna vez lo fue.

* * * *

Hace tres meses que tomó la decisión de quedarse en el país y que del todo no duerme. Velatorio total hoy, la noche oscura en que lo llamarán para el ofertorio, a la colecta de las víctimas. Vendrán. A la hora temida y deseada, por la que trabajó tantos años para que fuera gloriosa. Partirá de blanco y sin armas, con sandalias, como un pastor manso. Detrás, asombrados, llorarán impotentes los puros, los que se angustian por el planeta prostituido y pretencioso.

Comprimido por el miedo, su pensamiento no llega hoy más allá de la barda que rodea la casa y del sauce llorón que hace guardia en la puerta. Vela sudoroso, agarrado a la cortina de gaza, con las luces de la ciudad filtrando a veces sorpresivas claridades. Se preparó para esta noche desde toda la vida en el juego de quitarla a otros, aunque nunca se sintió bien en su papel de justiciero, de instrumento de la rabia colectiva, porque siempre fueron hombres, criaturas inteligentes y emotivas, las que murieron.

Respira su horror personal, su instantánea y abrupta nostalgia por lo que dejará. Se burla de la satisfacción heroica descrita en los manuales de guerra, del final glorioso que busca en la memoria de los otros un recuerdo eminente.

* * * *

Vio rodar el automóvil, los faros y el motor apagados, apenas perceptible su sombra sobre la cerca. Los perros ladraron una vez, dos, tres. Después se silenciaron, ávidos de comida o de hembra. Quizá los degollaron. Tres hombres. Dos más a pie, fuera del carro.

Salió por la puerta de enfrente. Oyó a Mercedes gritar mientras bajaba a saltos la escalera. Lo mataron. Primero con un golpe en la cabeza. Mejor. Después con un tajo largo en el vientre. Lo mataron muchas veces. Golpearon a Mercedes. No hubo tiempo para el ultraje. La dejaron. Lo descuartizaron con saña. En bolsas de basura se llevaron los miembros. Dejaron un pozo de sangre a la entrada y el entintado de un rótulo “JUDAS”, escrito con el muñón de la mano que arrojaron detrás de un árbol. La encontró el perro que dormía dentro de la casa y que no dejó de ladrar y de correr, hasta el alba, de los arbustos a la casa, de Mercedes al pozo de sangre, mientras dejaba pocitos de orín horrorizados.

Con los días, desperdigado en amplios zigzags, fue apareciendo el cuerpo. Mercedes lo recogía rodeada de parientes, policías y amigos, muda, a veces sin lágrimas. El pie izquierdo, sin dedos, apareció en el portón. La cabeza, mirando el amanecer con los ojos cerrados, fue encontrada en una pica, encima del rótulo que decía EL RETIRO. Dos policías especiales custodiaban a la viuda en su batida macabra, atentos a cualquier respiro en los breñales o en el viento. Fueron con ella a los potreros huraños de púas, y mientras caminó paralela a las cercas. Buscó en los patios de todas las casas de todos los alrededores, por sí lo hubiesen tirado y rebotado. Hurgó debajo de las piedras y en los tramos agrestes, como Isis, enloquecida de dolor y muda. Su comprensión repentina de la maldad la urgía a buscar en los sitios menos evidentes.

Parte a parte aparecieron los brazos, el tórax, las piernas. Solo faltaba el pene iracundo, listo para sembrar alguna utopía futura. Faltaba su *dorje*, su cetro, la señal de su mando. “Tal vez quieren exhibir su hermosura perfecta” –se decía, delirante, Mercedes. Pero de inmediato corregía: “O gestionar su última humillación, degradarlo en el nudo de su hombría”. Apareció sobre el altar, dentro del copón del vino, en la ermita de madera enmohecida y musgosa.

Sobre hielo, en la morgue, Mercedes y los forenses reconstruyeron el cadáver. Como última pieza de aquel *puzzle* mortuario, ella finalizó la escultura con el sexo. Después lloró sobre el Héroe ligado con gazas blancas como una momia burlesca. Los forenses la apartaron del muerto. Lo vistió con su último uniforme: camisa y pantalón de manta blanca, puños bordados con hilos de colores, sandalias y, sobre el pecho, un bolso de cuero con un libro.

Los ritos para limpiar la ermita profanada no fueron suficientes. Dieciséis días después de la vejación la tormenta precipitó un árbol sobre el templo. El viento, cual gigante desgrefado, azotó durante tres horas la iglesita amarillo musgo, reventando la campana a golpes como si tocara a rebato. El árbol se desplomó a las seis de la tarde. Una rama partió en dos el altar y el ara. La lluvia invadió el templo. Sucia escurrió el agua, revuelta con el polvo y las cenizas volcánicas del techo.

Parte cuatro

LAS PSÍQUICAS, REFLEJANTES AGUAS

La palabra es poder y es misterio. Hay que decir, por ejemplo, que fue inexcusable en Rómulo Gallegos describir aquel asunto del caballo enterrado vivo. Por cerca de medio siglo ese fantasma creado literariamente ha cabalgado por páginas y llanos de América. Hay que decirlo para liberarlo.

David Angeletti

La invitación a Caracas era por tres días: un congreso latinoamericano de prensa cuyo tema, *Colaboradores de la Paz*, justificaba la deferencia hecha al presidente de Costa Rica, Rodrigo Carazo Odio, de pronunciar el discurso de cierre del congreso. El presidente portaba en su lista de méritos conseguir, el 5 de diciembre de 1980, que la XXXV Asamblea General de las Naciones Unidas aprobara la carta constitutiva y el acuerdo internacional para el establecimiento de la Universidad para la Paz, y era el impulsor principal de su creación. El acuerdo entró en vigencia el 7 de abril de 1981.

El congreso -una iniciativa de la Universidad de los Andes (Mérida, Venezuela)- contaba con el copatrocinio de varias asociaciones de periodistas, sociedades y agencias internacionales de prensa, y con un respaldo especial de la Federación Internacional de Editores de Diarios (FEIJ), de Noruega.

Los ministerios y las entidades autónomas debían ofrecer el nombre y las calidades de los periodistas a cargo de sus oficinas de prensa que estuviesen en disponibilidad de asistir al congreso. Tal era mi puesto en el Ministerio de Cultura. Ello me permitía solicitar que se tomara en cuenta mi nombre. Corrí a enviar mis datos.

¡Visitar la tierra del Viejo! ¡Conocerlo personalmente! ¡El Viejo...! Su obra me había proporcionado arrebatos intelectuales indecibles. La crítica siempre explicó su relativa dificultad de lectura como un subproducto de la trasposición de planos que lograba, nunca como una complicación formal artificiosa, recurso que en su caso hubiese parecido vulgar. Lo suyo, señalaba Piero

Antonelli, era “barroquismo contextual”, hendiduras psicológicas por las que desbordaba, compleja y simple a la vez, la realidad.

Le escribí, tembloroso y audaz, apenas confirmaba la designación. Le pedía una entrevista. En mi contra estaban su edad y su fama. A favor, lo humilde de la solicitud. La pulcra respuesta no se hizo esperar. Firmaba su secretaria, Lucía M... El Viejo accedía a recibirme y me indicaba dos posibles fechas y horas. Adjuntaba un número telefónico al que debía llamar apenas llegado. Escribí de nuevo señalando la conveniencia de escoger miércoles y no sábado para la entrevista. Agradecí la gentileza.

* * * *

Registrado en el hotel llamé por teléfono. Respondió la grabación de una voz femenina, que solicitaba nombre y número telefónico para atender posteriormente la llamada. Me identifiqué, di nombre del hotel y número de habitación. Me permití una frase emocionada agradeciendo la gentileza del Viejo en recibirme. Saqué algunas cosas del maletín de mano, peine, cepillo de dientes, ropa interior, dos camisetas, sandalias de cuero.

Sonó el teléfono. Hablaban de la oficialía del congreso. Citaban en la sala de conferencias del hotel a las ocho, después de la cena. La reunión se hacía para informar sobre el plan de trabajo de los días siguientes.

Vagabundé un rato en las proximidades del hotel. A mi izquierda el Monte Ávila, en la misma posición que nuestro Volcán Irazú, como un gemelo más voluminoso o más cercano, bordeado en rosa por el crepúsculo, frente a la ciudad naranja en los cristales de los edificios. Casi sentí el fluido mineral, pujante y magnético, circulando bajo la superficie ocre y fría. A la derecha las dos torres, símbolos de la ciudad, como las dos columnas de la Qabbalah (el rigor y la clemencia, macho y hembra, lo activo y

lo pasivo, lo solar y lo lunar) y de los templos masónicos. Apresé el olor ácido del aire.

* * * *

A las ocho bajé al vestíbulo. Cuatro muchachas intentaban llevar a los congresistas al salón, y tres jóvenes, formales como cadetes, repartían en el interior la agenda del congreso. La leí. También la del presidente Carazo, destacada en un aparte. Llegada: viernes a las nueve de la mañana. Recibimiento protocolar. Conferencia de prensa en el aeropuerto. Colocación de ofrendas. Visita a la casa de gobierno. Reunión privada con el primer mandatario venezolano. Almuerzo con el gabinete y firma de convenios. En la noche: clausura del congreso en el Teatro Teresa Carreño. Acto seguido, función de gala, Compañía Nacional de Danza Moderna. Sábado a las once de la mañana: despedida oficial en el aeropuerto. Comparé las agendas. Las actividades se recargaban jueves y viernes.

* * * *

Pregunté si existía la posibilidad de conseguir un camarógrafo. Me gustaría filmar por mi cuenta algunas cosas, dije. “Hablaemos después” —respondió la oficial de prensa—, “creo que puedo conseguirlo”. Lo negocié para el día siguiente, a cambio de obsequiarle una copia de la entrevista con el Viejo, si este lo permitía. Pero Lucía M... únicamente le permitió una grabadora de sonido.

Abundaban las preguntas de doble propósito. Que si la intervención del gobierno Carazo en la caída del dictador

nicaragüense Anastasio Somoza había sido tan abierta y tan pública como se decía; que si Costa Rica había servido de puente para el abasto militar de la guerrilla; que sí él era comunista. El jefe de prensa de la delegación costarricense repitió una y otra vez que el presidente hablaría no más al llegar, en el aeropuerto. Preguntaron sobre su agenda. Se repartió a quienes no la tenían. La oficial pidió comprensión a fin de poderse reunir con los delegados. La reunión terminó a las diez. En el *lobby* vi un anuncio sobre cantores de samba argentinos. La función empezaba a las once. Caminé hacia allá.

Me senté en un rincón. El bar engalanaba la pátina de sus maderas con el brillo de algún barniz marinero. Siempre me gustaron los *pubs*. Imaginé Inglaterra. La neblina, como alientos confusos, precediendo a los parroquianos al abrirse la puerta, y los pies de los transeúntes pasando detrás de la ventana, justo en el límite de la acera. Pero aquello no era Inglaterra. Estaba allí para escuchar música regional argentina.

No sabía que mi primer contacto con el Sur me marcaría para toda la vida. La trova culta; la poesía del gaucho, inteligente, humana y sorpresiva; la sencillez detrás de aquella prestancia de los ponchos rojo vino bordeados en negro; los sentimientos viriles y delicados; el cantor que filosofa y ve su destino retratado en el chivo, poeta de la montaña. Lo femenino descrito de una manera distinta; la hembra, celosa pero niña (la “china” resentida) y sobre todo el paisaje, la complicidad de sus vastas soledades pobladas de criaturas invisibles. El río. La pampa. Las altas cumbres. La montaña.

* * * *

Llamó a Rosita. Le habló de los periodistas que acababa de conocer en el vestíbulo; de la cita para mañana con el Viejo; de los cantores argentinos. Alta poesía, sí, de primera. De si te

vas a acostar ya, de si me querés todavía, de cómo están los güilas, de que te quiero, por supuesto, cada día más y de que sí, me voy a portar bien...

(Ardo en celos, Ricardo Angeletti mío. Necesito que estés aquí porque todo me duele: la excesiva luna en la ventana que no he querido cerrar como si buscara una crucifixión de mosquitos; el silencio respetuoso de los grillos que hoy, sintiéndome la ira o el llanto, no han querido cantar, amenazados por mí si se atrevían a celebrar la noche, antes de tu vuelta. Ardo en amor, amor, en dolor por este abandono que no me interesa explicar porque nada te excusa ante mí de estar lejos).

* * * *

La criada lo hizo pasar al estudio. El Viejo apareció, veinte minutos después, en una silla de ruedas. Detrás de él, empujándola, venía Lucía M..., de unos 25 años, pelo lacio, rubio, recogido con una prensa. Ricardo la miró entre disparos de alarma. Con asombro descubrió que se parecían. Idénticos los anteojitos redondos y dorados, a lo John Lennon, y hasta el dienteillo derecho que levantaba la falda cortísima del labio. Se miraron de reojo y de frente. Incluso llegaron a rozarse al pasar por la puerta. Hasta en la turbación estúpida, temor a los encuentros, se parecían. Como mirar a un espejo.

* * * *

De entre los escritores extranjeros, yo amaba especialmente al Viejo. Casi ciego, lo imaginaba pura conciencia ya, vigilia total sobre la muerte inevitable de hombres y de cosas. El era otra razón para aspirar a envejecer: conocer el horror de

la última espera, día tras largo día y noche, medir fuerzas con el tiempo y sostenerse, vigía en el faro, símbolo insolente de lo humano, representante y delegado de todo cuanto vive, pura voluntad que piensa.

—Tienen miedo de destacar demasiado —recordé la entrevista con el Viejo—, por eso hacen literatura *para ellos*, deporte *para ellos*, teatro, danza y música *para ellos*. No pretenden realmente sobresalir. O tal vez tiene usted razón, señor Angeletti, y es el medio el que no los deja. En todo caso es parte de la misma psicología. No es solo prejuicio, ¿ve usted? Es algo peor, menos evidente. Buscan una fugaz gloria en el periódico, en el café de moda de los artistas, la aprobación fácil, el brazo sobre el hombro. Pero la otra, la fama grande, les asusta, puede romper la complicidad del igual, la cómoda apatía de lo que no exige esfuerzo. A la hora de pensar en grande todos tiemblan. No se atreven a cruzar la línea que los separa de sus iguales.

Sorbió té.

—Hacia abajo de la línea sí, ¿ve usted? Caerse está bien. Obtienen lástima, simpatía, compasión. Hacia abajo muchos se atreven: alcohólicos, drogadictos, potenciales triunfadores que no se atrevieron a trabajar por más. Es una forma de suicidio. Suicidio social, que es el más terrible... ¿Conoce usted mis libros? —sin transición, como si quisiera terminar con un tema que se sentía obligado a abordar. Moví afirmativamente la cabeza.

—Porque estoy viejo. A estas alturas sería vergonzoso no conocerme —se rió mostrando sus dientes salivosos y amarillos.

Negué con la cabeza. Exageraba. El Viejo era una gloria mundial. Se disminuía para dar fuerza a sus argumentos. Recordé que no me veía. Dejé de mover la cabeza. Permanecí callado. El Viejo no parecía buscar un halago.

—Cualquier viejo ha sido insistente en algún camino. El que sea. Hay huella, quiérase o no.

Hizo una pausa. Casi lo oí pensar.

—Puedo garantizarle que muchos de ellos hacen filigranas con su arte. Pero tienen miedo al gran vuelo, al salto angelical que significaría a la postre la desconfianza de todos.

Tanteó su taza e hizo un gesto de querer más. No parecía estar ciego, solo tener la torpeza de los ancianos. Me apuré a servirle.

—Latinoamérica se comporta como un pueblo chiquito. Gracias. Eso dejó la conquista, la masacre. Temor a la belleza excesiva. A ser apetecibles. Observe a nuestros aborígenes. Hilan ropajes bellísimos, arte puro, polícromo, pero los llevan sucios, terrosos, ocultados bajo una aparente insignificancia.

El pensamiento no siempre cuaja en palabras, a veces se desgrana en imágenes. Así me parecía escuchar al Viejo.

—“Alguien vendrá” -lo dicen sin palabras, con un pensar mudo- “y nos libertará de esta gran ignorancia, de este ser ignorados. Alguien cantará recio y bello la voz nuestra.” Eso piensan, eso sienten. Por eso aman a sus poetas. Neruda. Asturias. Alegría. Carpentier. Borges.

Se puso húmedo, triste.

—La gente reza para que se haga la voluntad de Dios y no la voluntad de su deseo. ¿Es increíble, no? Tal vez temen que la voluntad propia pueda dañar, o equivocarse. No lo sé.

Se comió las galletas. Sorbió té. Las migas resbalaron por su piel finísima.

—Pero he percibido cambios. Dios, por ejemplo. Ya no está lejos sino cerca. Los milagros, esas ayudas enigmáticas, están a la disposición de todos. Dios está encarnado. Eso es un cambio. De la realidad, o de la conciencia que la percibe, no lo sé, pero la sola posibilidad de plantear la disyuntiva es ya un cambio, ¿no cree usted?

Afirmé en voz alta. Él continuó:

—La pregunta sería: ¿estuvo Dios siempre entre nosotros y era nuestra conciencia la que lo percibía como lejano, o el buen Dios —Dios persona— efectivamente estuvo lejos y ahora está abiertamente cerca de nosotros? Supongo que la respuesta es que conciencia humana y conciencia divina son correlativas y que, por la razón que sea, se acortaron las distancias. En todo caso, es obvio que Dios se apropió y ha sido apropiado por el hombre.

Me callé ante el Viejo. En realidad, tenía una hora de estar callado, pero con él no se hablaba; por el contrario, urgía hacerlo

hablar antes que diera su último gran salto imaginario. Cambié la cinta aprovechando la pausa.

—A veces se calla por escepticismo, porque se duda de la importancia que tienen nuestras palabras. Y es cierto. Frente a la vida, o mejor aún, frente a la muerte, cualquier discurso resulta intrascendente. Lo mejor sería callar. Pero hablamos porque es un consuelo, una entretención, un entre tanto, una forma de descubrimiento. Tal vez porque para el hombre no hay poción más sabrosa —tocó, acarició su taza de té— que la que se bebe entre dos que se entregan porque sí, porque son hombres, al placer de las conversaciones. Uno espera, al conversar o al leer, vislumbrar al menos una pequeña certeza.

Se calló. Estaba agotado. Bostezaba. La mano temblorosa me extendió la taza vacía. Me pregunté si querría más. Adivinando mi pregunta hizo un gesto de “así está bien”. Bostezó de nuevo y se acomodó en la silla de ruedas. Haló la cobija azul. Me apuré a ayudarlo.

—Será mejor que me vaya, es muy tarde, usted está cansado... En todo caso le agradezco su gentileza... Que me permitiera grabarle, en fin...

Seguí hilvanando frases de disculpa y agradecimiento. El Viejo se había acurrucado en la silla, hasta quedar dormido. Lo abrigué. Casi le di un beso en la frente. Irresistible atractivo el de este hombre, pese a su avanzada edad.

Reuní sobre la alfombra los cables, el cuaderno, el micrófono, la grabadora. De puntillas caminé hacia la puerta. Susurré a Lucía “gracias por todo”. Ella había estado atenta a la reunión, saliendo y entrando discretamente. Antes de salir le expresé que *necesitaba* ver otra vez al Viejo.

* * * *

Se atrevió a retener un poco a Lucía M... al despedirse, y a plantearle la necesidad de entrevistarse de nuevo con el Viejo. Él prolongaría su estancia en el país si fuera necesario. Consideraba importante ampliar la grabación que acababa de hacer y elaborar un reportaje televisivo. Dijo que para él tenía una carga emotiva personal. “Me plegaré a lo que usted me indique, comprendo lo delicado del asunto, el pudor por su salud, pero podría interesarle, digo yo, tal vez quiera concedérmelo, inténtelo usted por favor. Sé que me permitió grabar su voz y lo agradezco, pero en televisión sería distinto, el valor inestimable de la imagen, una especie de ofrenda última para quienes lo amamos.”

Le gustó que dijera “amamos”.

-Lo intentaré -respondió Lucía M...-, yo también estoy interesada y tal vez es mejor que el reportaje lo haga un extranjero. Lo llamaré mañana.

Le gustaron las inflexiones de su voz, la extraña pronunciación de las erres, su barba evidentemente recién rasurada, su olor a ropa limpia, su cabello sobre los hombros, su elegancia descuidada, su excesiva consideración y, sobre todo, la atención que le prestó al Viejo, mitad pregunta, mitad largos silencios de escuchador experimentado. Ella amaba los análisis eruditos de aquella voz inevitablemente pedagógica, que intentaba, ella lo sabía, robarle tiempo a la prisa y recoger, hasta en el umbral de la muerte, sus *hallazgos de imaginación concreta*, como calificó un crítico la culta imagería del Viejo.

Estuvo a punto de decirle “vuelva mañana”, pero dijo “te llamaré mañana”, sellando con el tuteo la seguridad de su simpatía.

* * * *

Lucía M... es amable con el Viejo. Soporta sus estridencias, sus malos humores seniles, los mismos de que hace gala el protagonista de su única obra de teatro. Un bodrio. El teatro nunca se le dio bien. Nunca supo plantear las cosas desde fuera, desde los hechos. Nunca le sugirió nada lo que sucede, solo sus golpes interiores. Se autodefine como una criatura íntima. Entiende que su poder, el cetro con el que comanda la palabra, le viene de un ojo que husmea dentro. *El alma, el agua y los espejos*, sus imágenes más comunes, son precisamente eso, lugares para apresar las cosas intangibles. El teatro, por el contrario, requiere otras habilidades: el arte de manipular acontecimientos y de decir con ellos.

“Siempre fui un testigo interior”, se dice, me digo, “un vórtice fijo para quien tiempo y espacio, en literatura, fueron simples pretextos, inútiles una vez enunciados”.

“Hay otras cosas por adivinar”, me digo, se dice, “tan importantes como las que revelan los hechos. ¡Ah, quién pudiera percibir ambos! El adentro y el afuera. Engarzar sus coincidencias”.

* * * *

Para el Viejo la realidad tiene hendidias. Para Angeletti también. El Viejo lo supo desde que el muchacho enunció su primera pregunta. Por eso, le pidió a Lucía que lo invitara de nuevo. El muchacho se esforzó en escoger las preguntas como si calculara números de suerte. Tendrá que acertar con él, coincidir en el hilo de la reciprocidad. Necesita dos reuniones más. Quiere abordar otros temas. No dice cuáles. En realidad, es poco lo que quiere agregar, pero siente necesidad de espaciarlo, de tardar en decirlo. Además se cansa.

Ricardo se acomodó a la sorpresa de gustarle al Viejo. Este le ofreció de inmediato una síntesis. Así era él. Una persona de resúmenes. Tenía prisa.

“Discípulo”, una palabra a la que rehusó, por más de medio siglo, todo significado. Hasta después, cuando observó el caudal de sus descubrimientos y sintió miedo de que, una vez muerto, aquella hendidura inaugurada por él con años de vigilia sobre su mesa de trabajo se cerrara de nuevo.

Aferrado al extranjero, impidiéndole con triquiñuelas que se marchara demasiado pronto, se sintió regresar al linaje de los hombres, titanes enanos pujando esfuerzos generacionales por liberarse del destino de caducidad que pesa sobre todas las cosas.

* * * *

Volvió al hotel. Hoy no asistió a las conferencias ni a las sesiones de trabajo. Contuvo la sensación de culpa.

No entendía por qué el Viejo, una celebridad huraña, auto-suficiente e inaccesible, había manifestado interés en él. Por qué aquella condescendencia.

Se bañó a toda prisa. Pidió un taxi y se dirigió a la Universidad. Cinastera, el ecuatoriano, explicaba su ponencia.

Tocó el turno a un exiliado nicaragüense que trabajaba para la televisión venezolana. La voz le sonó escasa, como de haberla forzado mucho. “La Prensa, el periódico mártir de las sucesivas tiranías de Nicaragua, será libre cuando Nicaragua lo sea”, dijo.

Saludó con la mano a Téllez. Se volvió también González, sentado a la par. En primera fila descubrió a la directora de la Oficina de Prensa de Casa Presidencial. La vio levantarse y dejar en el asiento los papeles que sostenía en la mano. Regresó diez minutos antes de terminar la sesión. El Presidente llegaba

mañana. Pensó en el Viejo. Sonrió. Tomó el folleto de las ponencias y leyó al azar.

“Hay que crear una psicosis de paz. Hay que crear la obsesión pacifista, y esto solo pueden lograrlo los medios de comunicación masiva”.

* * * *

La segunda tarde que lo visité, el Viejo me obsequió las cartas de Rilke a Rodin. El poeta revela allí la clave que le entregó el viejo maestro: **el trabajo**.

“El trabajo es misterioso. Se entrega a los pacientes y a los simples, y se niega a los apresurados y a los vanidosos. Se entrega al *aprendiz* y se niega al *alumno*. Y, un día, la maravilla nace de las manos del humilde trabajador.”

(RODIN).

“Y cuando en la conversación él, con indulgencia y con una sonrisa irónica, desdeña la hipótesis de la inspiración, respondiendo que no hay, que en absoluto no existe la inspiración, pronto comprendemos que para este hombre la inspiración se ha tornado permanente, que ya no la siente llegar porque en él nunca está ausente. Entonces se alcanza a comprender la causa de su fecundidad ininterrumpida”. (RILKE).

El Viejo, por supuesto, amplió el tema. Habló de sentarse a trabajar todos los días, de la perseverancia, de la persistencia. En las entrevistas posteriores tocó verdades muy simples, pero que yo no había visto. Lo que hablamos en nuestras seis entrevistas se puede sintetizar así:

Refrenar la prisa: un libro debe madurar, el escritor también.

No se puede escribir sobre lo que no se conoce. Las etapas previas a la redacción deben ser prácticas, investigativas, científicas, documentales. Me contó que para un relato cuyo

escenario era el río Orinoco viajó hasta allá a conocerlo. “Lo objetivo debe preceder a lo subjetivo. Lo sutil debe afianzarse en lo concreto. Una vez que estás informado das paso a la imaginación y al arte, sobrevienen las actividades propias del espíritu. Aparecen, por ejemplo, la simultaneidad y la atemporalidad, pues las limitaciones de espacio y tiempo no son connaturales al espíritu. El artesano se sumerge en forma consciente en el océano de la intuición.

Habló de la credibilidad, del prestigio, del respeto, del honor; que ellos permiten que la palabra propia sea atendida por los demás. “Imagina por un momento que a nadie le interesa lo que escribes, que nadie te cree, que nadie confía en lo que dices”.

Mencionó la cultura japonesa: el honor mancillado posee y obliga a un remedio definitivo: la muerte ritual. “Observa cuán importante es el honor, el buen nombre, que los lleva al suicidio como única forma de recuperarlo”.

Destacó el tema de los contactos como asunto de especial importancia. “El poder no es una abstracción. El poder descansa en personas. Por ello es conveniente cultivar la amistad, la cortesía, la amabilidad, las buenas maneras, tener amigos, y ojalá amigos eminentes”.

Habló de la excelencia. De la cumbre de las cosas. De su expresión más alta. Hizo metafísica. Veía una razón superior en la fascinación del hombre por ambas. “Lo divino se expresa en lo mejor y en lo más alto, es bueno tenerlo en cuenta a la hora de hacer y a la hora de escoger”.

Fustigó la vanidad, el orgullo, la *hybris*. “La soberbia, en el teatro clásico, siempre desencadena la tragedia. Esa es la gran lección moral griega”.

Resumió la originalidad en una frase: ser sencillamente uno mismo. “Hay que abandonar las copias, la idea de querer parecerse a un modelo, estimular la vocación de sí mismo y de futuro”.

Sin embargo, apoyó la vieja posición aristotélica, fundamento de toda humildad: quien dice algo por lo general no dice nada nuevo. Lo único nuevo, a lo sumo, es la forma de decirlo.

Concluyó con lo inesperado: el Arte debe asumirse como un sacerdocio.

* * * *

Cuando lo visité por última vez, el Viejo traía el brazo derecho envuelto en una manta. Estaba triste. No me atreví a preguntar qué le sucedía.

Dentro de aquella última conversación, le conté que escribía un libro. Le consulté mis dudas: no me atrevía a matar a un personaje al que llamaba el Héroe. Tenía miedo de que ocurriera algo malo. Meses atrás, al intentar ese capítulo, la seguridad de la casa se alteró. Empezaron a ocurrir accidentes. Incluso uno de los perros murió. No era yo, por supuesto, el único en conocer ese tipo de manejos metafísicos de la palabra, por el contrario. Cité a propósito un librito de Óscar Álvarez, escritor costarricense, recopilación de algunas de esas coincidencias. Le hablé de Wilde, lógicamente y de Goethe. Los sucesos ocurren primero en las obras de arte y después en la realidad, reza la teoría. El suicidio de Werther, personaje de Goethe, desencadenó numerosos suicidios entre los jóvenes de su tiempo. Vale decir, que la naturaleza imita al arte o que la realidad imita a la imaginación.

Esta vez el Viejo me escuchó sin interrumpir. Acomodó el envoltorio de su brazo y suspiró como si lo obligara a abandonar alguna pensativa tristeza. Después me contó sobre un prestigioso escritor francés y de cómo lo encontró un día un amigo con el brazo derecho envuelto en una manta, apesadumbrado por la muerte de uno de sus personajes.

Seis meses después, al terminar el capítulo donde narraba la muerte del Viejo, la noticia del deceso de Jorge Luis Borges apareció en la prensa. Su muerte, por supuesto, no fue mérito mío ni producto magistral de mi palabra, pues Borges estaba ya muy deteriorado. Sin embargo, la coincidencia no dejó

de inquietarme. Mi personaje tenía parecidos evidentes y hasta premeditados con Borges, quien constituía para mí el arquetipo del Vigía Ciego, una figura asignada tradicionalmente a Homero. Homero reencarnado, como él mismo lo vislumbró, utilicé sus características comunes más evidentes (la vejez, la lucidez, su erudición, la ceguera) para elaborar un símbolo del hombre al final de la vida, pura conciencia ya, intentando encontrar el sentido de la existencia.

El Viejo, en mi libro, representa el darse cuenta. Borges, viejo y ciego, encarnó en la vida real ese símbolo. No solo porque sus condiciones físicas lo obligaron a refugiarse en la cultura y la conciencia, sino porque desde joven fue eso: un testigo de hombres y de cosas.

El personaje de Lucía, por su parte, surgió espontáneamente, como si el personaje del Viejo lo pidiera. Como una nueva coincidencia, en la vida real existió María Kodama, la joven compañera de Borges. Por último, maté yo al Viejo y murió Borges. Después de leer la noticia en la prensa, agregué al final del capítulo un texto suyo tomado de Las Ruinas Circulares:

“No ser un hombre, ser la proyección del sueño de otro hombre, ¡qué humillación incomparable, qué vértigo!”

* * * *

Serían las ocho de la noche cuando Lucía entró a despedirse. Le indicó al Viejo que el artículo para *El Excelsior* quedaba sobre el escritorio para que Aldo lo llevara al correo. “¿Te pareció bien así? -le preguntó el Viejo- ¿No crees que le falta alguna cosa? ¿Segura?”

Le pareció una complicidad de muchos años, aunque no podían ser tantos, a lo sumo tres, a lo sumo seis, en el supuesto de que Lucía estuviera con el Viejo desde los veinte. Lo confirmó

una hora después, cuando Lucía lo llevó al Hotel y aceptó compartir en la cafetería un chocolate caliente.

—Estudiaba en la Universidad cuando me contrató.

—Perdón, ¿qué estudiaste?

—Literatura, con especialidad en literaturas germánicas.

—¿Hablás alemán?

—Ajá, mi padre es alemán.

—Ah, que bien...

—Papá fue su amigo por muchos años, lo conozco prácticamente desde niña. Me regalaba cuentos y ediciones exóticas para mis cumpleaños. Las conversaciones entre ellos eran tan apasionadas que casi se lanzaban uno sobre el otro cuando se veían, como si compartieran un vicio secreto.

—Perdón otra vez, ¿cuántos años tenés?

—Treinta.

—¿Y cuántos hace que lo conocés?

—Treinta.

—Parecés menor.

—Eso me han dicho... Supongo que alguna vez papá le contó que yo no daba muestras de mucha orientación vocacional, y hasta debe haberle pedido que me hablara, porque una tarde me envió a su departamento a devolverle un libro que supuestamente le urgía, él me convidó a una taza de té que estaban a punto de servirle, pidió otra taza y golosinas y me dedicó una hora completa. De esa conversación salí decidida a estudiar literatura. Dos o tres años después, un diciembre, me propusieron —él y mi padre— ayudarlo como asistente y secretaria particular. Ribeiro, su secretario desde hacía diez años, había muerto. Asumí el puesto con mucho entusiasmo. Y mucho temor, claro.

¿Necesita hablar? ¿Angeletti le inspira confianza, o ella recurre a la confidencia como una forma de mantener la distancia? Mira la taza, la gira, consulta el reloj que acaba de marcar las once...

Desde el sótano llega la candencia argentina de *Los Salteños*. En el vestíbulo irrumpe el bullicio de un grupo de turistas que vienen llegando del aeropuerto. Ellos conversan en la

cafetería. Los rincones permiten abordar los asuntos en tonos bajos.

—¿Hace mucho que no sale?

—Bastante. La ceguera progresiva lo fue limitando, y de un tiempo a esta parte no se ha sentido bien. Prácticamente no recibe a nadie. Excepción hecha de los miembros del Instituto que fundó y que atiende personalmente desde hace veinte años.

—¿A los sesenta?

—Ajá. Lo visitan cada quince días, le traen informes sobre el Complejo.

—¿Qué Complejo?

—¿No conoces nada del Instituto?

—Pues la verdad, la verdad, solo lo conozco como escritor.

—¡Pero si tiene varias fundaciones! Incluso es cofundador de una universidad a distancia cuyo objetivo no es obtener un título sino simplemente aprender.

—¿Y qué enseñan en esa utopía?

—De todo.

—¿Y funciona?

—Por supuesto, hace cinco años.

—A los setenta y...

—A los setenta y...

—Increíble... ¿Y el Complejo?

—Son varios edificios, a tres horas de aquí, en una finca de siete hectáreas dedicada a la investigación científica. El país le debe al Instituto varias campañas, especialmente en el campo de la salud. La más reciente, sobre la protección ambiental, llevó a una euforia de reforestación en todo el Estado Aragua. Se reforestó con las variedades propias de cada zona. El estudio lo realizó el Instituto.

—¿Y el dinero?

—No, no lo aporta él. Digamos que él aporta el prestigio, sus contactos y sus propias investigaciones. Hay una monografía suya sobre la diabetes que recoge su experiencia sobre la enfermedad y los efectos de una alimentación controlada.

—No conocía ese aspecto suyo... Entonces no está tan solo como parece.

—No, en absoluto. Tiene... tenía muchas actividades. Bueno, la mayoría en su departamento, por supuesto, pero...

—Ni su mundo es únicamente la literatura.

—Es un hombre de intereses muy variados.

—No he debido molestarlo tan...

—Él está feliz, le has hecho bien. Eres una especie de discípulo tardío. El último probablemente.

—Siempre entendí que odiaba esa palabra.

—Cierto. Pero en la práctica los ha tenido. Por centenares.

—¿Hace mucho trabajás para él?

—Ocho años.

—¿Está enfermo?

—Mjú.

—¿Y él lo sabe?

—Por supuesto.

—Como un gigante en vigilia.

—¿Perdón?

—Como un gigante en vigilia. Espera la muerte. Es lo que intuí en sus conversaciones. Y que tiene prisa.

—Así es.

—¡Si supieras cómo me afecta todo lo que se refiere a él! Quisiera tener la erudición extraordinaria que él posee. Solo para entenderlo. A veces parece tan ensimismado, como si desde su ceguera contemplara misterios que no puede o no debe revelar...

Guardaron silencio. Acaso es esa la magia de los cafés: espacios donde dos o más comparten la proximidad, donde es difícil mentir, donde todo obliga al bienestar natural de la confianza que sólo el temor a la deslealtad vuelve cautela.

Lucía levantó su última barrera. El Viejo acertó con Angeletti. Tal vez deben investigar juntos. Lo que puedan. El Viejo dejó en sus libros el itinerario de sus descubrimientos, y ellos o cualquiera —ley del relevo— pueden tomar aquel precipitado de

saberes y beberlo, mezclarlo con otros y partir de allí hacia sus propios ascensos.

—Te enviaré unos textos sobre la muerte que está escribiendo.

—Ok. Me encantaría. Gracias.

La lucidez del Viejo debe ser terrible, no solo por la inactividad que lo obliga al ensimismamiento, sino porque es un pensador febril y terco. Sócrates se inmovilizaba hasta encontrar la respuesta que andaba buscando.

—Lo querés mucho, ¿no?

—Ajá. Hay personas que asumen parentescos espirituales. En esos planos él es mi padre. Me inspira una devoción tanto o más profunda que la que me inspiraba papá.

—Entiendo... ¿Aceptarías un hermano?

Lo dijo como una broma, pero temió haber sonado cursi. Lucía lo miró. El Viejo los cubría como una sombra blanca.

—Por supuesto. Ya lo había pensado —sonrió, fue amable.

Los Salteños rasgaron una samba. Era una samba ausente, samba de nostalgias, de adioses, de soledades. Hondos silencios. Aplausos entusiastas, intempestivos.

—¿Tienes computadora? —preguntó Lucía después de los aplausos.

—¿Por qué? ¿Es importante?

—Pues... sí. Es como tener una secretaria a la mano todo el tiempo.

Le pareció anudada en la garganta. La tomó de la mano. Esperó un rato.

—Morirá algún día. Todos lo hacemos, Lucía.

—Lo sé.

—¿Querés explicarme lo de la computadora?



Observó la ventana en su memoria, más que con sus ojos prácticamente nulos. Impuso su recuerdo sobre la imagen borrosa que veía y vio (imaginó, recordó) los hilos dorados de las avenidas, el reflejo de los faroles en las calles húmedas, la algarabía de los paseos juveniles y el primer beso apoyado contra el incómodo cañón del poste.

Está prácticamente ciego. Sobre todo de cerca. De lejos las cosas a veces borronean contornos. De cerca padece el castigo de no leer a solas, de tener que compartir el deleite onanista de los libros, de tener que silenciar la excesiva emoción que le provoca una conjugación audaz o una frase afortunada capaz de sostener, como pieza de un *puzzle* cosmológico, el engranaje analógico del mundo. No son malos humores de viejo, son gozos que deben alimentarse a solas, pues los espíritus caminan sobre la punta de sus alas y el rostro de lo íntimo es celoso como una flama, huidizo como presa de caza, inasible como todo lo incorpóreo.

Le empieza a doler la espalda. Debió aceptar la sugerencia de Lucía de acostarse temprano. Los almohadones de pluma de ganso no evitan el resentimiento de los glúteos ni el resorteo de tuerca vieja de su columna. Escuchó el saludo de Aldo. Se relajó. Rodó la silla hasta la cama. El chofer entró con un libro en la mano, una edición de lujo preparada por la oficina turística, con información geográfica e histórica sobre Costa Rica.

—Se lo envía el joven Angeletti. Tuve que esperar a que subiera a su cuarto. Parece que lo olvidó esta tarde.

—Por favor, apúrate a acostarme. No me desvistas. Déjame así.

Aldo lo levantó sin esfuerzo y lo acomodó sobre el lado derecho.

—¿Así?

—Está bien. Está bien. Gracias.

—¿Se le ofrece otra cosa?

—No, te puedes ir. Apúrate, apúrate, ya es tarde.

—Hasta mañana.

—Mjú.

Siempre ha tenido la impresión de que el anciano se duerme apenas lo deja en la cama, pues encoge las respuestas como si más allá, detrás de la ojiva del sueño, alguien, urgido, lo estuviera esperando.

* * * *

Un desasosiego de cosa urgida, de decisiones que no aguantan a esperar. Porque no hay tiempo. Porque el poco que queda, si uno logra echar a andar los proyectos, podría alcanzar para más. También, porque los obstáculos ya no le parecen tan grandes.

Su fidelidad hacia el anciano escritor ha sido una fidelidad del cuerpo. No se entregó a nadie desde que empezó a sentirse la mujer y la musa del Viejo. Pero algo le exige esta vez separar la carne, nunca hasta ahora distinta de su alma, nunca hasta hoy susurrando rencores matutinos.

—¿Me querías hablar? —preguntó el Viejo.

Lo había llamado por teléfono para pedirle una cita. Y ahora se lo encontraba así, bañado, peinadas las canas hacia atrás, ansioso por el día especial que ella invocó desde temprano.

—Sí, claro —respondió Lucía, abrochándose como si tuviera frío.

—¿Prefieres que hablemos aquí o en el estudio?

—En el estudio mejor.

Empujó la silla con suavidad. Vio el mechoncillo de pelo chorreando aún sobre la nuca. La enterneció el ritual del baño adelantado en un día para ella.

—Dime, pues —le señaló el sofá. Lucía se sentó.

—Es él.

—¿Qué pasa con “él”? ¿Te faltó el respeto?

—¡No! Anoche salimos otra vez. Nos llevamos muy bien.

—¿Y?

—Me gusta.

—Es casado, ¿recuerdas?

—Sí, lo sé —el Viejo adivinó el sonrojo. Usted sabe que me he mantenido virgen. ¿Lo sabe, verdad?

Lucía siempre dice las cosas de golpe, saltándose lo innecesario.

—Tal vez como una ofrenda de amor hacia usted, no lo sé. Usted sabe que lo amo, ¿no es cierto?

Sonrieron los dos. Le conmovió su apresurada declaración de amor. Movi6 la cabeza afirmativamente.

—Pero ahora siento cosas. Nunca me había pasado. Siempre consideré a mis pretendientes demasiado infantiles. Al lado suyo todos se veían disminuidos, imberbes.

Sonrieron otra vez. ¿Cuántos años de no recibir una declaración de amor? ¿Y cuántos más de no ofrecerla a nadie? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta?

—Y él, ¿siente lo mismo por ti?

—Mjú. Quiero hacer el amor con él. ¿Le parece mal?

¿Se puede detener un rayo? La vida le enseñó el antiguo arte zen de la no resistencia. Y su corazón le dice que nadie mejor que David Angeletti (un *sí mismo* más joven) para recibir su entrega. Quizá cumple también en esto su necesidad de prolongarse. Ella, su compañera en más de un sentido, le regaló ocho de sus preciosos años juveniles con una lealtad total, como la más digna de las amantes. Fidelidad que él nunca pidió, que aceptó sin cuestionársela, como una posesión natural. Pero ahora llega el cuerpo a pedir su parte, a individualizarla, a darle voz, deseos, urgencias propias. A decirle que hay algo de ella que no le pertenece.

—No. Por supuesto que no me parece mal. Me parece bien. Lo que me preocupa es que él se irá, no solo porque es extranjero, sino porque teniendo esposa e hijos no querrá permanecer aquí, y tú saldrás lastimada. ¿Quieres correr ese riesgo?

—Es eso o nada. Y prefiero tomar lo poco a lamentarme después. Para él tampoco es fácil. ¿Sabe que siempre ha sido fiel a su mujer?

—Entonces, ¿por qué lo hace?

—Por lo mismo que yo. Porque lo lamentaríamos ambos de no hacerlo.

—Está bien.

—¿No se molesta?

—Por supuesto que no, ¡por supuesto que no!

Le acarició la frente. Ella le besó la mano y la retuvo pegada a su mejilla.

—Bueno, apúrate. ¡Vete, vete ya!

—Puedo trabajar un rato, si usted quiere. Es muy temprano.

—Como quieras. Pero con esa cabecita no creo que avances gran cosa.

—Lo intentaré.

Se levantó feliz, con un sonrojo que parecía acusar el secreto impudor de sus pensamientos.

* * * *

Le pidió la chaqueta. Le trajo un paño. Él se secó la cara y el pelo. Extraño clima el de noviembre, con sus últimas lluvias y el anuncio de los fríos navideños.

—¡Gracias!

—¿Quieres tomar algo?

—Un té bien caliente, si no te molesta —se frotó las manos.

Se miraron y se quitaron los ojos. Se atraían y se repelían. Una voz arcaica en su cabeza, desconocida para él hasta hoy, una voz feminoide se atrevería a decir, intenta descalificar a Lucía. Él no la escucha, no la deja pensar, decir. Está claro en lo que quiere. No son urgencias sexuales las que lo tienen ahí. Aunque

desea a Lucía, por supuesto. Decidió acostarse con ella desde la cabeza, no desde el corazón ni el cuerpo. Como una hermana espiritual, o una esposa antigua. Como un rito matrimonial que debe cumplir para sellar algo, tal vez su relación con el Viejo, no lo quiere pensar, no quiere ir demasiado lejos con esas ideas, prefiere la simple persuasión de los hechos.

—Aquí está tu té. Ya tiene azúcar.

Puso en la mesa dos tazas y un plato con galletas de higo.

—¡Gracias!... Por favor, no te vayás.

—Iba por servilletas.

—Dejalo así.

Se sentó a su lado. Angeletti la observó: falda a media pierna de lana inglesa, rosa pálido; blusa camisera color crema; chaleco a cuadros, rosado y crema; botas de cabritilla; melena rubia, olorosa a jazmín. No excesivamente bella, pero agradable a la vista. Parece inglesa, más que alemana. Después de observarla, le ofreció una taza. Lucía sonrió.

—¡Gracias!

Hizo una pausa y preguntó:

—¿Cuántos niños tienes?

—Cuatro. Tres con mi esposa y el mayor “por fuera”, antes de casarme. Es una historia extraña la de mi hijo mayor, algún día te la contaré. (Cuándo, si entre tú y yo no hay tiempo). Escríbme un cuento sobre eso, puedo enviártelo.

—¿Y te reunís con él?

—No, nunca. Su madre lo mantiene aislado. Son él y ella, nada más.

—Tal vez quiere protegerlo, digo, por ser ilegítimo.

—No. Es otra cosa, algo mucho más profundo, más complicado. Te enviaré el cuento, ¿Ok?

—Ok.

Lucía también dejó de pensar. Decidió abandonarse a la noche cómplice, húmeda, neblinosa, que mantendría a cualquier amigo fuera, que quitaría a los transeúntes de la calle, que disminuiría el tráfico, que acallaría los ruidos salvo por el *plás plás* de los charcos y alguno que otro claxon apurado allá en las

autopistas, pero no aquí, donde hasta los faroles rodeados de neblina llaman a intimidad. No habría querido una noche más bella ni más discreta.

—¿Qué mirás? —se aproximó a ella.

Lucía observaba, enigmática, por la ventana.

—Luz y agua, luz y agua por todas partes.

Otra vez un farol contra la niebla y la calle reflejada en pequeños charcos. Como en la ventana del hotel y en la ventana del Viejo. La abrazó por detrás. Se dijo que las combinaciones de tiempo y espacio no son infinitas y que Lucía en su habitación, en esa conjunción específica de vectores, es su compañera natural, al menos por aquella noche y las siguientes, hasta que el tiempo y el espacio cambien de nuevo. Este Angeletti de aquí, alumbrado por un farol repetido y neblinoso, le pertenece.

No le resultaron ajenos sus labios. Ni sintió extrañeza por su cuerpo, punzante y huesudo excepto en las caderas y en los muslos. Cuerpo tímido y sin embargo generoso, cálido pero no ecuatorial, cariñoso pero no exuberante. Cuerpo feraz, austero, con aroma de hierbas ocultadas por el bosque. Pensó en Gudrun cuando la penetró, en Brunilda, en las vírgenes guerreras, en el verde púdico de los líquenes y de los sauces llorones.

* * * *

El Viejo quería mostrarle algo. Lo hizo sentarse frente a la computadora donde trabajaba Lucía.

“Yo ya no podré utilizar estos adelantos —dijo— pero es un colaborador extraordinario”. Y manipuló, adelantándose casi hasta pegar la nariz con el teclado, algunos comandos. No logró gran cosa. Acabó por llamar a Lucía. “Muéstrale”, dijo, y para reafirmar su dictamen repitió: “es extraordinario”.

Lucía subió y bajó el texto, borró frases, las llevó de un archivo a otro, dejó marcas para localizar después, grabó, apagó

la máquina, la volvió a encender y recuperó el texto. “¿Ves?” –le dijo-, “aquí está, puedes trabajar con él cuantas veces necesites e imprimirlo cuando estés seguro de que es la versión que quieres”.

Al regresar al estudio, el Viejo dormitaba. No se movió. Había dado su opinión y hecho una sugerencia. “Ya yo no podré aprovechar estos adelantos” ocultaba un “pero tú sí”.

En ese momento decidió complacerlos. Compraría la computadora y sostendría con ellos los diálogos más enriquecedores que a lo largo de su vida le serían posibles.

* * * *

Aquel era su noveno día en Caracas. Cinco más de los previstos. Al terminar la conferencia, había enviado una carta a su mujer con uno de los periodistas. En ella le explicaba la necesidad de quedarse a fin de conseguir más documentación para un reportaje que, sobre la marcha, había decidido hacer sobre el Viejo. El periodista le daría mayores detalles. Le contaba sus logros: filmar al Viejo, grabaciones de voz y fotocopia de un inédito autorizado por él para publicarlo por primera vez en Costa Rica.

* * * *

El Viejo le envió un regalo al aeropuerto: una primera edición de sus versos. Imposible saber por qué no se lo entregó personalmente la noche anterior, cuando le ofreció la mano en señal de despedida y él estuvo a punto de echarse en brazos. El Viejo lo haló casi hasta pegar cara con cara, supuso que para mirar y fijar sus facciones. Después, en un acto insólito, lo tomó de los cabellos y deslizó sus dedos temblorosos por el Parkinson sobre un mechón para determinar el largo de su pelo.

No se atrevió a besarle la mano, como quería. “Ve con Dios”, dijo el Viejo, “te echaré de menos, jovencito, fue bueno conocerte”. Después cerró los ojos y se quedó inmóvil. Hubiera querido responderle: “Te quiero, Viejo, gracias por recibirme, también yo te echaré de menos”. Pero dijo cualquier estupidez de trámite.

Al día siguiente, cuando lo llevó al aeropuerto, Lucía le entregó una hoja con instrucciones. Le recordaba la computadora y demás aparatos necesarios para intercambiar escritos a grandes distancias. Agradeció que el Viejo y ella quisieran mantener vivo su contacto, pero lo que más lo emocionó fue que hablaran de *intercambiar* escritos y no sólo de *enviarle* escritos.

La abrazó de nuevo. No eran grandes pasiones lo que Lucía M... despertaba en él. Era algo más simple. Ternura, afecto, complicidad. Temió rechazarla cuando estuviera de nuevo en Costa Rica. Tuvo miedo de llegar a percibirla como un asunto molesto. A lo que sentiría cuando se sumergiera de nuevo en su realidad. A molestarse por su correspondencia o por algún tipo de demanda demasiado pertinaz. Lucía no merecía ese tipo de sentimientos. Siempre sería un privilegio compartir con ella, ya fuesen horas o minutos, en una mesa o en una cama.

Pero tenía miedo de él. Del hombre en que se convertía bajo la mirada de amor dictatorial de su mujer, Rosita Cisneros. Nunca entendió esta dualidad. ¿Le sucedía a todos los hombres? Ser un tipo de persona cuando se comparte con personas afines, y otra en casa, cuando se asume el rol de marido o de padre. Nunca le gustó aquello. Se sentía esquizofrénico, o peor aún, un traidor con Rosita, con sus amigos y afines, y con él mismo.

Sostuvo el abrazo para asegurarse, al menos simbólicamente, que no la rechazaría.

—Ustedes dos se parecen —dijo Lucía.

—Él es demasiado grande para generar copias —respondió Angeletti.

—Te le parece —insistió.

—Si tú lo dices...

Miró el reloj. De repente el lugar, el momento, la conversación con Lucía se volvieron extraños. Empezaba a desprenderse de Caracas. Ya no jugaría rol alguno aquí, a lo sumo una correspondencia intermediada con el Viejo. Empezaba a desfasarse hacia la dimensión en que desde hoy transitaría. El visitante había sido casi sólo discípulo, fascinado por una figura que no previó al leer. Ahora, coincidían ante sus ojos el escritor y el hombre. El Viejo no era aquel poeta pálido y ojeroso que pintó la tradición romántica, ni la mole estatutaria y arrogante, mezcla de burgués y de orfebre que apareció después. Este Viejo de voz pausada y pedagógica era el mismo poeta apasionado y exquisito de los primeros años, sólo sus ojos, ahora ciegos, veían más.

Quiso apurar las cosas, correr, subir de una vez por todas al avión. Si se iba a convertir de nuevo en Ricardo Motalbán, mejor cuanto antes. Necesita repasar lo ocurrido, analizar su encuentro con el viejo maestro y los submundos o supramundos en los que, en despliegues de erudición y de memoria, lo fue introduciendo. La mitología de Grial, por ejemplo. Años de buscar un mago Merlín al cual servir de aguatero, de porta escudos, de tira jáquimas. Y venir a encontrarlo allí, en Caracas, en su escritor favorito, disparada la imaginación cuando creyó verlo con el pelo largo, las córneas llenas de un celeste platino, y con una barba espumosa de un blanco nevado y orgulloso.

Sí, la imaginación ve lo que quiere. O mejor aún, vierte en imágenes lo que nuestra alma, dama del tiempo, viajera sin límites, ya ha visto. El Viejo, de pelo escaso, ojos oscuros y barba rasurada, siempre fue mi Merlín, el Mago al que quise servir a cambio de iniciación, maestría y conocimientos.

Aparte de eso necesita procesar los datos sobre la realidad que se barajaron en el congreso de periodistas. También lo sacudieron. Aquellos que trazan al día la perspectiva del mundo, son grandes desmitificadores. Muchos criticaron, por supuesto, la televisión y el cine. Tanta tecnología, tanto arte, convertidos en cátedras de mafiosos.

* * * *

Nada parece impresionar a los periodistas. Ni la pompa vanidosa del que asciende, ni la tragedia del que cae, ni el teatrillo vulgar del disfrute que montan los irresponsables y los locos, ni la ebriedad del poder, la cual ataca para conseguirlo y vuelve a atacar cuando exige ser relevado.

Con la misma indiferencia lanzan palabras bonitas sobre los personajes de moda, que practican el ensañamiento, la batida, la cacería sobre los caídos en desgracia. Para ellos se trata simplemente del frágil mundo ilusorio de lo real, y de la jauría humana lanzada en pos de presas diversas, siempre la misma, el Poder, el Atractivo, la Energía, de múltiples nombres.

* * * *

El *tour de force* que fue su viaje a Caracas lo enfrentó a la disyuntiva de lanzarse a la arena desde un medio magnífico, la prensa, o quedarse en casa, a medias comerciante, a medias escritor, volcado en esta conversación íntima, la del libro, como el Viejo. Y hacerlo hasta quedar entumecido sobre la silla, una silla de ruedas probablemente, de tanto conversar entre líneas, de tanto permanecer en este lado de la realidad, para el que -ahora lo sabe- ha nacido.

El congreso lo enfrentó con una profesión practicada por él sin mucha consciencia. En el Ministerio de Cultura, donde labora, se trata más bien de un relacionista público. Pero al contactar con viejos periodistas de piel tostada y enfisema pulmonar, de redacción veloz y dos dedos sobre la máquina, penitentes de la libertad de prensa, afiebrados de compromiso, tuvo vergüenza de haber mitificado en el café universitario y en la clase de ética periodística sobre un trabajo cuya hondura real se le ha escapado.

Necesita aclarar todo lo que bulle en su cabeza. Está por reventar. Y encima de todo ello Lucía, de un pronto a otro angustiada y sensible, temiendo una ruptura en la que él nunca pensó, porque honestamente entendía la amistad como un tesoro y las relaciones sexuales entre adultos como un ejercicio de la libertad sin consecuencias. El atractivo mayor de Lucía era su relación directa con el Viejo.

¿Con quién hacés el amor? ¿Quién es la persona que yace sobre tu cama? ¿Por qué el cuerpo se vuelve de pronto tan importante, tanto como para determinar lealtades, fidelidades, ya sea al inicio, cuando es urgencia, como después, cuando se vuelve cuerpo del delito, cosa que no debió ofrendarse? ¿Podía tanto la conciencia culpable? ¿Meyió la pata acostándose con Lucía?

No quiso saber. Simplemente agradeció no tener que hacerlo más. ¿Cómo habrá hecho Krishna, se dijo, con sus 16 000 esposas?

—Es hora —se arriesgó, ya no se contenía.

Ella no miró el reloj, sumergida en sus sentimientos, en un desgarrar de las despedidas que él no comprende. Él solo quiere huir.

—Chao— dijo Lucía en la puerta de ingreso.

—Chao, te escribiré —fue amable. La besó leve en la boca. “Dios te bendiga hoy y siempre”, susurró mientras la soltaba.

Avanzó. Se volvió una vez. Lucía había desaparecido. Corrió por el largo pasillo. Deseaba llegar a casa. Ahora sí estaba dispuesto a matar al Héroe.

* * * *

Se levantó satisfecho. Horas de espalda erecta frente a la máquina, venciendo su temor irracional a la palabra. Se justifica diciendo que héroes y profanos mueren todos los días y que la potencia de su verbo no alcanzaría siquiera a una golondrina.

Al fin la muerte del Héroe fue proclamada.

Bajó de prisa. Huele a leche caliente. A desayuno. A Rosita. A avena y melones a punto. A ciruelas. A semillas secas. Se rió de su imaginación desbocada por el apetito. Abrazó a su mujer. La sintió inquieta. Afuera el viento decembrino rompía ceñudo contra la ventana. Temió por los pájaros y temió por sí mismo, por sus temores. Lo interrumpió un golpe seco contra la ventana.

—¡Ay, no! —gritó Rosita y corrió fuera, golpeando al salir la puerta de cedazo. La vio levantar una golondrina descabezada.

Su mente es analítica, graficada en pormenores de telarañas simétricas. La oyó desmoronarse con ruido de campanas. Estalló la cordura. La goma del pensamiento dejó de sostener sus cristales. Todo ocurrió tan rápidamente que no alcanzó a mantener el control. Había dejado filtrarse el temor, descuidando lo que estaba seguro no iba a suceder, y ahora lo arrastraba la magia que él le atribuía a la palabra. Habían estallado los cristales.

* * * *

Se sintió en alma viva, como piel de serpiente que mudara. Con mareos, con alejamientos, con ganas de sentarse a esperar, de subir.

—Una silla de ruedas o la cama permanente— sentenciaba la voz del más alto—, te lo advertimos.

Retuvo su gesto de mayordomo inglés. Estaba solo frente aquella luminosidad feminoide, como ante un juez que descendiera de arriba.

—Haremos un trato, muchacho. Confinamiento es lo que piden, así pues, NO SALGAS.

Lo vio meterse el poco de pelo que le sobra, debajo de la gorra blanca, brillante, como de raso.

—¿Sabes por qué, muchacho? —siguió torturando—. ¡Porque todo lo dices! Contigo hasta lo más privado habla. ¡Como si hiciera falta decirlo todo para hacerse entender!

Por primera vez notó la otra presencia que lo acompañaba, el dialogante, el interlocutor, el que refleja las respuestas. Es probable que este fuera el que apagó el reflector.

—Exigimos confinamiento real, no un asilo. Podría escurrirse —explicó luminoso a su vecino.

Sonrió a su derecha y a su izquierda, como posando, como oficiando, suave de gestos, condescendiente. Solo él hablaba.

—La bata floreada está bien, puedes usarla, total, no la lucirás en la calle —se rió. Ahora era cruel. ¿Puede un verdugo ser cruel, o todo le resulta indiferente? ¿Disfruta al ejecutar los castigos?

—Redúcete a tu cuarto, circula por arriba, por los pasillos, pero no hables con nadie. ¿Entiendes? Con nadie. Si te veo salir, volverás a la cama.

Cuando se apagó el segundo reflector ya los ángeles feminoides habían desaparecido. Era su cuarto y el de Rosita, que seguía dormida. Afuera ni brisa ni perfume de hierba.

* * * *

Subió resmas y resmas de papel sobre los últimos escalones de su lucidez. Cerró las ventanas, las cortinas. Sobre la mesa redonda encendió la lamparita interior. Cubierto por una bata de colorines esperó sentado sobre su ya imaginaria silla de ruedas, inmóvil, fijo, alucinado, mirando a la ventana, atento a los ruidos nunca antes notorios y a la flotante toda luz del alba, toda de energías fulgentes irrumpiendo sobre las páginas blancas, vacías primero, como de letras borrosas después, páginas cegadoras, días después amarillentas, como escurridas de carpetas antiquísimas, escritas en apretadas tintas chinas, páginas

para recolectar que fueron cayendo sobre la mesa sin prisa, polvo reposado sobre polvo reposado, sobre el piso, achicando las resmas, cambiándolas de sitio, él sí rasgando el papel con premura.

¿Alguna vez fui un ángel que perdió su angelidad y la explícita sapiencia de los ángeles? ¿Quizá por ser un peligro alado, violento? ¿Se puede cambiar tanto con solo cerrar los ojos y perder la memoria? ¿Quién soy, quién que de pronto me descubro aquí, empobrecido de piernas, con bata de mujer, mirando a una ventana? Arriba un ángel lanza improperios. Tal vez sea mejor preguntar a la memoria.

* * * *

—¡Aló! ¿Rosita?

—Sí, ¿quién?

—Altamirano.

—¡Ah, sí! ¿cómo estás?

—Bien. Para preguntar por Ricardo.

—Sigue igual.

—¿Cómo?

—Igual.

—¿Y eso qué significa?

—Que no me reconoce. No sale del dormitorio de Adriancito. No se baña. No se cambia de ropa. No camina. Que confunde el sofá con la silla de ruedas. El cuadro no ha variado.

—¿Pero sigue algún tratamiento?

—¡Sí, claro! El médico dice que saldrá de la crisis. Cuando acabe el libro que cree que está escribiendo.

—¿Y no han pensando en internarlo?

—¡Jamás!

—¿Está segura?

—Por supuesto.

—¿Y usted, cómo se siente?

—Mal, cómo quieres... Niquita, un favor.

—Sí, por supuesto.

—No le has dicho nada a nadie, ¿verdad?

—No tengo amigos, ¿a quién se lo voy a decir?

—Por favor. A nadie, Niquita, a nadie. Perdería toda credibilidad, pasaría a ser el loco o el pobrecito. Se va a recuperar. Es un shock, simplemente, me entiendes, por exceso de trabajo, desde que vino del viaje no ha parado de escribir, me entiendes....

—Me ofende, Rosita. Ricardo es mi amigo. Por favor, confíe en mí.

—¡Gracias!

—¿Y los chiquitos?

—Ayer los llevé donde mami.

—¿Están bien?

—Sí, en realidad sí. Ellos entienden. Me ayudan. José y Adriancito, sobre todo. La bebé, pues no se da cuenta de nada.

—Si necesita algo, por favor, no dude en llamarme.

—¡Gracias!

—El sábado subiré a verlos, si no le molesta.

—Por supuesto que no.

—¡Hasta luego, entonces!

—¡Hasta luego!

* * * *

El viento arrecia. Largos mechones plateados golpean invisibles contra la ventana. Vigilante, Ricardo espera los designios celestes. Lo que ve ahora lleva certezas. No perderá ni la vista ni el habla, de eso está seguro. Se ve a sí mismo en el futuro imbatiblemente viejo, volcado, curva de su escritorio, sobre páginas blancas.

En el Sur, frente a su ventana, el Viejo también espera. ¡En su noche total ha ido adivinando tanto! Porque su muerte *la*

presintió, la anunciaron los libros que se cayeron sin temblor de tierra ni ratón de biblioteca que los empujara. Si viviera al aire libre probablemente recibiría sus mensajes de vuelos de pájaros, de carneillas y huesos de codorniz sacrificada, de ramas quebradas o de trozos de púas herrumbrosos, traicioneros sobre el camino como serpientes secas.

Pero aquí solo pueden hablarle las cuatro paredes. Y cuatro fueron los libros que se cayeron. Siente prisa, prisa por apresar los últimos mechones, las ráfagas, las últimas páginas de sus libros. ¿Cuántas más, se pregunta, cuántas y hasta dónde alcanzará su vigilia?

Porque no se marchará aún. Él sabe a quién heredarse. En el bodegón de la mente guardó claves de reconocimiento para cuando el heredero llegara. Pormenores de cierta información, peso y medida de sus talentos, percepción de los murmullos y de las potencias del aire, y hasta cuánto conocía los distintos dialectos de las cosas que hablan. Todo eso.

Ventana, mesa, lámpara, silla, resma. Ricardo espera. El Viejo espera. Ambos se esfuerzan, trazan derramadas líneas lapiceras sobre el desván blanco de las hojas, garabateando los tesoros de sus descubrimientos. Pero siempre es mucho mayor el murmullo que acontece. Todo llama, todo exhibe su sonoridad, exige su retrato en tinta china y blanco. Ambos escriben, el Viejo y él, torres que se sostienen contra el ruidoso viento.

* * * *

Desde hace sesenta años empezó a mirar a todos como condenados a muerte, y al mundo como una sala de espera, disimulada únicamente por el tamaño que tiene. Hay un holocausto diario.

También imagina al mundo como una isla. Bonito lo que se construye sobre ella, muy ingenioso, pero absurdo y fatal

como una bomba de tiempo. ¿Dónde tirar la basura? ¿Dónde encontrar agua? ¿Dónde sembrar?

Un día entendió que él también moriría. Que los viejos no fueron siempre viejos, ni él desde siempre y para siempre joven. Que el regalo máspreciado sería envejecer sano. Que la tragedia no es tanto la vejez, sino la enfermedad y el sufrimiento. Que irse apagando saludablemente es producto del propio cuidado y del apoyo del cielo.

Suma ya cincuenta años de esperar la muerte. ¡Y al fin llega! El horror de la fosa. De ignorar a dónde irá el alma, ese darse cuenta. A cuáles oscuridades, desvaríos incontrolables, presentidos, infiernos de la imaginación desbocada, a qué ausencia de los propios, de los que amamos, de la agradable compañía.

Y, en caso de volver en otro cuerpo, los años inútiles, la larga espera de la preparación y el crecimiento, para llegar a ser de nuevo, otra vez maduro, pleno, por cuánto tiempo esa vez, si ahí mismo el deterioro.

Y así *ad infinitum, ad vitam aeternam*. Gira sin detenerse la rueda de nacimientos, de crecimientos y de muerte.

* * * *

Buscó ansioso, encendió la lámpara, revolvió papeles.

Sensación extraña esta de pensar hoy y ayer no haber pensado.

Miró en derredor. Un cuarto pequeño. Afuera neblina. Podría ser un sanatorio y un segundo o un tercer piso. Buscó de nuevo en los papeles sobre la mesa. Leyó: “Una silla de ruedas o la cama permanente —sentenciaba la voz del más alto— te lo advertimos”.

Se puso en alerta. Revolvió de nuevo. Leyó otra vez: “Haremos un trato, muchacho: Confinamiento es lo que piden, así pues, NO SALGAS”.

Miró a su derecha. Sobre una silla hojas limpias. Se empujó hasta el armario. Abrió. En alto, arriba, más hojas. Reventó la puertecilla. Se asustó. Ahora vendrían, ¿quiénes? Miró hacia la puerta. No tenía pasador. Se veían las marcas de haber sido arreglada y cambiados los pestillos por una cerradura de paso. La bloqueó con la silla. Esperó. Alguien empujó la puerta. No cedió.

—¿Qué pasa? Ricardo, abra la puerta. Abra, por favor — una voz de mujer, tirante pero tierna.

La voz del diablo es meliflua, se dijo.

—¡Ricardo! Abra, ¡abra, le digo!

Cambiaba de tono. Ahora era autoritaria. Tuvo miedo. Voz de mujer regañando.

—¡Sí, sí, claro, ya voy! —quitó la silla y se movió para dar paso.

—¿Qué pasa, mi amor, está mal? —mirando alrededor, como buscando el origen del ruido.

—No, no, estoy bien. ¿Quién está abajo?

—Eulogio y los muchachos, nada más.

Semanas hace que no la mira, que no le habla, que solo tiene ojos para la ventana, para el aire, para las hojas blancas. Pero ahora parece estar de nuevo allí, hace preguntas. ¿Cuánto más resistirá? Le peinó el cabello con las manos. Trató de quitarle el miedo.

“Una sola mujer no podría hacerme mucho —pensó—, aunque sí los hombres de abajo”. Miró hacia la puerta. Ella creyó entender. La afirmó con la silla. Empezó a desvestirlo. Lagrimeó cuando ella le quitó la bata de flores. Abajo apareció su orgullo intacto y la camisa azul, raída. Le besó el pecho velludo, llamando al auricular del corazón: “Apresúrate, todo te espera y estos varones son peor que diez mil pretendientes homéricos”.

La observó. Tiene ojos de no obedecer más que al amor. Lo llama. Arrodillada, sin hablar, abandonada de todas las palabras y en la orilla, lo llama. Más allá, al fondo de los ojos negros, le pareció ver paisajes conocidos. Se acurrucó en su palma. La sintió florecer, ramita tierna, flor de la ladera. Se enamoró otra

vez de su persistencia. “Me seguirá a donde vaya. No querrá otro señor, ni otro amor”.

Le soltó los cabellos. Solo entonces regresó la memoria dormida.

Hicieron el amor sobre la alfombra, anhelando que el deseo no acabara, para seguir toda la tarde así, sabiéndose, el alma tomando del cuerpo su fiesta. Cuando terminó la vieja batalla —amante contra amante, amado con amada— él se abrazó a sus piernas. Ella lo envolvió como a un niño pequeño.

* * * *

Dos días después murió el Viejo. La noticia le dio varias veces la vuelta al mundo. Lucía no se comunicó más conmigo. Respeté su silencio. Seguí encendiendo la máquina los martes en la noche como habíamos acordado.

Entre los últimos textos enviados por ella, aún sobre mi mesa de trabajo, encontré uno especialmente significativo. Me pregunté si sería una traducción o un inédito del Viejo, pues firmaba el escrito un tal Angel Vieille Leverrier. Quizá, me atreví a pensar, era un salto temporal, fácil para un poeta experimentado como el Viejo. Estuve atento a cualquier temblor en el crespón del aire.

Leí despacio. El personaje oteaba la noche desde una ventana o desde un faro, con algún mar golpeando fuera, enfurecido, rasposas lenguas de arena. Aparte de aquel sonido solo había silencio, el vacío de nada por decir, la palabra agotada y sin importancia, como si solo valiera pensar, sumirse en un desenvolvimiento de caracol que desenroscara vértebras fijas.

No adiviné aún, sino años después —cuando, como Zarathustra, descubrí la necesidad de encontrar discípulos, manos recolectoras, formas de parecerse y de heredarse—, que aquello

era un regalo para mí, un mensaje postrero, un enlace, mi heredad, su testamento. Casi al final decía:

“Todo poder en manos viles es mortal. Por ello a un ángel débil, vanidoso o violento se lo reduce a nada, a hombre, o al encierro, se lo arrincona, hasta que domeñe sus demonios interiores. Cuando ha vencido, y solo entonces, se le devuelve la memoria y la locación mental de sus poderes.”

Describía, además, acaso para el editor, lo que debía ser un dibujo a plumilla: un hombre, una mesa, una ventana, una lámpara. Entendí que, por algún extraño misterio, era de mí de quien hablaba el texto, de mis días de enfermedad, de la locura, y por qué no, de algún tipo de coincidencia entre él y yo: dos hombres frente a sus mesas de trabajo, afuera la tormenta, el horror, tratando de llenar páginas blancas.

Nuevamente me asaltaron las palabras de Jorge Luis Borges: *No ser un hombre, ser la proyección del sueño de otro hombre, ¡qué humillación incomparable, qué vértigo!*

* * * *

—Interesante tu perorata sobre Altamirano, pero no creo que a nadie le interese.

Morales se volvió hacia sus compañeros de mesa, succionó una bocanada más de *monte*, la retuvo casi hasta estallar los pulmones, y levantó los brazos buscando el aplauso para lo que iba a decir.

—*El sucio Altamirano*. Por buena educación no deberías nombrarlo, nos contaminas la nota. El tipo apesta, mae, a-pes-ta.

Morales se apartó una mosca de la cara y bromeó como si confirmara su dicho sobre Altamirano. Nadie se rió, pero se quebró el salón, se partió, se alucinó por las frases demasiado injustas. Silencio. Ricardo extrajo de su memoria el archivo que levantó en los años en que ha sido su amigo:

“Nicanor Altamirano. El hombre cuyo primer crimen fue nacer y el segundo volverse enemigo de sí mismo. Esa falta de instinto para sobrevivir es lo que le cobran los novelistas de café, los ensayistas de soda universitaria, los poetas imaginarios, los artistas que dejan en el bar, noche tras noche, las obras que nunca pintarán porque las disfrutaron en la palabra orgullosa por lo que supuestamente lograrán, aunque nadie haga el esfuerzo.

“Templo del Arte cuya exigencia es tanta que el sendero que conduce hacia él se borró por falta de pies descalzos que lo pisen.

“El verdadero crimen de Nikita fue amarrarse al perro de la adicción que no lo soltará, que siempre le pedirá más. El asesinato de las preciosas células de su cerebro tampoco es el problema. Su crimen es arriesgar el equilibrio de mundos desconocidos, poblados por seres invisibles.

—¿Cuál es el problema con Altamirano? —escupió Angeletti.

Le gustaría abofetear a Mario, pero los ángeles por lo general no aciertan los golpes. La mano agarrotada golpeando a destiempo se lo ha demostrado. Además, los paraísos son pacíficos.

—Es un *mafuso* y un borracho, no te hagás...

—¡No te hagás vos!

Se callaron. Se tensaron. El cuerpo entero una garra. Angeletti habló de nuevo, hacia abajo la voz, mordiendo.

—No sos vos precisamente quien puede darnos lecciones de moralidad, Moralitos. Te conocemos. *Todos* nos conocemos.

Repasó el defecto, la carga existencial de cada uno. Bajaron la vista algunos, otros no porque estaban de acuerdo. Arturo, el que mató a su hermano en un accidente, no bajó la cabeza.

—Nicanor es un hermoso ser humano. Probablemente, la mitad de nosotros es más “sucio” de lo que pudiera ser él. Pero, claro, hemos pecado menos públicamente, eso es casi una suerte, ¿no es cierto Moralitos?

Nadie dijo nada. Angeletti movió la cabeza y murmuró:

—No me imagino cómo ha podido vivir todos estos años sintiéndose así...

No agregó más. Las cosas se habían comprendido. Morales lanzó una mirada sobre el grupo, empujó la silla hacia Angeletti y respondió:

—Lo siento, querido, pero el tipo apesta. Su lugar es la cárcel.

Salió taconeando. Se fueron dos con él, un poco avinagrados los copetes sobre la frente. El viejo James Dean que no acababa de pasar de moda.

Angeletti cruzó hasta la caja registradora para pagar. Gustavo fue tras él. Estiró la mano con el dinero y la vio. Sobre una pila de platos tiritaba una mariposa. Le puso el índice para que se subiera. No se movió. “Sería teatral”, se dijo. La dejó estar. “Ningún hombre, Moralitos –pensó-, puede encarnar en una mosca, pero sí puede, estoy seguro, encarnar en una mariposa”.

Regresaba al café del teatro, a los amigos. Nada había cambiado, solo él, *ese* que observa en silencio en alguna parte de nosotros. Así de universal se sentía después de su paso por la locura. Ojo pensante que se da cuenta, que asume la experiencia. Testigo interior que crece y que madura. Yo silencioso que mira desde adentro, sereno y quieto.

Sonrió a los amigos como si todos supieran lo que estaban pensando. Como si todos estuvieran pensando lo mismo. Como si compartieran aquella extraña sensación de *saberse*.

Él no sabía mucho, mucho de nada, pero el apartarse de Altamirano de una sociedad que lo repudiaba, el amor absorbente de Rosita, los hijos con su aura de cosa aparte muy santa, el asesinato cruel y aberrante del Héroe, el contacto suyo con el Viejo, su muerte mágica empujado por la fuerza misma de su palabra, le habían mostrado, como piezas de una iniciación terrible, las reglas de la edad adulta, la dualidad inevitable (delicia y horror) de estar vivo.

Sí, nada había cambiado en el café del Teatro Nacional. Solo *ese* que habita, testigo mudo, interior, en la mente de todos.

Este libro se diagramó en el Programa de Publicaciones e Impresiones de la Universidad Nacional, en el 2015.

E-32-15-PUNA